P. Pablo Martín Sanguiao

Homilías y meditaciones semanales sobra

EL ETERNO PROYECTO DE DIOS

En estas meditaciones o “catequesis” sobre el eterno Proyecto de Dios, que culmina en el supremo Don de la Divina Voluntad, todas apoyadas en la Palabra de Dios como la conoce la Iglesia, tiene un puesto central la doctrina que el Señor nos ha dado sobre ella mediante los Escritos de “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”, actualmente “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta. Una doctrina que no sólo puede colmar nuestra mente, sino aún más saciar nuestro corazón, porque el Libro de Dios, conforme al cual debemos llenar nuestro pequeño cuaderno, no pide tanto ser leído cuanto ser “devorado”, como dice Jeremías: *“Cuando tus palabras vinieron a mi encuentro, las devoré con avidez; tu palabra fue el gozo y la alegría de mi corazón, porque yo llevaba tu nombre, Señor, Dios de los ejércitos”* (Jeremías 15,16).

Esta publicación contiene las homilías y sucesivamente las conferencias o meditaciones semanales desde el principio del **2023** hasta el 7 de Agosto, fiesta del Padre Divino, no siempre sobre los temas de los domingos o fiestas, compartidos con cuantos forman la que yo llamo “mi parroquia espiritual”, en distintas naciones, en español y en italiano.

La finalidad de todas estas homilías o meditaciones, que a primera vista no parecerían seguir un cierto orden, es una formación espiritual que abraza todo el contenido de nuestra Fe, para conocer y vivir el Don del Querer Divino. El estilo es el de las homilías, en lo posible de una forma familiar, no académica, por lo cual es normal hallar muchas ideas y conceptos repetidos, ya que así pueden más fácilmente convertirse en vida.

P. Pablo Martín

EL ETERNO PROYECTO DE DIOS

= Homilías y encuentros semanales =

2023

1° de Enero, LA MATERNIDAD DIVINA DE MARIA
6 de Enero, LA EPIFANIA del Señor
8 de Enero, EL BAUTISMO del Señor
15 de Enero, 2º domingo del tiempo Ordinario:
Una "terapia" espiritual que nos transforme.
22 de Enero, 3º domingo del tiempo Ordinario: *¿Adónde va nuestra vida?*
29 de Enero, 4º domingo del tiempo Ordinario:
Los dones de Dios y el Dios de los dones.
2 de Febrero, La Presentación de Jesús en el Templo: *La gran decisión.*
5 de Febrero, 5º domingo del tiempo Ordinario:
La finalidad de Dios y la nuestra.
12 de Febrero, 6º domingo del tiempo Ordinario:
Más temor, menos Dios; más Dios, menos temor.
19 de Febrero, 7º domingo del tiempo Ordinario:
Cómo sanar las heridas de la vida y los recuerdos del pasado.
26 de Febrero, 1er domingo de Cuaresma:
La finalidad de Dios: su Reino en nosotros.
5 de Marzo, 2º domingo de Cuaresma:
Venimos de Dios y hemos de volver a Dios.
12 de Marzo, 3er domingo de Cuaresma:
Un corazón nuevo y un espíritu nuevo.
19 de Marzo, 4º domingo de Cuaresma:
Si tú conocieras el Don de Dios…
19 de Marzo, SAN JOSÉ.
25 de Marzo, la ANUNCIACIÓN a MARÍA y la ENCARNACIÓN del VERBO
2 de Abril, DOMINGO DE RAMOS.
6 de Abril, JUEVES SANTO.

7 de Abril, VIERNES SANTO.
8 de Abril, SÁBADO SANTO.
9 de Abril, DOMINGO DE PASCUA: LA RESURRECCIÓN.
13 de Abril - Estamos en el tiempo de la Pascua. *¿Cuál Pascua?*
16 de Abril, 2º Domingo de Pascua: *la Divina Misericordia.*
20 de Abril - *Toda la vida ha de ser Pascua.*
23 de Abril - *Los tiempos y los signos de los tiempos.*
27 de Abril - *Señor, ¿qué debemos hacer?*
4 de Mayo - *El puesto de María en el Querer de Dios.*
11 de Mayo - *¡Virgen Prudentísima, ruega por nosotros!*
18 de Mayo, la ASCENSIÓN del SEÑOR, cumplimiento de la Pascua.
25 de Mayo, la gran fiesta de PENTECOSTÉS: *¡ven, Espíritu Santo!*
4 de Junio, Fiesta de LA STMA. TRINIDAD: *¿Quién eres tú y quién soy Yo?*
8 de Junio, *Nuestra parte en el Proyecto de Dios.*
El orden de los decretos del Acto único y eterno del Querer Divino.
11 de Junio, *la Eucaristía en el Proyecto de Dios.*
16 de Junio, *el Corazón del Proyecto de Dios.*
22 de Junio, *el Milagro más grande, el fín del Proyecto de Dios.*
29 de Junio, *el Don supremo de Dios, su Querer Divino.*
6 de Julio, *"A su Imagen y Semejanza" en el Querer Divino.*
13 de Julio, *En la intención y la atención está la perfección.*
20 de Julio, *A quien todo da todo se le da. Pero luego, ¿cómo se toma?*
27 de Julio, *¿Cómo ha de ser nuestra respuesta a Dios?*
5 de Agosto, *"Mamá, enciende la Luz"*
7 de Agosto, *la Fiesta del Padre Divino.*

1° de Enero: LA MATERNIDAD DIVINA DE MARIA

+ ¡Ave María!

Queridos hermanos, ¡con cuántos signos potentes empieza el nuevo año 2023! Ante todo, la Maternidad Divina de María Stma., Madre de Jesús y Madre nuestra. Con el deseo de que pueda realizarla plenamente, formando la Vida de su Hijo y su Reino en cada uno de nosotros. **Que interceda por nosotros desde el Cielo nuestro Papa Benedicto: ¡Bendito el que ha venido en Nombre del Señor!** En la Divina Voluntad, con la mejor felicitación y bendición de Jesús y María.

Mis queridos hermanos, ha acabado un año y empieza otro: es fuerte la sensación de que no es un año más que termina, sino un tiempo, una edad de la vida de la Iglesia y a la vez de la humanidad, porque está llegando un tiempo nuevo. El último día del año ha sido el último de la vida del Papa Benedicto. Bajo el signo de la Stma. Virgen, en día de sábado, consagrado a María, en la víspera de la gran fiesta de su Maternidad Divina. "Pasa la vida, víspera de la Fiesta – muere la muerte, el Cielo nos espera".

*"**Llegada la tarde**, los discípulos bajaron al mar y se dirigieron en la barca hacia la otra orilla... **Era ya noche y Jesús todavía no había venido a ellos. El mar estaba agitado, porque soplaba un fuerte viento contrario**"* (Jn 6,16-18). *"Quédate con nosotros porque ya anochece y el día ya termina. El entró para quedarse con ellos"* (Lc 24,29).

Hermanos míos, siento muy significativos estos dos textos de los Evangelios, así como la lectura de la Santa Misa de esta mañana, de la primera carta de San Juan (2, 18-21): *"Hijitos, **esta es la última hora**. Como habéis oido que **ha de venir el anticristo**, de hecho ahora muchos anticristos han aparecido. De esto comprendemos que es la última hora. Han salido de entre nosotros, pero no eran de los nuestros; si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros; pero debía manifestarse que no todos son de los nuestros. Ahora vosotros tenéis la unción recibida del Santo y conocéis todas estas cosas. No os escribo porque no conozcáis la Verdad, sino porque la conocéis y porque **ninguna mentira viene de la Verdad**"*.

No existe "la casualidad", es Palabra de Dios. *"Hoy, si oís su voz, no endurezcáis el corazón como el día de la rebelión"* (Hebreos, 3,7-8).

El primero de Enero se celebra "el día de la Paz". ¿Cuál paz? *"**Os dejo la paz, os doy mi paz. No como la da el mundo Yo os la doy*** –dice el Señor–. *No se turbe vuestro corazón y no tenga temor"* (Jn 14,27). Y San Pablo nos avisa: *"Acerca de los tiempos y de los momentos, hermanos, no es necesario que os escriba; pues bien sabéis que como un ladrón en la noche, así llegará el Día del Señor. Y cuando se dirá: «**Paz y seguridad**», de pronto les llegará*

la ruina, como los dolores a una mujer encinta; y ninguno se librará" (1ª Tes 5,1-3). Creo que ésto sea suficiente para interpretar bien los signos de los tiempos.

Pero hoy, sobre todo, el año nuevo empieza con la fiesta o solemnidad de la Maternidad Divina de María. Y eso, ¿por qué? Porque el eterno Proyecto de Dios, su Decreto empieza precisamente por María, Dios ha querido que dependa de Ella. María ha recibido la misión eterna de ser la Madre de Jesús, del Hijo de Dios hecho Hombre. Esta es la primera verdad de Fe, el primer dogma reconocido por la Iglesia: María es Madre de Dios.

Tantas veces hemos meditado este maravilloso Misterio del Amor Divino, pero hoy es el mismo Jesús es que nos habla de él por medio de la "pequeña Hija de la Divina Voluntad", Luisa Piccarreta, en el último capítulo de su último Volumen, el 36°, del 28 de Diciembre de 1938, en que ella dice:

> «Después de eso seguía mi recorrido en el Querer Divino y al llegar al nacimiento del pequeño Jesús, que temblaba de frío y lloraba y sollozaba amargamente y con sus ojos llenos de lágrimas me miraba pidiéndome ayuda, entre sollozos y gemidos me ha dicho:
>
> *"Hija mía buena, la falta de amor de las criaturas me hace llorar amargamente. Al no verme amado me siento herido y me causa un dolor tal que me hace sollozar. Mi amor corre en cada criatura, la cubre, la esconde y me hago vida de amor por ellas, las cuales, ingratas, no me dicen ni siquiera un «te amo»; ¿cómo no he de llorar? Por eso ámame si quieres calmar mi llanto.*
>
> *Ahora, hija mía, escúchame y pon atención: voy a decirte una gran sorpresa de nuestro Amor y quiero que no se te escape nada, quiero hacer que conozcas hasta dónde llegó* ***la maternidad de mi Madre Celestial****, qué hizo y cuánto le costó y le cuesta todavía. Pues bien, has de saber que la gran Reina no sólo me hizo de Madre concibiéndome, dándome a luz, alimentándome con su leche y dándome todos los cuidados posibles necesarios en mi infancia; eso no era suficiente, ni a su materno amor ni a mi amor de Hijo. Por eso su amor materno corría en mi mente y, si me afligían pensamientos tristes, ella extendía su maternidad en cada pensamiento mío, los escondía en su amor, los besaba, y así me sentía la mente escondida bajo el ala materna, que nunca me dejaba solo; cada pensamiento mío tenía a mi Mamá que me amaba y me daba todos sus cuidados maternos. Su maternidad se extendía en cada uno de mis respiros, de mis latidos, y si mi respiro o mi latido se sentía sofocar por el amor y por el dolor, con su maternidad corría para que no me sofocara el amor y para poner un bálsamo en mi Corazón traspasado. Si Yo miraba, si hablaba, si obraba, si andaba, ella corría a recibir en su amor materno mis miradas,*

mis palabras, mis obras, mis pasos; los cubría con su amor materno, los escondía en su Corazón y me hacía de Madre. Hasta en el alimento que me preparaba ponía su materno amor, de modo que Yo, al comerlo, sentía su maternidad que me amaba. Y luego, ¿qué decirte, cuánto alarde de maternidad hizo en mis penas? No hubo pena, ni gota de sangre que derramé, en la que no sentí a mi Mamá querida. Después de hacerme de Madre, tomaba mis penas y mi sangre y se las escondía en su Corazón materno para amarlas y continuar su maternidad. ¿Quién podrá decirte cuánto me amó y cuánto la amé? Mi amor fué tan grande, que no sabía estar en todo lo que hice sin sentir su maternidad junto conmigo. Puedo decir que estaba presente, para no dejarme nunca, hasta en mi respiración, y Yo la llamaba; su maternidad era para Mí una necesidad, un alivio, un apoyo para mi vida acá abajo.

Ahora bien, hija mía, escucha otra sorpresa de amor de tu Jesús y de nuestra Madre Celestial, porque en todo lo que hacíamos mi Mamá y Yo, el amor no hallaba obstáculo, el amor de uno corría en el amor del otro para formar una sola vida. Mientras que con las criaturas, queriendo hacerlo, ¡cuántas pegas, obstáculos e ingratitudes! Pero mi amor no se detiene jamás.

Pues bien, has de saber que, a medida que mi inseparable Mamá extendía su maternidad dentro y fuera de mi Humanidad, Yo la constituía y la confirmaba como Madre de cada pensamiento de las criaturas, de cada respiro, de cada latido, de cada palabra, y le hacía que extendiera su maternidad en las obras, en los pasos, en todas sus penas. Su maternidad corre en todo; corre en los peligros de caer en pecado, las cubre con su maternidad para que no caigan, y si han caído deja su maternidad como ayuda y defensa para que puedan levantarse. Su maternidad corre y se extiende sobre las almas que quieren ser buenas y santas, como si encontrara a su Jesús en ellas, hace de Madre a su inteligencia, dirige sus palabras, las cubre y esconde en su amor materno, para dar vida a otros tantos Jesús. Su maternidad se manifiesta en el lecho de los moribundos y, sirviéndose de los derechos de autoridad de Madre que Yo le he dado, me dice con una voz tan tierna que Yo no puedo negarle: «Hijo mío, soy Madre y son mis hijos; he de salvarles. Si no me lo concedes, mi maternidad pierde». Y mientras dice eso, los cubre con su amor, los esconde en su maternidad para ponerlos a salvo.

Mi amor fué tan grande que le dije: «Madre mía, quiero que seas la Madre de todos y que lo que a Mí me has hecho se lo hagas a todas las criaturas. Tu maternidad se extienda en todos sus actos, de manera que los veré todos cubiertos y escondidos en tu amor materno». Mi Mamá aceptó y quedó confirmado que no sólo había de ser Madre de todos, sino que había de cubrir cada acto de ellos con su amor materno. Esa fue una de las gracias

más grandes que concedí a todas las generaciones humanas. ¡Pero cuántos dolores recibe mi Mamá! Llegan a no querer recibir su maternidad, a no reconocerla, y por eso todo el Cielo pide, espera con ansia que la Divina Voluntad sea conocida y reine, y entonces la gran Reina hará a los hijos de mi Querer lo que hizo a su Jesús; su maternidad tendrá vida en sus hijos. Yo cederé mi puesto en su Corazón materno a quienes vivan en mi Querer; Ella me los criará, guiará sus pasos, los esconderá en su maternidad y santidad. En todos los actos de ellos se verá impreso su amor materno y su santidad; serán verdaderos hijos suyos, que se me parecerán en todo, y oh, cuánto quisiera que todos supieran que el que quiera vivir en mi Querer tiene una Reina y una Madre potente,que les suplirá en todo lo que les falta, los formará en su regazo materno y en todo lo que hagan estará junto con ellos, para modelar sus actos como los de Ella, tanto que se verá que son hijos criados, custodiados, educados por el amor de la maternidad de mi Mamá, y serán los que la harán contenta y serán su honor y su gloria."

****

6 de Enero: **LA EPIFANIA del Señor**

Mis queridos hermanos, es propio de quien ama darse a conocer por la persona amada, o sea, manifestarse. Eso es lo que significa Epifanía: manifestación. El Verbo Divino ha venido a los suyos, pero los suyos no lo han recibido (nos dice San Juan), pero a aquellos que lo han acogido ha dado el poder ser, unidos a El, hijos de Dios. Los sabios de su pueblo, los doctores de la Ley, los sacerdotes, conocían las Escrituras, sabían que ya había llegado el tiempo de la venida del Mesías, del Rey prometido, y sabían que había de nacer en Belén, pero no se molestaron en ir a verle; y eso que no sabían que habría nacido en el lugar más pobre y desamparado… Los pobres pastores por el contrario fueron a ver al Niño y a adorarlo. Pero el amor del Señor no podía detenerse: El vino a traer la salvación y la Vida para todos, y por tanto llamó de tierras lejanas a representantes de los pueblos extranjeros, a los Reyes Magos, nuestros antepasados en la Fe, los primeros apóstoles del Niño Jesús.

¿Quiénes eran? El Evangelio de San Mateo los conoce come "los Magos" (no magos de cosas mágicas), es decir, los Sabios que se dedicaban a conocer los fenómenos de la creación, en particular los astros (un poco era religión, un poco era su cultura), y según eso a conocer los tiempos. Y como entre los antiguos pueblos paganos existía la idea de que había de venir al mundo un Personaje ilustre que habría de ser un Salvador (sin saber más), Dios se sirvió de su "ciencia" para darles un signo y llamarlos. El signo para ellos fue una misteriosa estrella que vieron surgir y su corazón se llenó de alegría al

comprender su significado y la llamada. No sabemos si otros la vieron; ellos sí, porque la vieron con el corazón (evidentemente tenían corazón de niño, necesario para reconocer las cosas de Dios) y porque sabían mirar al cielo, mientras que casi todos miran sólo las cosas de la tierra… Tal vez se cumplía la misteriosa profecía de Balaam (Números, 24,17): *"Yo lo veo, pero no ahora, yo lo contemplo, pero no de cerca:* ***una estrella*** *surge de Jacob y un cetro de Israel…"* En realidad no podía ser un astro, porque de día y de noche indicaba siempre la misma dirección y los condujo a Jesús.

Los pastores de Belén no es que tuvieron que esforzarse tanto: tal vez algunos cientos de metros, dejando por poco tiempo sus ovejas. Pero los Magos, que la tradición conoce como "los reyes", eran sin duda personas de autoridad, que dejaron casas, propiedades, riquezas, comodidades, familias, algo así como Abrahám cuando Dios lo llamó. Podríamos imaginar que a alguno de ellos su mujer hubiera podido decirle: "¿pero adónde vas, siguiendo un sueño? ¿No te importa lo que dejas…?" Es que a ellos más les importaba encontrar al Rey que había nacido, que evidentemente sentían como su Rey.

Un viaje largo y fatigoso, de muchos días de camino por desiertos, con su séquito, caravanas con tantos servidores procedentes de tantos pueblos lejanos.

Llegaron a Jerusalén y ahí perdieron de vista la estrella (sería por el *smog*, no ya del tráfico, sino del pecado). Y llamaron la atención preguntando por el Rey de los judíos que había nacido… Herodes, al oir eso, alarmado, los llamó e hizo que le indicaran cuando había aparecido la estrella y los mandó a Belén, diciedoles que volvieran a contarle…

Al salir de la ciudad, la estrella los condujo al Niño. *"Al llegar a la casa* –que ya no era el establo de la Natividad, la Familia estaba en una casa alquilada o tal vez hospedada por alguien– *vieron al Niño con María, su Madre, y postrandose lo adoraron"* (Mt 2,11). Habían sido llamados por el Señor para darles algo muy importante y precioso, **algo por lo que Jesucristo ha venido al mundo: para hacer conocer al verdadero Dios, al Padre Divino**, un conocimiento que cambia la vida. Y ellos, a su vez, Le hicieron el don de sí mismos, de su vida, representada por su Fe (…¿pero dónde habrán aprendido el catecismo?). Porque sus dones, que nombra el Evangelio, representaban lo que pensaban: ***oro*** como Rey, ***incienso*** como Dios, ***mirra*** como Hombre que un día habría sido colocado en un sepulcro.

Al día siguiente, avisados en sueños que se fueran inmediatamente, sin ir a Herodes, se fueron de regreso "por otro camino". Ya no podían volver por el mismo camino de antes. Ya eran cristianos. La Tradición nos ha dicho sus nombres (Melchor, Gaspar y Baltasar). En Milán se conserva su sepulcro, en

la basílica de S. Eustorgio; pero en la Edad Media sus cuerpos al parecer fueron llevados a Alemania, a la ciudad de Colonia.

A Jesús se le encuentra siempre con María, su Madre. Ella es la Estrella segura que lleva a Jesús. Y también a nosotros nos llama, como a los Reyes Magos, sirviendose de tantas cosas como estrellas (un encuentro en la vida, una situación extraña, una noticia, una alegría inesperada, una cruz…), pero quien mira las cosas terrenas, no se da cuenta. También nosotros en ese momento somos llamados a dejar todo y a ponernos de camino, que puede ser largo y fatigoso, sin perder nunca de vista "la estrella", hasta encontrar a Jesús que nos espera. También nosotros podemos ofrecerle el don de nosotros mismos –***el oro*** de nuestras obras hechas por amor a El, ***el incienso*** de nuestra oración y adoración, ***la mirra*** perfumada y amarga de nuestros sufrimientos y cruces– para recibir de El el Don de los dones, el don de Sí mismo, de su Vida, de su Voluntad. Ya sabemos: que cuando Dios nos da, luego nos pide, pero cuando nos pide es para poder darnos mucho más, quiere enseñarnos a competir con El.

****

8 de Enero: EL BAUTISMO del Señor

Mis queridos hermanos, tras haber celebrado la Epifanía del Señor, la Iglesia salta treinta años y pasa a celebrar el comienzo de la vida pública de Jesús, su "epifanía" o manifestación pública, oficial, en su bautismo como Redentor.

El Evangelio de San Mateo (3,13-17) dice que "en aquel tiempo Jesús vino de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él. Juan se oponía, diciendo: *«Soy yo quien debe ser bautizado por Ti ¿y Tú vienes a mí?»*. Pero Jesús le respondió: *«Déjame hacer por ahora, porque conviene que cumplamos toda justicia»*. Entonces Juan consintió. Apenas bautizado, Jesús salió del agua: y he aquí que se abrieron los cielos y vió al Espíritu de Dios descender como una paloma y venir sobre El, mientras una voz del cielo decía: ***«Este es mi Hijo muy Amado, en el que me complazco»***."

Queridos hermanos, ¿recuerdan la fecha de su Bautismo? Todos celebramos nuestro cumpleaños, es justo e importante porque nos recuerda –debería recordarnos ante todo– que somos *criaturas* de Dios, que existimos porque El quiere; pero el día en que fuimos bautizados fuimos hechos también *hijos* de Dios, incorporados a Jesucristo, el Hijo. El que no está unido a El y comparte su Vida no es hijo de Dios; es llamado a serlo, pero todavía no lo es hasta que no se una a Jesús. ¿Y cómo se incorpora a El? Mediante el Santo Bautismo. Por tanto recordar esa fecha y celebrarla es un deber de gratitud y de amor… Eramos tan pequeños que en aquel momento no éramos

conscientes, no habíamos dado nuestra respuesta a Dios; por nosotros la dieron nuestros padres o nuestros padrinos. Pero ahora es justo que renovemos nuestro ***"sí"*** a Dios, más conscientes de que no es sólo una palabra o un rito, como hace la Iglesia todos los años en la Pascua, sino que es el abrazo de nuestra voluntad a la Voluntad de Dios. Dios quiere ser para nosotros Padre, y lo es, pero nosotros debemos querer ser para El hijos. Desde la eternidad nos ha conocido y nos ha amado en su Hijo y en El, el Verbo Encarnado, nos ha llamado a la existencia mientras que nosotros no sabíamos nada, igual que un feto en el seno materno no sabe nada; pero ahora, ya nacidos en el tiempo, le debemos dar nuestra respuesta, cada vez más grande, en cada momento. Para eso es el tiempo de nuestra vida. Cada momento tiene valor de eternidad. Su finalidad es realizar cada vez más una mayor comunión de vida con Dios.

Antes de que el Hijo de Dios se encarnase, en el Antiguo Testamento Dios se manifestó como "Aquel que ES", *lo que El es*, manifestó su SER (un solo Dios) y su Voluntad como ***el Camino*** (la Ley). Pero a partir del bautismo de Jesús en el Jordán Dios ha revelado *Quien es,* es decir, TRES PERSONAS, y su Voluntad como ***la Verdad*** y la Luz del mundo. Jesús así se ha definido. El es la Revelación del Padre (*"El que me ve a Mí ve al Padre"*, ha dicho). Por último, en el tiempo glorioso de la Iglesia –la cual está viviendo ahora su Pasión, "la gran tribulación", y por tanto está llegando al fin de los tiempos de espera– Dios revela su VOLUNTAD como ***la Vida***, como su propia Vida, para que el Querer Divino sea también nuestra Vida.

Y allí, en el Jordán, en el momento en que Jesús fue bautizado por el Precursor, "se abrió el Cielo" –dice el Evangelio– en el sentido que se mostró abiertamente el Misterio de Dios, *"el Misterio oculto desde siglos"* (Ef 3,9) y se manifestó la Stma. Trinidad. Mientras Jesús estaba allí, en el agua, con su naturaleza humana, como un pecador más entre los pecadores, el Padre Divino no pudo contener su emoción, podríamos decir, y desde el cielo hizo oir su Voz: ***«Tú eres mi Hijo amado, en quien Yo me complazco»***. Si lo ha llamado "Hijo" es porque quien hablaba era el Padre. Y Juan vió bajar sobre Jesús, "como una paloma", al Espíritu Santo, la Persona Divina que constituye el vínculo de amor y de unidad entre el Padre y el Hijo. Esa misma voz, que después se oyó de nuevo en el monte Tabor, en la Transfiguración de Jesús, es el testimonio que el Padre ha dado de su Hijo.

¿Pero qué estaba haciendo Jesús allí, en aquel río? ¿Qué necesidad tenía El de ser bautizado? Era el comienzo de su Vida pública como el Redentor y allí se presenta como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. En esa agua El se mete, llevandonos a todos nosotros, llevando el mundo entero, la entera Creación, para lavarla del pecado. Porque aquella agua representaba la Voluntad del Padre.

Está claro que aquel bautismo que daba el Precursor no era el sacramento del Bautismo que Jesús instituyó una vez cumplida la Redención: *"Id y anunciad el Evangelio a todas las naciones, bautizandolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"* (Mt 28,19). Y Juan había dicho: "*Yo os bautizo en agua, pero El os bautizará en Espíritu Santo*". ¿Cuál es la diferencia? La misma que hay entre **lavar** un recipiente sucio y después, una vez limpio, **llenarlo** por ejemplo de vino. El bautismo de Juan era de penitencia, o sea, de conversión, por tanto era sólo preparación para recibir el don de la Redención que estaba llegando, es decir, la Gracia, el don del Espíritu Santo "que es Señor y da la Vida" (como decimos en el Credo), la participación en la Vida Divina como hijos.

Pero Jesús, con aquel bautismo que quiso recibir, preparó sin duda un regalo, una gracia, una especie de túnica blanca, preparada para la salvación de tantos que, sin una culpa personal, habrían muerto sin haber recibido el Sacramento instituido por El, puesto que –como sabemos– además del Sacramento del Bautismo con agua, hay un "bautismo de sangre" (por ejemplo el de los niños inocentes que Herodes hizo matar y de cuantos son matados por motivo de Jesús) y un "bautismo de deseo". Pero este es un tema que todavía no ha recibido suficiente luz en la Iglesia, la cual va recibiendo siempre nueva luz de siglo en siglo.

La palabra del Padre: *«**Tú eres mi Hijo amado, en quien Yo me complazco**»* era dirigida a Jesús, pero con El, a la vez el Padre la dice a cada uno de nosotros, a cuantos estamos unidos al Hijo. Es necesario que cuando nos mira pueda ver a Jesús, cada vez más nítido y vivo, así como antes, desde la eternidad, el Padre, mirando a su Hijo Jesucristo, en El nos ha visto a todos nosotros y por eso nos ha querido, nos ha amado y nos ha creado, para compatir con nosotros su felicidad y su Vida como hijos suyos. ¡Que en nosotros el Padre pueda complacerse, que el Espíritu Santo pueda formar cada vez más en nosotros la semejanza viva y la espiritualidad del Figlio, en una palabra, que podamos ser nosotros gloria ***del*** Padre y ***del*** Hijo y ***del*** Espíritu Santo, amén!

****

15 de Enero, 2° domingo del tiempo Ordinario:
Una "terapia" espiritual que nos transforme

Cari fratelli, hoy cambiamos el tema. En este tiempo de angustia y sufrimiento por tantas cosas en la Iglesia y en el mundo, es lógico que para todos, quien más y quien menos, haya alguna cruz. Lo importante es abrazar en ella la Voluntad del Padre y llevarla con Jesús. Aprendamos a mirar más allá, al fruto que con El ha de producir.

"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros podamos consolar a todos los atribulados con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, así, por Cristo, abunda nuestra consolación. Pues si somos atribulados, es para vuestro consuelo y salvación; y si somos confortados, es también para vuestra consolación, que es eficaz en soportar con fortaleza los mismos padecimientos que también nosotros soportamos". Así dice San Pablo en la segunda carta a los Corintios (1, 3-6).

Esta vez he creído útil e importante compartir algunos pensamientos que puedan ayudarnos en este tiempo, que nos den luz y fuerza para llevar el peso de la vida. Son tantas las cruces, los problemas y dificultades, tantas las situaciones dolorosas debidas a enfermedades, los problemas de familia o de trabajo o por graves injusticias, etc. Y no hay ninguna que no tenga relación con Nuestro Señor Jesucristo. Cada cosa que nos sucede o que hacemos, de la más pequeña a la más grande, repercute en su Corazón y El la siente como suya. Si nosotros, que somos tan pequeños y limitados, sentimos profundo dolor por el dolor de las personas que amamos y que forman parte de nuestra vida, ¡cuánto más, sin comparación, El lo siente y como El lo siente nuestra Madre Celestial!

Como hay un tratamiento médico para los males del cuerpo, debe haber una "terapia" espiritual que transforme nuestro modo de ver y de sentir, y lo que para nosotros son desgracias (así las percibimos) puedan convertirse en gracias que nos acerquen al Señor: *"Yo, Yo soy tu Consolador"*, nos dice (Isaías, 51,12).

El primer paso en esta "terapia" es tener ideas claras, es comprender la verdad y el sentido de la Cruz:

En primer lugar, nosotros no hemos sido creados para sufrir, eso repugna a nuestra naturaleza, sería absolutamente imposible que eso viniera de la Bondad y del Amor de Dios. El mal no puede venir del Bien, como la falsedad no puede venir de la Verdad. Dios no puede quererlo, pero lo permite en vista de un bien más grande que puede producir para nosotros, si nos entregamos a El haciendo su Voluntad. Preguntémonos –preguntémosle– cuál es la finalidad de ese dolor o de esa cruz concreta que El permite.

Todo sufrimiento es debido a algo que va contra la Voluntad de Dios; es siempre fruto de un desorden, y todos los desórdenes en las cosas que Dios ha creado se deben al pecado, por lo menos al primer pecado, cuyas consecuencias han quedado por todas partes y nosotros las experimentamos. *"Dios ha creado al hombre para la inmortalidad; lo hizo a imagen de su propia naturaleza.*

Pero la muerte entró en el mundo por envidia del demonio y la experimentan los que le pertenecen" (Sabiduría, 2,23-24).

El remedio es la Redención: Dios mismo, su segunda Persona, Jesucristo, ha tomado como suyos todos los pecados del mundo y todo el dolor causado por ellos. Un sufrimiento, una cruz sin Jesús no salva a nadie, sigue siendo un mal, porque El es el remedio, El es la solución. Por eso debemos saber interpretar las tribulaciones según El, a la luz de su palabra y de su ejemplo.

Jesús nos ha redimido (la Redención es haber transformado el mal en un bien) con su Cruz. La cruz, que es dolor, está formada por dos voluntades opuestas, cruzadas, como dos maderos, como los troncos de aquellos dos árboles del paraíso terrenal. El palo vertical es la Voluntad de Dios; el horizontal, que dice "no quiero", es la voluntad del hombre. Y Jesús, que en su Encarnación había unido en felíz desposorio su Voluntad Divina y su voluntad humana, ha asumido en El a todas las criaturas para conducirlas de nuevo a Dios. Ha hallado la Voluntad de Dios y las voluntades humanas en contraste, en oposición, en forma de "cruz de dolor", y así la ha hecho suya para cubrirla y sustituirla con su "Cruz de Amor" y cancelar así su contraposición y su recíproco dolor. Y la "Cruz-Amor" de Jesús, en la que siempre ha vivido como en plácido abandono, son los brazos amorosos del Padre Bueno que lo sostienen, es su dulcísima e inmensa Voluntad, que para Jesús es el alimento, el descanso, la Vida. Jesús ha dicho: *"El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y me siga. El que quiera salvar su propia vida la perderá, pero el que la pierda por Mí, la salvará"* (Lc 9,23-24), lo cual significa: no piense ni se preocupe de sí mismo, pierda su propia vida –la pierda de vista ante todo–, abrace la Voluntad del Padre y se deje abrazar por El, y me mire a Mí para hacer como hago Yo.

Cuando sufrimos no podemos no sentirlo, pero entonces más que nunca nos conviene pensar en El, mirarle a El, entregarle todo, nuestra vida, es más, pidiendole que sea El quien viva en nosotros nuestra situación con su fuerza, con su paz, transformandola en triunfo con su Amor, convirtiendola en consuelo y medicina para todos. Entonces, en vez de querer ser consolados, seremos nosotros los que lo consolemos a El consolando a nuestros hermanos. ¡Salgamos de nosotros mismos, dejemos de pensar en nosotros mismos, que es inutil y nos hace tanto daño! Miremos más allá, al fruto que con el Señor debe producir: por un dolor hoy, una alegría mañana. Como en Lourdes la Stma. Virgen dijo a Bernadette: *"No te prometo la felicidad en este mundo, sino en el otro"*. O como dijo San Francisco de Asís: *"Tanto es el bien que yo espero, que toda pena es consuelo".* Y el Señor: *"Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en Mí. En el mundo tendréis tribulaciones, pero tened confianza: ¡Yo he vencido al mundo!"* (Jn 16,33).

En este tiempo de angustia y sufrimiento por tantas cosas en la Iglesia y en el mundo, es lógico que todos, quien más y quien menos, tengamos alguna cruz que llevar. Lo importante es abrazar en ella la Voluntad del Padre y llevarla con Jesús. Aprendamos a mirar más allá, al fruto que con El ha de producir. A mirarla con fe, esperanza y amor. Con gratitud. No nos la quitará enseguida, pero será transformada y nos transformará. Y por boca de San Pablo nos dice que no permitirá que seamos tentados (o probados) por encima de nuestras fuerzas, sino que nos dará la gracia necesaria para superarla (1ª Cor 10,13).

****

22 de Enero, 3º domingo del tiempo Ordinario:

¿Adónde va nuestra vida?

Queridos hermanos, ¿adónde estamos yendo? ¿Adónde va nuestra vida? ¿Adónde está yendo el mundo, o la Iglesia? Pero cada uno de nosotros, personalmente, nuestra vida de cada día, cada momento, en qué dirección va? *"¿Señor, a quién irémos? Tú sólo tienes palabras de Vida eterna"*. Que el Señor y nuestra Madre Celestial nos tomen de la mano más que nunca y nos lleven en todo hacia el Reino de Dios.

"Todavía por poco tiempo la luz está con vosotros –nos dice el Señor –. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; el que camina en tinieblas no sabe por dónde va. Mientras tenéis la luz creed en la luz, para ser hijos de la luz" (Jn 12,35-36). Queridos hermanos, casi todo el mundo está en tinieblas y en sombra de muerte, incluso la mayor parte de los cristianos, sumergidos en sus miedos y angustias, en sus proyectos y afanes de la vida. Por eso nos ha avisado: *"Estad bien atentos, no sea que se emboten vuestros corazones con distracciones, embriagueces y preocupaciones de la vida y que de repente venga sobre vosotros ese día; como un lazo vendrá sobre todos los moradores de la tierra. Velad y orad en todo momento, para que podáis superar todo lo que ha de venir, y comparecer ante el Hijo del hombre"* (Lc 21,34-36). *"Convertíos* –nos repite–, *porque* ***se acerca el Reino de Dios****"* (Mt 4,17). Estas palabras no son mensajes de verdaderos o presuntos videntes o carismáticos, sino del Señor en el Evangelio, dictadas por su Amor.

Al menos nosotros debemos darnos cuenta, en este momento más que nunca, **del tiempo que estamos viviendo y adónde vamos**. No sirve que preguntemos, como los Apóstoles, *"¿cuándo será todo eso y cuál la señal de tu venida y del fin del mundo?"* (Mt 24,3). Querer saber, para muchos, es una mezcla de curiosidad y de un cierto temor, como para organizarse ante un futuro amenazador. Y es verdad que el Señor en la Sagrada Escritura nos ha indicado tantas señales de los tiempos y nos exhorta a que estémos atentos: *"Al*

atardecer decís: Buen tiempo, si el cielo está arrebolado; y a la mañana: hoy habrá tormenta, si el cielo está oscuro. Sabéis interpretar el aspecto del cielo ¿y no sabéis discernir las señales de los tiempos?" (Mt 16,2-3).

De las señales de los tiempos hablarémos más adelante, si Dios quiere. Pero todo nos está diciendo que el Señor ha pasado una página de la historia y hemos entrado en un tiempo nuevo, misterioso, en que tantas cosas ya no serán como han sido hasta hace poco tiempo, y para todos se anuncia cada vez más una gran prueba, renuncias, sufrimientos, purificación, como dice San Pedro en su primera carta (4,17-19): *"Ha llegado el momento en que empieza el juicio por la Casa de Dios* (es decir, la prueba comienza por la Iglesia)*; y si empieza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que rehusan creer al Evangelio de Dios? Y si el justo a duras penas se salva, ¿qué será del impío y del pecador? Así pues, los que sufren según la Voluntad de Dios, se abandonen al Creador fiel y sigan haciendo el bien"".*

Y San Pablo: *"Todas estas cosas* (…) *fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes* ***ha llegado el fin de los tiempos****. Así pues, el que cree estar en pie, mire no caiga. Ninguna tentación os ha sobrevenido hasta ahora que no fuera humana; pues Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que con la tentación dispondrá el éxito y la fuerza para superarla"* (1ª Cor 10,11-13). *"Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria futura que ha de ser manifestada en nosotros"* (Rom 8,18). Por tanto, *"cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación"* (Lc 21,28). Dios no habla para asustarnos, sino para guiarnos y protegernos: *"En la conversión y en la calma está vuestra salvación, en el abandono confiado está vuestra fuerza"* (Isaías, 30,15). El que se mira los pies se detiene y no camina, el que se detiene pensando en sí mismo pierde la fuerza y enseguida empieza a hundirse, como Pedro cuando caminó sobre el agua y dejó de mirar a Jesús para pensar en sí mismo y en su circunstancia.

Dicho lo cual, veámos adónde cada uno de nosotros está yendo. Porque no nos sirve tanto el saber adónde está yendo el mundo o bien la Iglesia, o en qué tiempo de la historia estamos, cuanto el ver hacia dónde vamos personalmente cada día, adónde van los días y las horas que Dios nos concede, adónde van nuestros pensamientos y nuestras palabras, nuestros deseos y ocupaciones, qué dirección toman. Porque el hombre viene de Dios y debe volver a Dios y no se improvisa el regreso: se hace en cada momento.

Mis queridos hermanos, es fundamental nuestra intención en cada cosa que hacemos, la finalidad que damos a cada cosa: ¿adónde nos lleva? Pues dos son las posibles direcciones: o hacia Dios o hacia el propio "yo", a nuestro *"ego"*; o son según el Querer de Dios o son según nuestra propia voluntad. Todas las

cosas, o nos acercan a Dios o nos alejan de El. Y por eso el Señor nos podrá a todos, cuando menos lo pensemos, ante el espejo de nuestra conciencia, ante la Verdad que es El, como ante una bifurcación en la que cada uno de nosotros tendrá que decidirse, dar una respuesta. Será un Aviso, como un anticipo del Juicio final, como el que se cumplió en el Calvario donde, a ambos lados de Jesús, estaban crucificados con El dos ladrones: uno se rindió al Amor y se salvó, el otro se cerró en sí mismo y se perdió. *"Señor, a quién irémos? Tú sólo tienes palabras de Vida eterna"* (Jn 6,68). Que el Señor y nuestra Madre Celestial nos tomen de la mano más que nunca y nos lleven en todo hacia el Reino de Dios.

****

29 de Enero, 4° domingo del tiempo Ordinario:

Los dones de Dios y el Dios de los dones

Queridos hermanos, ¿cuál es nuestro "dios"? ¿Quién es nuestro Padre? En este tiempo en que vivimos el Señor nos invita a confiar en El, que en cada momento nos está dando la vida y todo lo que necesitamos. ¡Confianza y gratitud!

En el tiempo que estamos viviendo a cada uno de nosotros el Señor nos está diciendo: *"No os inquietéis por vuestra vida, lo qué comeréis o beberéis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis; ¿no vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni conservan en graneros, y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Y quién de vosotros, por más que se empeñe, puede añadir una sola hora a su vida? ¿Y por qué os afanáis por el vestido? Fijáos cómo crecen los lirios del campo: no se fatigan ni hilan. Y sin embargo Yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana será echada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No os preocupéis pues diciendo: ¿qué comeremos? Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? Por todas esas cosas se preocupan los paganos; pero vuestro Padre celestial bien sabe que de todo eso tenéis necesidad.* ***Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia****, y todo eso se os dará por añadidura. No os inquietéis, pues, por el mañana, porque el mañana tendrá ya sus inquietudes. A cada día le basta su afán"* (Mt 6,25-34).

Hermanos míos, en vísperas de la "gran tribulación" ¿acaso valen menos estas palabras del Señor? ¡Mucho cuidado! ¿Es que tal vez somos todavía paganos, que se preocupan por todas esas cosas? ¿Depende de nosotros nuestra vida, cada latido y respiro? *"¿Y quién de nosotros, por más que quiera, puede añadir una sola hora a su vida?"* ¿Hay alguna cosa que no sea un don de Dios?

Si tenemos necesidad de tantas cosas, de determinadas cosas, es sólo porque nuestro Padre Celestial así lo quiere y lo dispone. *"No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"* (Mt 4, 4). Debemos darnos cuenta de que cada cosa depende de su Voluntad, llena de amor y de cuidados para nosotros, si somos sus hijos.

Y así como hay siete Sacramentos instituidos por nuestro Señor Jesucristo, mediante los cuales nos llega la Gracia de la Redención, igualmente el Padre Divino ha querido rodearnos de millones y millones de "sacramentos" de la Creación, que son todas las cosas creadas por El, por medio de cada una de las cuales nos habla y nos transmite un Mensaje, su Providencia y su Amor. Cada cosa es testigo de Dios y un don suyo: el sol, la luz, el aire, el agua, la tierra, las plantas, los alimentos, el calor y el frío, el día y la noche, los colores y los sonidos, todos los seres vivientes, nuestro prójimo, las leyes físicas con las que gobierna el mundo entero, nuestro mismo cuerpo y nuestro espíritu, nuestras facultades y nuestros sentidos, nuestra vida… *"Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios"* (1ª Cor 3,22-23): este es el verdadero orden de la Creación.

Pero el hombre, ¿qué hace? Toma para él ***los dones de Dios*** y olvida e ignora ***al Dios de los dones***. Ingrato, toma las cosas que Dios le ofrece e ignora de Quién proceden, para qué son, cuál su mensaje, el amor que Dios ha puesto en ellas para nosotros, y así las vacía de su contenido, y entonces las cosas ya no tienen sentido, ya no tienen razón de existir, ya no son de Dios, como Dios las ha querido, es decir *"sagradas"*, sino separadas de Dios, robadas a Dios, usadas para ofender a Dios, o sea,*"profanadas"*. Como cuando Eva, manipulada por el demonio, vió que el árbol del que Dios le había dicho que se abstuviera *"era bueno para comer, hermoso a la vista y deseable para adquirir un particular conocimiento"* (Gén 3,6), es decir, que en ese fruto vió una bondad, una verdad y una belleza sin Dios. Por eso todas las cosas se rebelan contra el hombre y lo tratan como un enemigo. Y esa es la causa de la violencia, del desorden, de los peligros, del miedo del que está llena la Creación, el mundo creado por Dios y profanado por el hombre. Es el desorden y el miedo que el hombre, separado de Dios, le ha transmitido a todo lo creado.

Mis queridos hermanos, *"no tengáis miedo",* nos dice el Señor, *"no os inquietéis por nada* –nos repite San Pablo– *sino en toda necesidad presentad a Dios vuestras peticiones con plegarias, súplicas y dándole gracias, y la paz de Dios que supera todo entendimiento, guarde vuestros pensamientos y vuestros corazones en Cristo Jesús"* (Fil 4,6-7). O como dijo la Stma. Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego: *"Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que* ***es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón, no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia. ¿No estoy Yo***

aquí, que soy tu Madre? *¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy Yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester? No te apene ni te inquiete ninguna otra cosa".*

En este tiempo más que nunca Dios nos pide que confiemos y nos abandemos a su Providencia. *"El mismo Dios ha dicho:* ***No te dejaré ni te desampararé****. Así podemos decir con confianza: el Señor es mi ayuda, no temeré. ¿Qué podrá hacerme el hombre?"* (Hebreos 13,5-6). Debemos reconocer su Presencia en cada instante de nuestra vida, aun cuando a veces se esconde por un momento. Saber darle las gracias en toda situación y por todas las cosas es un deber de justicia. *"No nos inquietemos, pues, por el mañana, porque el mañana tendrá ya sus inquietudes. A cada día le basta su afán",* nos dice el Señor. *"Si con El morimos, viviremos con El; si con El perseveramo, con El también reinaremos; si lo negamos, también El nos negará; si le somos infieles, El permanece fiel, porque no puede negarse a Sí mismo"* (2ª Tim 2, 11-13).

Por tanto *"levantemos la cabeza, porque se acerca nuestra liberación"* (Lc 21,28), ha dicho el Señor, es decir, levantemos la mente, el pensamiento, el deseo, dirigiendo todo hacia el Reino de Dios y su Justicia. Por eso dice: *"****Buscad primero el Reino de Dios y su justicia****, y todas esas cosas se os darán por añadidura".*

No nos dice el Señor que vivamos distraidos o drogados con las cosas del mundo, ni que seamos irresponsables, ignorando lo que sucede, los males y los peligros, como van las cosas, en primer lugar en la Iglesia. Pero no dejemos que nos hieran todas esas noticias y situaciones que nos toca vivir, no dejemos que entren en nosotros y nos roben la paz y la confianza en el Señor. Son cosas que hacen sufrir –no podemos ser indiferentes ni insensibles–, pero otra cosa es dejarnos dominar por el miedo o alimentar sentimientos de angustia o de rabia. Que el Señor nos conceda saber pasar más allá de las dificultades –lo cual se llama esperanza– porque, como dice San Pablo, *"los sufrimientos del momento presente no son nada en comparación con la gloria futura que ha de ser manifestada en nosotros"* (Rom 8,18).

"No perdáis pues ***vuestra confianza****, que tiene reservada una gran recompensa. Tenéis sólo necesidad de* ***constancia****, para que, cumpliendo la Voluntad de Dios, podáis alcanzar la promesa. Porque todavía un poco de tiempo, un poco apenas, y* ***Aquel que ha de venir, vendrá y no tardará****. Mi justo vivirá gracias a la fe; pero si se echa atrás, mi alma no se complacerá en él"* (Hebreos, 10,35-38).

****

2 de Febrero, la Presentación de Jesús en el Templo:

La gran decisión

Queridos hermanos, ¿adónde vamos? ¿al Templo? El Señor nos invita a que vayamos a El, y si el mundo se aleja de El cada vez más, alejémonos nosotros cada vez más del mundo: "Dejemos que los muertos entierren a sus muertos". Se está ya cumpliendo el Juicio, la gran separación. "*¡El Señor está cerca!*"

Y ahora, más que nunca, El nos dice: *"venid a Mí, todos los que estáis fatigados y oprimidos, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi carga es ligera"* (Mt 11,28-30). El Señor desea aliviarnos, pero no nos engañemos: El no ha venido a librarnos "de la Cruz", sino del mal "por medio de la Cruz". El ha dicho: *"El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y me siga. Quien quisiere salvar su propia vida la perderá, pero el que pierda su vida por Mí, la salvará"* (Lc 9,23), y es como si dijiera: que no se preocupe de sí mismo, no piense en sí mismo, que pierda su vida –la pierda ante todo de vista –, abrace la Voluntad del Padre y se deje abrazar por El –eso es mi yugo suave y mi carga ligera–, y me mire a Mí, que doy la Vida por él, para que haga como hago Yo.

Es interesante notar esta palabra que dice el Señor: el "yugo". Se trata de un instrumento que se pone en el cuello de un par de bueyes para tenerlos unidos y que trabajen juntos. De ahí deriva la palabra "cónyuges", los esposos unidos por un mismo vínculo o "yugo". Así Jesús se ofrece para llevar con nosotros el peso de la vida, que con su fuerza resulta ligero.

Y así como hay indicaciones para resolver los problemas materiales, igualmente en este tiempo de extravío y confusión debemos seguir indicaciones espirituales, en ayuda de nuestro modo de ver y de sentir, y la primera es tener ideas claras a la luz de la verdad conocida en la fe. Cada uno de nosotros vive su situación de cada día normalmente metido en lo que está haciendo o en lo que le ocurre, en sus problemas y preocupaciones, en sus temores y en sus deseos, es decir, en su cruz. Pero una cruz sin Cristo no salva a nadie; no recurrir a El perdiendole de vista es caminare a oscuras y sin fuerza. Y El nos dice: "¿pero adónde vas? ¿Adónde va todo lo que estás haciendo? ¿Para qué te sirve?" *"El que conmigo no recoge, desparrama"* (Mt 12,30).

El hombre viene de Dios –tanto si cree como si no cree– y debe regresar a Dios, pero volver depende de nosotros. El regreso no se improvisa, se hace en cada momento; así ha de ser: "cada momento un escalón para acercarnos a Dios". ¿Pero adónde va nuestra intención, cuál es nuestro fin en cada cosa? Con frecuencia oimos decir, de alguien que ha muerto: "ha vuelto a la Casa

del Padre". ¡Ojalá que así sea! ¿Pero estamos seguros? Si se ha salvado, lo probable es que antes tenga que pasar por la tremenda purificación del Purgatorio. Por eso el Señor nos dice: *"venid a Mí, todos los que estáis fatigados y oprimidos, que Yo os aliviaré".*

Al menos nosotros debemos ser conscientes, en este momento más que nunca, del tiempo que estamos viviendo y adónde estamos yendo. Y ahora, hermanos míos, tratemos por un instante de no pensar en nosotros mismos, sino en el Señor, elevandonos "unos metros" sobre nuestro pequeño mundo individual, para ver en panorámica la entera humanidad, en qué confía, adónde está yendo. En medio de poco más de 8000 millones de personas, nosotros somos privilegiados sin ningún mérito nuestro, por la luz de la Fe que nos permite comprender el proyecto del Amor infinito de Dios y de nuestra respuesta de amor.

Llega la hora en que todo será puesto en claro, la hora del Juicio, de quien está dentro y quien está fuera, de la separación de la Verdad de la falsedad, de quien ama la Verdad y quien prefiere el propio "yo". *"El insensato ya no será llamado príncipe ni noble el impostor, porque el insensato dice insensateces y su corazón trama iniquidad, para cometer impiedades y afirmar mentiras respecto al Señor"* (Isaías, 32,5-6).

Y les cuento que, hace ya 28 años (era el 2 de febrero de 1995), cuando ocurrió el hecho extraordinario de las lágrimas de sangre que lloró la Stma. Virgen mediante una pequeña imagen en mi parroquia en Civitavecchia (Roma), un hecho que trastornó por completo la vida normal de todos, tuve la clara sensación de que estaba empezando el tiempo "**de la gran decisión**": era como si una grieta (de las que se forman en el terreno con un terremoto) avanzase zigzagueando por todas partes, pasando por todas las casas, por cada familia, en las parroquias, en las ciudades…, sin que al principio se notase casi nada, pero con el tiempo haciendose cada vez más vistosa, más ancha y profunda, separando las personas… Es el juicio y cada uno decide a qué lado estar… Y unos años después, estando en otra parroquia, una noche tuve un sueño particular: veía como dos trenes parados en la estación, uno al lado del otro; en uno, a la derecha, algunos pasajeros estaban tranquilamente sentados, esperando a que partiera; el otro estaba lleno de gente que reían, gritaban, se peleaban, una confusión con toda clase de vicios. Los trenes estaban a medio metro de distancia uno del otro, de manera que de uno se podía saltar facilmente al otro y viceversa. Los que estaban en un tren invitaban a pasar allí a los del otro y lo mismo hacían los otros… Los trenes empiezan a moverse y parten, al principio lentamente, después la velocidad aumenta y poco a poco se van distanciando: el primero va subiendo por una ligera cuesta y va a la derecha, el otro va veloz a través de hermosos campos, siguendo una amplia

curva que va bajando hacia la izquierda, pero allá va a entrar en una niebla oscura… y en aquella densa niebla, un puente roto, y el tren cae en un abismo profundo, negro. Conté el sueño durante la homilía, como una parábola… pero ¡cuál no fue mi sorpresa, cuando más tarde, en la televisión (entonces la veía) me encontré con una película que en buena parte coincidía con mi sueño! ¿Necesita explicación la parábola?

Llega la hora de la prueba, de la separación abierta: *"**Pueblo mío, sal de Babilonia para no asociarte a sus pecados** y no tomar parte en sus castigos. Porque sus pecados se han acumulado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades"* (Apoc 18,4-5). *"Del centro de la ciudad la gloria del Señor se levantó y fue a detenerse sobre el monte que está a oriente de la ciudad"* (Ez 11,23).

"No se turbe vuestro corazón –dice el Señor–. *Creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando Yo me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde Yo estoy estéis también vosotros. Pues para donde Yo voy, vosotros conocéis el camino* (…) *No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros. Todavía un poco y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque Yo vivo y vosotros viviréis. En aquel día conoceréis que Yo estoy en el Padre y **vosotros en Mí** y **Yo en vosotros**"* (Jn 14,1-4.18-20).

"Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra afabilidad sea notoria a todos los hombres. ¡El Señor está cerca! No os inquietéis por nada, sino que en toda necesidad presentad a Dios vuestra petición, con plegarias, súplicas y acción de gracias; y la paz de Dios, que supera todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil 4,4-7).

****

5 de Febrero, 5º domingo del tiempo Ordinario:

La finalidad de Dios y la nuestra

Queridos hermanos, el otro día el Señor nos preguntaba: "¿adónde vais?", y ya sabemos que el hombre viene de Dios y debe volver a Dios. "Buena ida y buen regreso", dijo Dios, dandonos un beso.

Jesús es *"el Camino, la Verdad y la Vida",* nadie va al Padre sino por medio de El (Jn 14,6). El Camino es ***la Fe***, nos invita a recorrerla con perseverancia, con confianza, con el deseo de llegar al verdadero destino, al Padre, una meta que aún no vemos, objeto de nuestra ***Esperanza***, que nos espera más allá del horizonte. Un camino claro, preciso, recto, sin ambigüedad ni confusión, porque así es la Verdad, firme, que no puede cambiar. Y la Verdad

nos lleva a la verdadera Vida, al Corazón de Dios, a la fuente del verdadero Amor o ***Caridad***, indicado desde el principio, es decir, a la Voluntad Divina, al *"Fiat"* Divino. Así se realiza la vida cristiana: a partir del ***conocimiento***, que siempre ha de crecer (la Fe), se recorre con el ***deseo*** seguro (la Esperanza) y se realiza en el ***amor***, como respuesta al Amor Divino (la Caridad).

En todo nuestro ser y en cada momento de nuestra vida el Amor Divino espera que nuestro pequeño amor venga a su encuentro. Y Jesús le dice a Luisa, la pequeña Hija de la Divina Voluntad, el 26 de Febrero de 1912:

> *"Hija mía, Yo soy Amor e hice a las criaturas todo amor. Los nervios, los huesos, la carne, son tejidos de amor y, después de haberlos tejido de amor, hice fluir en todas sus partículas la sangre, como cubriéndolas con una vestidura, para darles vida de amor. De modo que la criatura no es más que un complejo de amor y* ***no se mueve más que por amor****... Todo lo más pueden ser diferentes amores, pero* ***siempre por amor se mueve****. Puede ser Amor divino, amor a sí misma, amor a criaturas, amor malo, pero siempre amor; y no puede hacer otra cosa, porque su vida es amor, creada por el Amor eterno y por tanto movida por una fuerza irresistible al amor. Así que, aun en el mal, en el pecado, en el fondo ha de ser un amor che ha movido a la criatura a que hiciera ese mal. Ah, hija mía, ¿cuál no ha de ser mi dolor, al ver en las criaturas la posesión de mi Amor, que les he dado, profanado, contaminado con otro uso? Yo, para custodiar ese amor que procede de Mí y dado a la criatura, estoy en torno a ella como un pobre mendigo y, cuando la criatura se mueve, palpita, respira, obra, habla, camina, le voy pidiendo la limosna de todo y le ruego, le suplico, la imploro que me dé todo a Mí, diciendole: «Hija, no te pido sino lo que te he dado; es por tu bien, no me robes lo que es mío. Tu respiro es mío; respira* ***sólo por Mí****. Tu palpitar, tu movimiento es mío; palpita y muévete* ***sólo por Mí****», y así de todo lo demás... Pero con sumo dolor me toca ver que su palpitar* ***va en una dirección****, su respirar* ***va en otra****, y Yo, el pobre mendigo, me quedo en ayunas, mientras que el amor de sí misma, de las criaturas, de las mismas pasiones, se queda saciado. ¿Puede haber injusticia más grande? Hija mía, quiero desahogar mi amor y mi dolor contigo; sólo quien me ama puede compadecerme".*

Por eso es fundamental no equivocar la dirección de nuestros deseos, adónde va nuestra vida en cada momento, es decir, **el fin** que nuestra intención da a lo que hacemos. En todo lo que existe, Dios ha puesto una finalidad. Son tantas las finalidades secundarias de las cosas, subordinadas unas a otras, pero Dios las ha puesto en relación con una sola, grande, sublime Finalidad: realizar su Reino, el proyecto eterno de su Querer Divino, que tantos hijos sean semejantes en todo a su Divino Hijo y una cosa sola con El. No existe nada

que no tenga un fin, un motivo de existir. Todo lo que Dios ha hecho viene de su Amor a nosotros y es para llevarnos a una plena comunión de Vida y de Amor con El.

Igualmente nosotros, a imagen de Dios, tenemos un fin en cada cosa que hacemos. Ha de estar subordinado y en función de nuestra finalidad última, la cual debería coincidir cada vez más con la Finalidad de Dios, o sea, con el Querer de Dios. Por eso, *"ya sea que comáis o que bebáis o que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios"* (1ª Cor 10,31). De lo contrario *"el que con El no recoge, desparrama"* y todo lo que hace se pierde, es inutil. El fin que ponemos en cada cosa que hacemos (aunque no seamos conscientes) determina hacia dónde va: hacia Dios o hacia nuestro *"ego"*, adónde vamos. Deberíamos preguntarnos siempre en todo lo que hacemos: **¿para qué lo hago?** O mejor aún: **¿para Quién lo hago?** No se improvisa la última y definitiva respuesta a Dios, no cambian los gustos, el objeto del deseo: *"donde está tu tesoro, ahí está tu corazón"* (Mt 6,21).

Por último, en este tiempo de prueba nos dice por el profeta Isaías (30, 20-21): *"Si el Señor te da el pan de la aflicción y el agua de la tribulación, ya no seguirá **escondido** tu Maestro; tus ojos lo verán, tus oídos oirán esta palabra detrás de tí: «**Este es el camino, recórrelo**», en caso de que vayas a la derecha o a la izquierda"*. Para saber adónde ir, te dice: *"Sígueme, Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"*.

En las horas de prueba de la vida que el Señor permite, horas interminables de dolor y de oscuridad, cuando los demás no pueden hacer nada y en ciertos momentos puede parecer que el Señor no te escuche o incluso que esté ausente, se insinúa la voz del tentador: *"¿dónde está tu Dios? ¡Te ha abandonado!"* Eso es acusar a Dios, es falso, porque Dios no puede abandonar a su criatura; en todo caso se esconde un momento para educarnos, para que comprendamos que sin El no podemos hacer nada y para estimular nuestro deseo de tenerle y así crezca nuestra fe. Pero Jesús ha dicho: *"Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo"* (Mt 28,20).

Por eso, permítanme que les cuente un recuerdo muy lejano, tal vez la prima cosa que recuerdo de mi vida: yo era muy pequeño, tenía poco más de un año, cuando mi papá me llevó a pasear a un bosque; de pronto me desapareció y yo me ví solo y me puse a llorar desesperado… Pocos instantes después salió de detrás de un árbol; se había escondido para ver lo qué yo hacía. Comprendamos que eso es lo que a veces hace nuestro Papá del Cielo, para que le hagamos sentir cuánto lo deseamos, cuánto sea importante para nosotros. Es una lección de vida fundamental. *"Dios mismo ha dicho: **No te dejaré ni te abandonaré**. Así podemos decir con confianza: el Señor es mi ayuda, no temo nada; ¿qué podrá hacerme el hombre?"* (Hebreos, 13,5-6)

12 de Febrero, 6º domingo del tiempo Ordinario:

Más temor, menos Dios; más Dios, menos temor

Queridos hermanos, *"bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en nuestras tribulaciones para que podamos también nosotros consolar a todos los atribulados con el consuelo con que somos consolados nosotros mismos por Dios. Porque así como abundan los sufrimientos de Cristo en nosotros, así, por medio de Cristo, abunda también nuestra consolación"* (2ª Cor 1,3-5)

Estas palabras de San Pablo debemos hacerlas nuestras. Nosotros tenemos los problemas: El es la solución, sin decirle nosotros como y cuando nos los ha de resolver. Además, todos los días nos llega el ruido cada vez más ensordecedor del mundo, noticias inquietantes, preocupantes, escandalosas; nos inundan tantas cosas que amenazan confundirnos y hacernos perder de vista al Señor y la respuesta *personal, insustituible*, que le debemos cada día. Podríamos hablar de cosas actuales que preocupan a tantos, que parecen tan serias, trascendentales, asuntos "incandescentes"…, ¿pero de verdad lo son? Por eso no hablo de "ciertas cosas". Les digo que, ante el Señor, creo que aún sea más importante y necesario hablar de lo que edifica y es positivo, de lo que le interesa a El y que puede servir para alimentar nuestra vida espiritual y nuestra relación con El. "Dejemos que los muertos entierren a sus muertos", como ha dicho el Señor.

Entre tanto, nuestro primer problema somos nosotros mismos y por eso nos dice: *"pensar en uno mismo, es lo mismo que salirse de Dios y volver a vivir en sí mismo. Y además, el pensar en sí mismo nunca es una virtud, es siempre un vicio, aunque sea bajo el aspecto de un bien"*. Así le dice el Señor a Luisa Piccarreta el 23.8.1905.

> Y el 1.11.1912 le dice: *"Ah, hija mía, ¿qué haces pensando en ti? ¡Tú ahora estás bajando y de ser dueña te reduces a la mísera condición de pedir! ¡Pobre hija! Con pensar en ti misma te empobreces, porque estando en mi Voluntad tú eres dueña y puedes tomar lo que quieras. Si hay algo que hacer en mi Voluntad, es pedir y reparar por los demás".*
>
> Y yo: *"Dulcísimo Jesús, Tú deseas tanto que quien está en tu Voluntad no piense en sí mismo; ¿y Tú piensas en Ti mismo?"* (¡Qué pregunta absurda!)
>
> Y Jesús: *"No, no pienso en Mí mismo. Piensa en sí mismo el que tiene necesidad de algo. Yo no necesito nada; Yo soy la misma santidad, la misma felicidad, la misma inmensidad, altura, profundidad. Nada, nada me falta; mi Ser contiene en Sí mismo todos los bienes posibles e imaginables. Si un pensamiento pudiera ocuparme, sería el del género humano, que habiendo salido de Mí al crearlo, quiero que vuelva a Mí. Y en esa situación pongo a*

las almas que quieren hacer de verdad mi Voluntad, una sola cosa conmigo. Las hago dueñas de mis bienes, porque en mi Voluntad no existe esclavitud alguna; lo que es mío es de ellas y lo que quiero Yo lo quieren ellas. Por eso, si uno se hace sensible a la necesidad de alguna cosa, significa que no está perfectamente en mi Voluntad o que, en todo caso, baja de Ella, como ahora estás haciendo tú, nada menos. ¿No te parece extraño que quien ha formado conmigo una sola cosa, un solo Querer, me invoque piedad, perdón, sangre, penas, mientras que la he hecho dueña junto conmigo? Yo no sé qué piedad o qué perdón darle, mientras que le he dado todo; en todo caso debería tener piedad y perdonarme a Mí mismo de algún fallo..., cosa que jamás puede ser. Por tanto te recomiendo, no te salgas de mi Voluntad y sigue sin pensar en ti misma, sino en los demás, como has hecho hasta ahora; de lo contrario te empobrecerías y sentirías necesidad de todo".

Pensar en nosotros mismos, sin tener presente al Señor en nuestro pensamiento, nunca nos hace bien, siempre es un vicio, y lo demuestra el que quita la paz, crea turbación, inseguridad, ansiedad, temor. El miedo es un instrumento del enemigo para paralizar en el bien, para oscurecer la Verdad. Es señal que falta fe. Es una ecuación: **más temor, menos Dios; más Dios, menos temor**. *"He oído tus pasos en el jardín y he sentido miedo, porque estoy desnudo"*, dijo Adán después de su pecado. *"El amor perfecto aleja todo temor, porque el temor supone un castigo y el que teme no es perfecto en el amor"* (1ª Jn 4,18). Naturalmente, no se trata de ese temor instintivo que sentimos ante un peligro que nos amenaza (que es una reacción de defensa), y no se trata tampoco de no "sentir" miedo ante cosas que pueden hacernos un mal; sentir no depende de nosotros, consentir sí. No debemos dejar que el miedo nos domine, aun sintiendolo, sino dominarlo con la fe y la oración, así como no debemos dejar que nos dominen las cosas que nos llegan del mundo.

Leemos en el Evangelio de San Mateo (14, 24-32): "La barca estaba ya en medio del mar, agitada por las olas, pues el viento era contrario. Hacia el final de la noche Jesús vino hacia ellos andando sobre el mar. Los discípulos, al verle andar sobre el mar, se turbaron y dijeros: *«Es un fantasma»* y se pusieron a gritar por el miedo. Pero al instante Jesús les habló, diciendo: *«**Animo, soy Yo, no tengáis miedo**»*. Pedro le dijo: *«Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti sobre las aguas»*. Y El dijo: *«¡Ven!»*. Pedro, bajando de la barca, se puso a caminar sobre las aguas y fué hacia Jesús. Pero por la violencia del viento, se asustó y, comenzando a hundirse, gritó: *«¡Señor, sálvame!»*. Al instante Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo: *«**Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?**»*. Y apenas subieron a la barca, el viento cesó".

En ninguna situación, nunca debemos retirar el pensamiento de Jesús. *"Si piensas en ti, piensa a la vez en Mí",* dice el Señor. Y ese pensar en nosotros

mismos que quita la paz con las preocupaciones, la ansiedad y los temores, viene en primer lugar del apego a nosotros mismos, a nuestra salud, a nuestro bienestar, a las criaturas y a las cosas en las que buscamos una seguridad o que prometen alguna satisfacción, olvidando que son dones del Señor, mediante los cuales nos da su Providencia y su Amor. Y nosotros, egoistas e ingratos, tomamos las cosas que nos gustan y las metemos en nuestro corazón en lugar de Dios. Hacemos como Eva, que en aquel fruto vió una bondad, una verdad y una belleza sin relación con Dios. ¿Adónde fue a parar el amor debido a Dios? Por eso cayó en el pecado.

Debemos reconocer que ninguna cosa existiría si no fuera querida por Dios. Las criaturas son canales de comunicación con Dios, ocasiones para ponernos en comunión con Dios. ¿Cómo nos ve El? ¿Qué pensará de nosotros? Pidamos al Señor la gracia de ver con sus ojos todo y a todos, a nosotros mismos y a todas las cosas que suceden. Nosotros tenemos una tendencia al pesimismo, a ver fácilmente el lado negativo de todo y también de las personas, a causa del pecado original, cuyas consecuencias han quedado en nosotros, pero eso no es justo. Si el Señor hiciera eso, ya nos habría arrojado a la perdición. Nosotros tendemos a identificar al enfermo con su enfermedad, al pecador con su pecado…, mientras que Dios espera hasta el último instante. Esa es su paciencia: *"El Señor no retrasa el cumplimiento de su promesa, como algunos creen; es que pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos tengan la posibilidad de arrepentirse"* (2ª Pedro, 3,9)

****

19 de Febrero, 7º domingo del tiempo Ordinario:

Cómo sanar las heridas de la vida y los recuerdos del pasado

Queridos hermanos, puesto que tenemos la constante inclinación a pensar en nosotros mismos, hoy hablamos de cómo sanar las heridas de la vida y los recuerdos del pasado. Pero el origen de nuestra existencia se halla en Jesucristo: por eso ardientemente desea llevarnos a la unidad con El, con un solo corazón (¡el Suyo!) y una sola vida.

Por tanto, ¿cómo sanar las heridas de la vida y los tristes recuerdos del pasado? Cada día se añade alguna. Los psicólogos imaginan métodos y técnicas, pero la verdadera solución es la Gracia divina. Sin el Señor no podemos hacer nada, y sin la menor duda El nos quiere sanar y liberar de esas cosas. Nuestras penas y nuestros dolores Jesús los siente como suyos, más que nosotros, y con El nuestra Madre Stma. Por eso le dice a Luisa: *"pensar en ti misma nunca será una virtud, es siempre un vicio. Si piensas en ti, piensame al mismo tiempo".*

En nuestra oración tratemos de recorrer, de la mano del Señor, cada momento de nuestra vida desde que Dios creó nuestra alma y fuimos concebidos, para bendecirle y darle las gracias, y así llegamos al primer recuerdo, a la primera escena que recordamos de nuestra vida y luego, poco a poco, a tantas otras... Recordemos las personas que estaban presentes en aquellas escenas (posiblemente recordando sus nombres) y así hagamos una oración al Padre dándole las gracias, alabandole, encomendandole aquellas personas, con un acto de amor por nosotros mismos y por ellas... Así mismo en las escenas "negativas", de dolor o de pecado, que nos han dejado alguna herida, además de pedirle perdón de nuevo, perdonemos a quien entonces nos hirió y demos gracias a Dios por Su amor y Su protección (*"Todo concurre al bien de los que aman a Dios",* nos dice San Pablo) y de esta forma lo que es negativo, puesto en el Corazón de Dios, todo se vuelve positivo, triunfo Suyo, victoria de Su Amor.

Fe y confianza, y digamosle a Jesús: *"si Tú me preguntas algo de mí, de mi vida, de mis dificultades o de mis progresos... no sé decirte nada, ¡no tengo tiempo de pensar en mí mismo! ¡De mí, Tú ya sabes todo y eso me basta! Pregúntame de Ti, verás que sé decirte tantas cosas..."*

Al encarnarse, Nuestro Señor ha creado su propia naturaleza humana, su Humanidad. Jesucristo es el "prototipo" de toda la Creación y en particular del ser humano. Como El ha dicho: *"Antes de que Abrahám fuera, Yo Soy"* (Jn 8,58), así puede decir: *"Antes de que Adán fuera creado, Yo Soy"*. Y San Pablo dice: *"El es la imagen de Dios invisible, engendrado antes de toda criatura; porque por medio de El fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles: Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades.* ***Todo ha sido creado per medio de El y en vista de El. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El. El es también la cabeza del cuerpo, o sea, de la Iglesia; el principio, el primogénito*** *de los que resucitan de entre los muertos, para tener la primacía sobre todas las cosas"* (Col 1, 15-18). El Espíritu Santo ha creado, de María, el Cuerpo del Hijo de Dios: su Cuerpo personal, físico, y su Cuerpo Místico. Todos los seres humanos hemos sido concebidos en El, como Cuerpo suyo, porque, como dice San Luis M. Grignion de Montfort, "una madre no concibe de su hijo sólo la cabeza, sino también el cuerpo"..

Nuestra historia se realiza en el tiempo, a partir del momento en que nuestros padres nos dieron la vida, por lo que se refiere a nuestro cuerpo, mientras que nuestra alma espiritual Dios la ha querido y la ha creado, no antes, en el tiempo, sino fuera del tiempo. Todos los seres humanos hemos sido concebidos en Jesucristo, como su Cuerpo. Lo dice en los Escritos de la "Sierva de Dios" Luisa Piccarreta:

"¿Pero sabes tú qué es lo que mi Eterno Amor quería hacerme devorar? ¡Ah, las almas! Y me contenté cuando las devoré a ***todas, quedando concebidas conmigo****. Era Dios: debía obrar como Dios,* ***debía hacerme cargo de todas****;* ***mi Amor no me habría dado paz, si hubiera excluído alguna****... Ah, hija mía, fíjate bien en el seno de mi Mamá; fija bien los ojos en mi Humanidad concebida y verás tu alma concebida conmigo y las llamas de mi Amor que te devoraron. ¡Oh, cuánto te he amado y te amo!"* (…) *"Cada alma concebida me llevó el peso de sus pecados, de sus debilidades y pasiones, y mi Amor me mandó que tomara el peso de cada una; y* ***no sólo concebí las almas, sino las penas de cada una, las satisfacciones que cada una de ellas debía darle a mi Padre Celestial****. De manera que mi Pasión fue concebida junto conmigo."* (Primer volumen, "Novena de Navidad").

"Apenas la Potencia Divina formó esta pequeñísima Humanidad, tan pequeña que podría compararse con el tamaño de una avellana, pero con sus miembros bien proporcionados y formados, el Verbo quedó concebido en ella. La inmensidad de mi Voluntad, ***abrazando en sí todas las criaturas pasadas, presentes y futuras, concibió en ella todas las vidas de las criaturas y, a la vez que crecía la mía, así crecían ellas en Mí****. De manera que, mientras parecía estar aparentemente Yo solo, visto con el microscopio de mi Voluntad se veían* ***concebidas todas las criaturas****. Conmigo sucedía como cuando se ven aguas cristalinas, que mientras parecen claras, viendolas con el microscopio, ¿cuántos microbios no se ven?"* (Vol. 15°,16.12.1922).

Es verdad que hemos nacido veinte siglos después; pero nuestro espíritu, ¿quién puede decir en serio en qué momento ha sido creado? Y repito que no se trata de una "pre-existencia" de las almas, que es un error rechazado por la Iglesia, sino que todas las almas –empezando por la de la Stma. Virgen, y el alma de Adán y de todas las generaciones– han sido creadas en el Acto Divino que está por encima del tiempo, que abarca todos los tiempos: el principio de todo, el Acto de la Encarnación del Verbo.

*"****En Cristo*** *(el Padre)* ***nos ha elegido antes de la creación del mundo****, para ser santos e inmaculados ante El en el amor, predestinandonos a ser sus hijos adoptivos por obra de Jesucristo, conforme al beneplácito de su Voluntad. Y eso para alabanza y gloria de su gracia, que nos ha dado en su Hijo amado; en El tenemos la redención mediante su Sangre, la remisión de los pecados según la riqueza de su gracia. El la ha derramado abundantemente en nosotros con toda sabiduría y conocimiento, porque nos ha hecho conocer el misterio de su Voluntad, según lo que su benevolencia había establecido en El para realizarlo* ***en la plenitud de los tiempos****: el*

proyecto de recapitular en Cristo todas las cosas, las del cielo como las de la tierra" (Ef 1,4-10).

La intención del Señor dando la vida por nosotros (el fin de la Redención) era la de salvar **a todos**: *"...Este es el cáliz de mi Sangue, Sangre de la nueva y eterna Alianza, que será derramada por vosotros y **por todos** los hombres..."*, ya que *"Dios quiere que **todos los hombres** se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad"* (1ª Tim 2,3). Pero de hecho es eficaz sólo para los que se salvan: *"Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza derramada **por muchos**"* (Mt 26,28 y Mc 14,24).

Tengamos en cuenta que las palabras de la Consagración en la Misa son en parte del evangelio de San Lucas y de la 1ª Corintios de San Pablo (*"por vosotros"*), y en parte de San Mateo y de San Marcos (*"por muchos"*). *"Por muchos", "**pro multis**",* ha sido traducido *"**por todos**"*, aunque no es lo mismo. Su inmenso dolor, equivalente a su Amor, es debido a que no todos se incorporan a El mediante la Redención. Todo lo que hace y sufre su Cuerpo Místico tiene repercusión en su Cuerpo físico, y viceversa, la suerte dolorosa y gloriosa de su Cuerpo físico la comparte con su Cuerpo Místico. Todo lo que hacemos o lo que nos pasa, el Señor lo siente de un modo vivísimo, como hecho por El o que le sucede a El. Inseparablemente unidos, ¡pero no hay que confundirlos!

Y así como El es Sacerdote y Víctima, así su Cuerpo Místico comparte ambos oficios. Jesucristo comparte de varias maneras con cada bautizado el ser Sacerdote y Víctima. Por eso su Amor no se contenta con que estemos unidos a El viviendo en Gracia, sino que anhela a consumarnos en la unidad con El, con un solo corazón (¡el Suyo!) y una sola vida: *"Viviendo conforme a la verdad en la caridad, tratemos de crecer en todo hacia El, que es la cabeza, Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ordenado y unido, mediante la colaboración de cada juntura, según la energía propia de cada miembro, recibe fuerza para crecer, edificandose en la caridad"* (Ef 4,15-16)

****

26 de Febrero, 1er domingo de Cuaresma:

La finalidad de Dios: su Reino en nosotros

Queridos hermanos, ya estamos en el tiempo litúrgico de la Cuaresma. Nuestra mirada debería ser la de la Iglesia, que mira la Semana Santa, contemplando la Pasión de su Esposo y Cabeza, Cristo, pero va más allá, a la Pascua, a la Resurrección, a su victoria sobre la muerte, al Regreso glorioso del Señor. Y si en este tiempo contemplamos más intensamente la Pasión de Cristo, es porque la Santa Iglesia (a la cual pertenecemos) está viviendo de tantas formas la Pasión, por ser el Cuerpo místico de Cristo. Como dijeron los

Apóstoles: *"Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios"* (Hechos, 14,22).

Sobre todo esta Cuaresma, para conocer y comprender mejor el Plan de Dios, su Proyecto eterno, y adónde quiere llevarnos su "sueño de Amor". **Todo lo que Dios hace va encaminado a una sola finalidad: es para formar en nosotros el Reino de su Voluntad,** que significa compartir con El su gloria, su felicidad, su vida: su Voluntad. El se hizo como nosotros para hacernos como El, unidos a El y en El.

Porque si Dios nos ha querido y nos ha creado por motivo de Cristo, su Divino Hijo Encarnado, El quiere vernos inseparablemente unidos a Cristo. Las tres dimensiones de la vida del Señor –su vida **histórica (o terrena),** su vida **eucarística y** su vida **mística**– corresponden a los tres fines o motivos de su Encarnación.

Ha vivido su Vida entera ***por*** nosotros, El está siempre ***con*** nosotros y quiere realizarla ***en*** nosotros.

Por eso, a **su vida terrena**, entregada ***por*** *nosotros*, ha añadido **su vida eucarística** (la Eucaristía contiene toda su vida que vivió en la tierra), siempre ***con*** *nosotros*, con el fin de formar **su vida "mística"** (misteriosa), pero real, ***en*** *nosotros.* Hasta poder decir con San Pablo: *"He sido crucificado con Cristo y* ***ya no soy yo el que vive, sino Cristo es quien vive en mí****. Esta vida en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado El mismo por mí"* (Gál 2,20).

Se hizo hombre no solamente *"por nosotros los hombres y por nuestra salvación",* sino:

1° - Para presidir y justificar la Creación: *"El es la imagen de Dios invisible, engendrado antes que todas las criaturas, porque* ***por medio de El han sido creadas todas las cosas****, las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles: Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades. Todas las cosas han sido creadas* ***por medio de El y en vista de El. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El****"* (Col 1,15-17). *"...El Proyecto de recapitular en Cristo todas las cosas, las del Cielo como las de la tierra"* (Ef 1,10).

2° - Para llevar a cabo la Redención: *"Jesucristo ha venido al mundo* ***para salvar a los pecadores****, y de ellos el primero soy yo"* (1ª Tim 1,15). *"El Hijo de Dios ha aparecido* ***para destruir las obras del demonio****"* (1ª Jn 3,8).

3° - Y para tener su Reino: *"Entonces Pilato le dijo: ¿Así que Tú eres Rey? Respondió Jesús: Tú lo dices, Yo soy Rey. Para eso he nacido,* ***para eso he venido al mundo*** *y debo dar testimonio de la verdad"* (Jn 18,37). Ya lo había dicho el Angel a María: *"El Señor Dios le dará el trono de David su padre y* ***reinará para siempre*** *en la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin"* (Lc 1,32-

33). *"Es necesario que El reine hasta poner a todos sus enemigos como escabel de sus pies"* (1ª Cor 15,25).

De lo cual resulta que su Encarnación no dependió del haber pecado los hombres. Del pecado del hombre depende tan sólo *el modo como* el Señor ha vivido su vida terrena **de Redentor**, en la humillación, en la pobreza, en el dolor. Si el hombre no hubiese pecado, El de todas formas se habría encarnado y habría nacido de la Stma. Virgen, pero desde el primer momento **como Rey glorioso**, a presidir su Reino. El pecado del hombre le ha dado ocasión de añadir el máximo exceso de su Amor y su demostración y efusión mediante la Redención.

Al encarnarse, el Hijo de Dios ha tomado una naturaleza humana **como la nuestra**, porque antes, al crearnos nos ha dado **una humanidad como la Suya**, a su imagen. Al encarnarse, por así decir, se ha puesto en nuestra situación, tomado como suya la vida de cada uno de nosotros; no ha hallado al Adán inocente y santo como Dios lo había creado, sino al Adán caído y mísero, a su descendencia, y se ha hecho cargo de nuestros pecados y de sus consecuencias, de nuestras penas, para salvarnos, para restituirnos la gloria original, para poner de nuevo a la criatura ***"en el orden, en su lugar y en la finalidad para la que fue creada por Dios"***: ***"Dios se ha hecho como nosotros, para hacernos como El"***. Ha bajado hasta nosotros para elevarnos hasta El. Ha dado por nosotros al Padre la respuesta de fidelidad y de amor que los hombres no éramos capaces de darle.

Nuestra vida cristiana empieza con "Cristo en nosotros" y culmina con "nosotros en Cristo". *"Vosotros estáis muertos y vuestra vida ya está oculta con Cristo en Dios. Cuando* ***se manifieste*** *Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros* ***seréis manifestados*** *con El en la gloria"* (Col 3,3-4). Que nuestra vida sea **en El**, no sólo porque fin desde su Encarnación nos ha llevado en El, sino por nuestra participación consciente y amorosa: a eso somos llamados. Se trata de un proceso, de un camino.

Estamos hablando de lo que es **su Reino**, que invocamos pidiendo que "venga".

Mi vida cristiana empezó en el Bautismo, con Jesucristo en mi corazón, pero debe culminar con "y yo en el Suyo, yo soy en Cristo".

¿Pero qué significa "ser en Cristo"? Significa entrar en todos los momentos de su vida, en su historia, en sus obras, en sus alegrías y en sus penas, en su Triunfo y en su Reurrección. Como un líquido se adapta a las dimensiones y a la forma del recipiente que lo contiene, así para nosotros significa adaptarnos exactamente a los gustos de Jesús, a su modo de pensar, a sus sentimientos. Es hacer nuestra su vida interior, su dolor, su amor, su relación con el Padre.

Que Jesús pueda decirme lo mismo que dijo al Padre: *"Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío, y Yo soy glorificado en tí"* (cfr Jn 17,10).

¡Qué bello es decirle cada mañana: "¡Señor, hoy harémos todo juntos, Tú conmigo y en mí!" Y El nos responde: "¿Cuál 'todo'? Todo lo que tú haces y también todo lo que Yo hago: Hijo mío, tú has de hacerlo conmigo y en Mí!" **Eso es vivir en la Divina Voluntad, eso es su Reino**.

En su Vida ha escrito mi verdadera vida, como tenía que ser. La potencia del Espíritu Santo me une a Cristo, a su Obra, y hace vivo en mí lo que Jesús ha hecho por mí. El Espíritu Santo lo realiza. San Pablo dice una cosa importantísima: *"Quien se une al Señor se hace un solo espíritu con El* (…) *¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros y que habéis recibido de Dios? Por tanto, no os pertenecéis a vosotros mismos, porque habéis sido comprados a caro precio. Glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo"* (1ª Cor 6,17-19).

"Templo del Espíritu Santo". Nuestro cuerpo es un templo, es "morada santísima de Dios", como un velo que lo cubre, es para Cristo como *"una humanidad añadida, en la que El pueda renovar su Misterio"* (dice Santa Isabel de la Trinidad). Y por esa Divina Presencia del Espíritu Santo, que habita en nosotros, Jesús se hace real en nosotros.

Jesús ha dicho: *"Yo en ellos y ellos en Mí; y Yo pediré al Padre y El os dará otro Consolador, que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la Verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Vosotros lo conocéis porque está* ***con vosotros*** *y estará* ***en vosotros****"* (Jn 14,16-18). ¡Esto es maravilloso! *"Cuando venga el Espíritu Santo conoceréis que Yo soy en el Padre y* ***vosotros en Mí****"* (Jn 14,20). No sólo es unión, sino unidad. Esta es la finalidad de Dios, su sueño de amor, su Reino.

****

5 de Marzo, 2º domingo de Cuaresma:

Venimos de Dios y debemos volver a Dios

Mis queridos hermanos, la Palabra de Dios no tiene límites, la Verdad es infinita y por eso podríamos hablar de tantísimas cosas importantísimas, estupendas; pero tenemos que limitarnos cada vez a un tema. Ahora bien, una cosa es hablar a niños de la escuela primaria y otra es hablar a alumnos de la escuela superior o a los que están en la universidad. Pero habiendo entre quienes me escuchan algunos que están en los primeros pasos del conocimiento de las cosas del Señor y otros que tal vez llevan "muchas horas de vuelo", o bien quienes están viviendo momentos difíciles u otras situaciones, trato de ayudar a unos y otros, y teniendo en cuenta que llevamos ya veinte siglos en la "escuela del Evangelio" y que (como dice San Pablo: Rom 13,11-12), somos

"conscientes del momento que vivimos, que ya es hora de despertarnos del sueño, porque nuestra salvación está más cerca ahora que cuando creímos: la noche va muy avanzada y ya se acerca el Día", trato de hablar de lo que es **esencial** para una Fe fuerte y clara, que llene de luz y de fuerza nuestra vida.

Por eso la primera pregunta no es sólo *"¿de dónde venimos?"*, sino aún más *"¿adónde estamos yendo?", "¿adónde va nuestra vida, momento por momento?"*

Por eso es tan importante la finalidad que tenemos en cada cosa que hacemos. Nuestra intención, es decir, el fin que tiene nuestra voluntad, es lo que da la precisa dirección a cada cosa en cada momento: ¿por qué hago ésto? ¿Para qué sirve, cuál es el fin de cada cosa? **Nuestra finalidad debe coincidir cada vez más con la Finalidad misma de Dios**. Se supone que la aprendimos con una de las primeras preguntas del Catecismo (como antes se enseñaba): *"¿Para qué nos ha creado Dios? "Para conocerle, amarle y servirle en esta vida, y así luego gozar con El en la otra, en el Cielo".*

Dios no tiene necesidad de nosotros para realizar lo que **quiere**; pero sí para realizar lo que **desea**… Ya ven: no es lo mismo querer que desear. Su inmenso Deseo, su Proyecto, su "sueño de Amor" es tenernos abrazados a su Corazón como hijos tan amados, para compartir con nosotros todo lo que es Suyo, su gloria, su felicidad, su Vida. Se realiza si nosotros también queremos. Es como un puente que nos debe unir a El, que toca su orilla y ha de tocar también la nuestra.

Por eso, la primera pregunta que debemos hacernos es: *"¿de dónde venimos y adónde vamos?"* Y la respuesta es: *"**el hombre viene de Dios y debe volver a Dios**",* todo lo que somos y tenemos se lo debemos a Dios y debe servirnos para volver a Dios, no para alejarnos de El. En cada momento, en cada cosa, su Voluntad desea abrazar la nuestra, su Amor está con los brazos abiertos esperando nuestro amor. Cada momento, un escalón para subir hasta Dios.

¿Pero volver a Dios, en qué consiste? "Buena ida y buen regreso, dijo Dios, y nos creó con un beso". Regresar es iniciativa y gracia Suya, pero a la vez es respuesta nuestra. La entera historia de la humanidad está representada en la parábola del "hijo pródigo", que se fue de la Casa paterna y después de haber probado la más grande miseria regresó a su Padre. Es volver a El **como hijos**, con corazón de hijos, o mejor aún, con el mismo Corazón del Hijo, de Jesús, que dijo: *"He salido del Padre y he venido al mundo; ahora dejo de nuevo el mundo y voy al Padre"* (Jn 16,28). Y ha dicho: *"Nadie puede ir al Padre si no es por medio de Mi"* (Jn 14,6). Tenemos absoluta necesidad de estar en su adorable Humanidad… En su Humanidad el Padre nos ha visto y nos ha amado, nos ha querido y nos ha creado. En la Humanidad de Jesucristo hemos sido concebidos, junto con El, en El, como miembros suyos. Unidos a El como

criaturas, nacimos separados de El por el pecado original y reincorporados a El mediante el Bautismo que nos da la Redención.

"Yo en vosotros y vosotros en Mí". Cuando el Espíritu Santo obra en nosotros, eso se cumple. ¡Por tanto nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestro espíritu se hacen morada de Dios, por obra de su Espíritu! Cada célula nuestra le pertenece, cada respiro, cada latido, cada instante. La obra del Espíritu Santo es consagrarnos, transformarnos, realizar en nosotros una especie de transustanciación. El milagro de la presencia viva y real de Jesús en la Eucaristía es el medio, el modelo y el signo de lo que quiere hacer de nosotros, y ese es **su fín, el verdadero Reino de su Voluntad**.

Nosotros totalmente suyos. Y viceversa, El totalmente nuestro: *"Nos ha dado los bienes grandísimos y preciosos que habían sido prometidos, para hacernos por medio de ellos **partícipes de la naturaleza divina**"* (2ª Pedro, 1,4). *"Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos"* (Jn 15). Es una unión vital que el Señor nos ofrece, es una realidad divina: de nosotros depende acogerla, permanecer unidos a El como los sarmientos a la Vid.

Sin los sarmientos la planta se queda sola. Para hacerse ver, para hacerse oir, el Señor nos necesita. Para llegar a los demás, para producir fruto, Jesús quiere servirse de nosotros. *"El que os recibe a vosotros a Mi me recibe y el que me recibe a Mi recibe a Aquel que me envió"* (Mt 10,40). Es una unión, mejor dicho, ¡es unidad! La vida cristiana consiste en *"permanecer **en El**"*. De hecho, en su primera carta San Juan dice: *"El que dice que permanece **en El**, debe comportarse como El se comportó"* (1ª Jn 2,6). Tiene que ver con la unidad, con uno más uno igual a Uno: *"Ya no soy yo quien vive, sino Cristo es quien vive **en mí**. La vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios"* (Gál 2,20).

Y el Señor así lo dice a su pequeña hija, Luisa Piccarreta:

> *"Hija mía, cuando en el alma no hay nada que me sea extraño o que no me pertenezca, no puede haber separación entre el alma y Yo, es más, te digo que si no hay ningún pensamiento, afecto, deseo, latido, que no sea mío, Yo tengo al alma conmigo en el Cielo, o bien me quedo con ella en la tierra. Sólo puede separarme del alma si hay cosas que para Mí sean extrañas. Y si no ves eso en ti, ¿por qué temes que pueda Yo separarme de ti?"* (Vol. 11°, 02.06.1912).
>
> *"Hija mia, piérdete en Mí. Pierde tu oración en la mía, de forma que la tuya y la mía sean una sola oración y no se sepa cual sea la tuya y cual la mía. Tus penas, tus obras, tu querer, tu amor, pierde todo en mis penas, en mis obras, etcétera, de modo que se mezclen unas con otras, formando una sola cosa, tanto que puedas decir: «**lo que es de Jesús es mío**», y Yo diga: «**lo que es tuyo es mío**». Supon un vaso de agua, que derramas en un*

recipiente de agua grande: ¿sabrías tú luego distinguir el agua del vaso de la del recipiente? Desde luego que no. Por eso, con grandísima ganancia tuya y con sumo contento mío, repíteme a menudo en lo que haces: «Jesús, lo derramo en Ti, para poder hacer, no mi voluntad, sino la Tuya», y Yo derramaré enseguida mi obrar en ti" (Vol. 12°, 31.01.1918).

Esa es la unidad de la que hablaba San Pablo. Se trata de una unidad, que es la unión de dos voluntades en un único querer, el Suyo: Tú en mí, y yo en Ti, *"lo que quieres Tú lo quiero también yo; si Tú no lo quieres, tampoco yo"*. San Pablo en Gálatas 4,19 dice: *"Hijitos míos, que yo de nuevo doy a luz en el dolor, hasta que* ***Cristo esté formado en vosotros****"*. Que ese sea nuestro deseo, nuestra meta, como dijo San Juan, el Precursor: *"El ha de crecer y yo disminuir"* (Jn 3,30).

Aniversario de la muerte de Luisa

El 4 de Marzo de 1947 Luisa Piccarreta, "la pequeña Hija de la Divina Voluntad", pasó definitivamente de la tierra al Cielo, habiendo vivido 81 años, 10 meses y 9 días, de los cuales más de 60 en cama, su "habitual estado". Murió al final de la noche, a la misma hora en que todos los días el Sacerdote la llamaba por obediencia a volver en vida de su estado de "muerte". Desde entonces ya han pasado 76 años.

Luisa ha escrito "Las Horas de la Pasión", "La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad" y sobre todo los 36 Volúmenes en forma de diario, a los que el Señor dio el título *"El Reino de mi Divina Voluntad en medio de las criaturas. Libro de Cielo. La llamada a la criatura al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fue creada por Dios"*.

Teniendo una pobrísima cultura humana –había ido a la escuela sólo un año o dos– tuvo que escribir sólo por obediencia a la Iglesia, a sus confesores, sin ocultar lo que sentía, sus reacciones humanas, provocadas a veces por lo que otros decían. Pero ha escrito también las cosas nuevas, inimaginables, maravillosas sobre la Divina Voluntad, que el Señor le decía y que El –como una vez le dice–primero había escrito con su dedo de luz en su alma. Es decir, Luisa no habla por haber oido o por haber leido cosas dichas por otros, sino que escribe lo que ella vive. Es su testimonio. Es vida vivida y ésto considero que sea la verdera cuestión que comprender: que lo que ha escrito, ella lo ha vivido.

Cuantos la recuerdan y la aman, que la veneran conociendola sobre todo a través de sus escritos, desean justamente verla glorificada en la Iglesia. Por sus peticiones y plegarias, el Espíritu Santo hizo que se abriera su Causa de Beatificación el 20 de Noviembre de 1994. Así, por ahora Luisa Piccarreta, la pequeña Hija de la Divina Voluntad, tiene oficialmente el título de "Sierva de

Dios". Creo que sea justo y necesario hacer una cierta reflexión sobre esta paradoja, a la luz de la Divina Revelación y de las mismas palabras de Luisa: *"Me parece que me quieren hacer **sierva** en tu casa, si buscara adquirir méritos; no, no **sierva** quiero ser, sino **hija**"* (23.01.1908).

Ambos títulos sono perfectamente compatibles, pero vistos en sentidos diferentes: hija en vez de sierva, sierva obediente en vez de desobediente.

Mi esperanza no es tanto que LUISA sea glorificada por la Iglesia, sino que lo sea LA DIVINA VOLUNTAD, en la luz con que Jesús la manifiesta en la vida y por tanto en los escritos de Luisa. Que, como ella dice en una carta, *"la Iglesia reciba esto alimento celestial, que la hará resucitar en su máximo triunfo".*

Glorificar la Divina Voluntad –que no significa aprobarla, sino recibirla con gozo, gratitud y amor–, glorificarla tendrá como justa consecuencia glorificar también a la "Sierva de Dios" Luisa Piccarreta, reconocer el papel y la misión única, extraordinaria, que Dios ha querido darle en su Proyecto de amor, y reconocer la fidelidad con que ella la ha cumplido.

Pero pensar glorificarla o beatificarla (si es que alguien lo piensa), dejando a un lado lo que ella ha vivido, teniendo todavía en cuarentena sus escritos por otros cuarenta años, eso Dios no lo permitirá, como no habría permitido que fuese predicado un Cristo sin Evangelio, ni un Evangelio sin evangelizadores y testigos. No soy yo el que lo dice, sino Jesucristo a Luisa:

> "*No te asombres por cuantas cosas grandes y maravillosas puedo decirte de esta misión, ni por cuantas gracias puedo darte, porque **no se trata de hacer un santo**, de salvar a las generaciones, sino que se trata de poner a salvo una Voluntad Divina, que todos vuelvan al principio, al origen del que todas las cosas salieron, y que la finalidad de mi Voluntad tenga su cumplimiento".* (04.05.1925)
>
> *"Por eso te he dicho tantas veces que tu misión es grande, porque **no se trata de la sola santidad personal**, sino de abrazar todo y a todos y preparar el Reino de mi Voluntad para las generaciones humanas".* (22.08.1926)
>
> *"Quiero el sí de la criatura y **como una cera blanda dejarme que haga lo que Yo quiera hacer de ella**. Es más, debes saber que antes de llamarla a que viva del todo en mi Querer la llamo de vez en cuando, la despojo de todo, le hago pasar una especie de juicio, porque en mi Querer no hay juicios, todas las cosas quedan conformes conmigo, el juicio es fuera de mi Voluntad, pero **de todo lo que entra en mi Querer ¿quién se atreverá a hacer un juicio?** Y Yo nunca me juzgo a Mí mismo..."* (06.03.1919)

Por lo que de mí depende, esperaré a que llegue la Autoridad de la Iglesia, como ante el sepulcro vacío Juan esperó a que llegara Pedro para entrar; sin

embargo, nada le impidió "ver y creer". En cuanto a nosotros, pidamos por quien, como Pedro, tiene una autoridad, por su grave responsabilidad… La nuestra, la mía, es diferente…

****

12 de Marzo, 3er domingo de Cuaresma:

Un corazón nuevo y un espíritu nuevo

Queridos hermanos, en este tiempo de Cuaresma sobre todo resuena a menudo una palabra: "conversión". "Conversión" significa cambiar de dirección en el camino que recorremos para volver atrás. Normalmente se piensa que es dejar una vida de pecado mediante un verdadero arrepentimiento, para estar de nuevo en Gracia. O bien cambiar nuestro comportamiento abandonando cosas frívolas, mundanas, para volver a Dios. O bien haciendo determinadas oraciones, penitencias o ayunos… Son cosas que pueden servir para enderezar o, mejor aún, para dirigir bien nuestra vida. Su eficacia depende de nuestra finalidad. Son medios en vista de un fin. A menudo ponemos los medios en lugar del fin, del verdadero fin, que casi siempre se nos escapa, mientras que es lo que de verdad le interesa al Señor. ¿Hacia dónde estamos yendo? ¿Adónde quiere llevarnos el Señor? ¿Cuál es ese fin?

El Proyecto de Dios es darnos un corazón nuevo, el de Jesús, el Hijo, y un espíritu nuevo, espíritu de hijos, el Espíritu Santo, porque el Reino de Dios, de la Divina Voluntad, es precisamente sentirlo Padre y sentirnos hijos, viviendo esta relación de un solo Corazón.

Dice el Señor en el libro del profeta Ezequiel: *"Las gentes sabrán que Yo soy el Señor –palabra del Señor Dios– cuando muestre* ***mi santidad en vosotros*** *ante sus ojos. Os tomaré de entre las gentes, os reuniré de todas partes y os llevaré a vuestra tierra. Os aspergeré con agua pura y seréis purificados; Yo os purificaré de todas vuestras suciedades y de todos vuestros ídolos;* ***os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo,*** *os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne****. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros*** *y haré que vivais según mis normas y os haré observar y poner en práctica mis leyes. Habitaréis en la tierra que Yo les dí a vuestros padres; vosotros seréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios. Os liberaré de todas vuestras impurezas"* (Ez 36,23-29).

"Cuando muestre mi santidad en vosotros": eso es volver a aquella "semejanza" de Dios con la que creó a Adán. Dios quiere que se manifieste, que se vea en nosotros todo lo que es Suyo, como es El. Nos ha creado para que seamos ante El como un espejo en el que pueda reflejar su Imagen y compartirla con nosotros. Para eso antes ha tenido que hacer la Redención: ***"Yo os purificaré de todas vuestras suciedades y de todos vuestros ídolos".***

Pero luego, ¿cómo llevará a su criatura a aquel estado de santidad divina del principio, cuando creó al hombre a su "imagen y **semejanza**"? Dandonos "***un corazón nuevo***" y "***un espíritu nuevo***". ¿Qué significa el corazón? El corazón físico representa el corazón moral, espiritual, que es nuestra voluntad, que no sólo es la sede de los sentimientos y de las emociones, sino la fuente de las intenciones y de las decisiones, de lo que depende de nosotros, de la finalidad que damos a las cosas. Como dice Jesús en el Evangelio: *"del corazón del hombre es de donde sale todo lo que contamina al hombre"*. O como dice en el profeta Jeremías: *"la cosa más dolosa y perversa es el corazón, dificilmente sanable; ¿quién puede conocerlo? Yo, el Señor, escruto la mente y examino las entrañas"* (Jer 17,9-10).

Y si tenemos un corazón, es porque Dios nos lo ha dado a imagen del Suyo (o sea, de su Voluntad) y ese corazón es nuestra voluntad. Dios es Uno en su Ser, pero es Tres Personas. Ninguna podría ser sin las otras dos Personas, ninguna puede pensar o querer algo por su cuenta sin que lo quieran las Tres. Dios es por tanto Tres Personas, respectivamente el Amante, el Amado y el Amor, con una sola Voluntad, un único Querer, un solo Corazón. Nos ha dado un corazón para que sea uno solo con el Suyo.

Y llegamos al punto del tema de hoy.

Dios quiere renovar nuestro corazón, hacerlo nuevo, y con él darnos ***"un espíritu nuevo"***. ¿En qué consiste? Una espiritualidad nueva, una mentalidad, una actitud nueva respecto a El. Adán, inmediatamente después de haber pecado, tuvo miedo de Dios; se arrepintió amargamente, pero demasiado tarde. Ya no se sintió **hijo** (ya no lo era). Para ser **hijo** tenía que venir el Hijo de Dios y presentarse al Padre en lugar de cada uno de nosotros. Adán (la humanidad) era como el hijo pródigo de la parábola, que por su falta de amor y por su ingratitud se fué de la casa paterna y sólo cuando tocó el fondo de la amargura y la más grande desilusión pensó en volver al Padre, pidiendole que lo admitiera como uno de sus **siervos**. Eso era demasiado doloroso para el Padre, que no le deja terminar de hablar y ordena a sus servidores (los ángeles) que lo vistan y le den todo lo que debía tener como hijo.

Ese era el espíritu del Antiguo Testamento, espíritu de **siervos**, hasta la Redención, hasta cuando Jesús dijo en la última Cena: *"Vosotros sois mis **amigos**, si hacéis lo que Yo os mando. Ya no os llamo **siervos**, porque **el siervo** no sabe lo que hace su señor; sino que os he llamado **amigos**, porque todo lo que he oido del Padre os lo he hecho conocer a vosotros"* (Jn 15,14-15). Pero después de la Resurrección dijo a María Magdalena: *"Ve a decirles a mis **hermanos**: Subo a mi Padre y **vuestro Padre**, a mi Dios y vuestro Dios"* (Jn 20,17).

Es un espíritu nuevo, de hijos. San Juan dice en su primera carta (4,17-18): *"el amor ha llegado en nosotros a su perfección, para que tengamos confianza el día del juicio; porque* ***como es El, así seamos también nosotros en este mundo****. En el amor no hay temor, al contrario el amor perfecto quita el temor, porque el temor supone un castigo y el que teme no es perfecto en el amor".*

Esta actitud de mirar a Dios "a distancia", sin confianza, haciendo las cosas sólo por obligación, por temor o por interés, con resignación o simplemente por obediencia, ha quedado como resto del Antiguo Testamento: espíritu todavía de **siervos**. ¿Y dónde está el amor? Así pues hay tres tipos de relación con Jesús: como siervos, como amigos y, una vez cumplida la redención, como hermanos. Y en relación con el Padre: siervos, hijos inmaduros, (semejantes a siervos) y finalmente hijos como Jesús.

Por eso San Pablo dice: *"por todo el tiempo que el heredero* (hijo) *es niño, no es en nada diferente de un esclavo* (de un siervo)*, aun siendo dueño de todo; pero depende de tutores y administradores, hasta* ***el término*** *establecido por el padre* (el fin de los tiempos, tiempos de espera). *Así también nosotros cuando éramos niños, éramos como esclavos de las cosas del mundo. Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios mandó a su Hijo, nacido de la Mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar aquellos que estaban bajo la Ley, para que recibieramos la adopción como hijos"* (Gál 4,1-5). Es decir, que estos hijos (lo somos por el Bautismo) han tenido –más o menos– durante tantos siglos ese espíritu viejo, de **siervos**.

San Francisco dió una fuerte señal cuando, ante el Obispo de Asís, devolvió sus ropas a su padre y dijo: *"ya no diré 'padre mío, Pietro de Bernardone', sino Padre nuestro que estás en los cielos..."*

Otra señal fuerte, bellísima, fué lo que la Stma. Virgen de Guadalupe dijo al vidente, San Juan Diego: *"Sabe, hijo mío, que son muchos mis* ***servidores*** *a los cuales podría encomendar este encargo, pero es necesario que tú,* ***hijo mío*** *el más pequeño, te intereses y que por medio tuyo* ***se cumpla mi Voluntad****".*

Por tanto, *"****un corazón nuevo y un espíritu nuevo****":* corazón de hijos, o mejor, el Corazón mismo del Hijo, y su Espíritu en nosotros, el Espíritu Santo. Por eso dice: "*Habitaréis en la tierra que Yo les dí a vuestros padres*", a vuestros primeros padres. Eso es el fin de la conversión de la que habla la Iglesia: EL REINO DE DIOS, de su Voluntad, "así en la tierra como en el Cielo".

Luisa escribe el 20 de enero de 1935 (vol. 33°):

> «Mi pobre mente se pierde en el Querer Divino, pero tanto que no sé repetir lo que comprendo, ni lo que siento en esa celestial morada del *"Fiat"* Divino; sólo puedo decir que siento la Paternidad Divina, que con todo amor me espera en sus brazos para decirme: *"****Estemos como hija y Padre; ven a gozar***

de mi ternura paterna, de mis modos amorosos, de mi dulzura infinita, déjame que te sea Padre. No hay gusto más grande para Mí, que poder realizar mi Paternidad, y tú ven sin miedo, ven y dame tu filiación, dame el amor, la ternura de hija. Siendo mi Voluntad una sola con la tuya, a Mí me da la Paternidad para contigo y a ti te da el derecho de ser hija*"*.

¡Oh Voluntad Divina, cuán admirable y potente eres! ¡Sólo Tú tienes el poder de unir cualquier distancia y desemejanza con nuestro Padre Celestial! Me parece que **eso es precisamente vivir en Ti: sentir la Paternidad Divina y sentirse hija del Ser Supremo**.

Pero mientras mi mente se llenaba de tantos pensamientos sobre Ella, mi dulce Jesús, haciéndome su breve visita, me ha dicho: ***"Hija mía bendita, eso es precisamente vivir en mi Voluntad: adquirir tú el derecho de hija y adquirir Dios la supremacía, la autoridad, el derecho de Padre. Sólo ella sabe unir Uno y otra y formar una sola vida…"***»

Padre mío, Padre bueno, a Tí me ofrezco, a Tí me entrego, en Tí confío, en Tí me abandono… Eso es EL REINO DE DIOS, de su Divina Voluntad, "así en la tierra como en el Cielo".

****

19 de Marzo, 4º domingo de Cuaresma

Si tú conocieras el Don de Dios

Mis queridos hermanos, después de haber escuchado la gran Promesa divina, por boca de Ezequiel, de darnos un corazón nuevo y un espíritu nuevo, hoy el Señor nos quiere explicar más su deseo, lo que quiere darnos. El pasado Domingo hemos oido en el Evangelio que Jesús dijo a la samaritana: *«**Si tú conocieras el Don de Dios** y y Quién es el que te dice: "¡Dáme de beber!", tú misma le habrías pedido y El te habría dado agua viva».* (Jn 4,10).

¿Y cuál es **el Don de Dios**? No es un don cualquiera, o una virtud, o un carisma, ni siquiera es algo espiritual, sino el Don de Sí, **su misma Voluntad Divina** omnipotente, eterna, santísima. Observar sus Mandamientos, hacer lo que Dios quiere, aceptar con resignación o con paz lo que Dios permite o dispone, todo eso es necesario para salvarnos, pero es demasiado poco para su Amor.

Y dice en el profeta Isaías (49,3-6): *«Mi **siervo** eres tú, Israel, en el que manifestaré mi gloria* (…). ***Es demasiado poco que tú seas mi siervo** para restaurar las tribus de Jacob y conducir a los sobrevivientes de Israel. Pero Yo te haré luz de las naciones para que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra».*

- En la mentalidad de la Biblia, "SIERVO DE DIOS" es el hombre fiel a Dios, que Lo reconoce y Lo adora como "su" Señor y Dios, del cual depende

y a quien obedece. En este sentido, lo contrario de "siervo" es "rebelde o impío". Así, el Hijo de Dios se complace en ser llamado *"el Siervo de Yahvé"* (Isaías 49,3-5; 52,13) y María es *"la Sierva del Señor"* (Lc 1,38 e 48), un título que no sólo dice su humildad y sumisión, sino también su pertenencia a Dios (ser de Dios).

- En la mentalidad común de los hombres, un "SIERVO" es alguien al servicio de su dueño, hacia el cual tiene fundamentalmente un sentimiento de temor o bien de interés, y al cual lo une solamente una relación de dependencia y de trabajo (de servicio). En este otro sentido, lo contrario de "siervo" es "hijo".

El "hijo" no tiene una relación con un dueño o señor, sino que vive un vínculo de familiaridad y de amor, de pertenencia recíproca con su Padre. En este sentido hemos de entender el binomio "siervo-hijo" que recorre toda la Biblia a partir de Abrahám, así como las palabras del hijo mayor de la parábola del "Hijo pródigo" (Lc 15,29-31). Es evidente que en este sentido María es Hija y quiere que también nosotros seamos hijos.

Ntro. Señor explica **la diferencia entre hacer la Voluntad de Dios y el vivir en Ella**. Leemos en el vol. 17° de los Escritos de Luisa, el 18 de septiembre 1924:

> *"Hija mía, no se quiere entender: **vivir en mi Voluntad es reinar, hacer mi Voluntad es estar a mis órdenes**. Lo primero es poseer, lo segundo es recibir mis órdenes y cumplirlas.*
>
> ***Vivir en mi Querer** es considerar mi Voluntad como cosa propia, es disponer de Ella. **Hacer mi Voluntad** es considerarla como Voluntad de Dios, no como algo propio, ni poder disponer de Ella como se desea. Vivir en mi Voluntad es vivir con una sola Voluntad, que es precisamente la de Dios, y siendo una Voluntad toda santa, toda pura, toda paz, siendo una sola voluntad la que reina, no hay contrastes, todo es paz. Las pasiones humanas tiemblan ante esta Suprema Voluntad y querrían escapar; no se atreven a moverse, ni a oponerse, viendo que ante esta Santa Voluntad tiemblan Cielos y tierra. Así que el primer paso del vivir en el Querer Divino, que pone el órden divino, está en el fondo del alma, vaciandola de lo que es humano, de tendencias, pasiones, inclinaciones y demás.*
>
> *Por el contrario, **hacer mi Voluntad** es vivir con dos voluntades, y cuando doy la órden de cumplir la Mía, la criatura siente el peso de su voluntad que pone dificultades, y a pesar de que cumpla fielmente las órdenes de mi Voluntad, siente el peso de la naturaleza rebelde, sus pasiones e inclinaciones. Y cuántos Santos, a pesar de haber alcanzado la más alta perfección, sienten esa voluntad de ellos, que les hace guerra, que los tiene oprimidos, tanto que les hace gritar: ¿Quién me librará de este cuerpo de*

muerte, o sea, de esta voluntad mía que quiere dar muerte al bien que quiero hacer? (Rom 7,24)

Vivir en mi Voluntad es vivir como hijo; hacer mi Voluntad es vivir como siervo. *En el primer caso, lo que es del Padre es del hijo, y muchas veces hacen más sacrificios los siervos que los hijos: a ellos les toca esponerse a servicios más fatigosos, más humildes, al frío, al calor, a viajar a pie… En efecto, ¿cuánto no han hecho mis Santos para cumplir los mandatos de mi Voluntad? Por el contrario, el hijo está con su padre, cuida de él, lo alegra con sus besos y caricias, manda a los siervos como si les mandara su Padre, si sale no va a pie, sino que viaja en carroza… Y si el hijo posee todo lo que es del padre, a los siervos no se les da más que el salario por el trabajo que han hecho, quedan libres de servir o no servir a su dueño; y si no sirven ya no tienen derecho a recibir ningún sueldo. Al contrario, entre padre e hijo nadie puede quitar esos derechos del hijo a los bienes del Padre, y ninguna ley, ni del Cielo ni de la tierra, puede anular esos derechos, ni suprimir la relación espiritual entre padre e hijo. Hija mía, vivir en mi Voluntad es el vivir que más se acerca al de los bienaventurados del Cielo, y es tan distante de hacer mi Voluntad y estar fielmente a mis órdenes, como dista el Cielo de la tierra, como la distancia que hay de hijo a siervo, de rey a súbdito.*

Y luego, ésto es un don que quiero dar en estos tiempos tan tristes, que no sólo hagan mi Voluntad, sino que la posean. ¿Acaso no soy Yo dueño de dar lo que quiero, cuando quiero y a quien quiero? ¿No es dueño un Señor de decirle a un siervo: 'Vive en mi casa, come, toma las cosas, usa de mi autoridad como otro Yo?' Y para hacer que nadie le pueda impedir que posea sus bienes, legalmente hace que este siervo sea su hijo y le da il derecho de poseer. Si eso puede hacerlo un rico, mucho más puedo hacerlo Yo. El vivir en mi Querer es el don más grande que quiero dar a las criaturas. Mi Bondad quiere demostrar cada vez más su amor a las criaturas y habiéndoles dado todo y no teniendo ya nada más que darles para hacer que me amen, quiero darles el don de mi Voluntad, para que, poseyéndola, amen el gran bien que poseen.

No te extrañes si ves que no entienden. Para entender deberían disponerse al más grande de los sacrificios, como es el no dar vida, aun en las cosas santas, a la propia voluntad. Entonces sentirían qué cosa es poseer la Mía y tocarían con la mano lo que significa vivir en mi Querer. Tú sin embargo está atenta; no te impacientes por las dificultades que ponen y Yo poco a poco me abriré camino, para hacer comprender el vivir en mi Voluntad".

Dios quiere que seamos como El, a Su **semejanza**. Dios quiere que vivamos con El en perfecta **comunión de vida**, que podamos decir como Jesús dijo al Padre: ***«Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío»*** (Jn 17,10). Dios quiere que

amemos, que Lo amemos **con su mismo Amor**, para que nuestra respuesta de amor sea justa. Por eso, sabiendo Dios que nuestro "corazón" (nuestra voluntad) no es capaz de amar de un modo divino, digno de Dios, **ahora nos ofrece el don de su mismo "Corazón", de su adorable Voluntad**, **el "Corazón" de las Tres Divinas Personas**, para que no sólo vivamos conforme a lo que Dios quiere de nosotros, sino que vivamos con Dios su vida, tomando parte en sus obras y amando con el Amor de las Tres Divinas Personas.

****

19 de Marzo, **San José**

Queridos hermanos, las noticias sobre San José las sabemos por el Evangelio de S. Mateo y de S. Lucas: *"El nacimiento de Jesucristo fué así: estando **desposada** su madre María, con **José**, antes de que fueran a vivir juntos se halló haber concebido por obra del Espíritu Santo. José, **su esposo**, siendo justo no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, **tu esposa**, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús: porque salvará a su pueblo de sus pecados». Todo eso sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta: "He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo que será llamado Emmanuel", que significa Dios con nosotros. Al despertar de su sueño, José hizo como le había ordenado el ángel del Señor, recibiendo en su casa a su esposa, la cual, sin que él la conociera, dio a luz un hijo, que él llamó Jesús"* (Mt 1,18-25)

Notemos que la Virgen María era *"prometida esposa de José"* o *"desposada"*, y José es *"su esposo"*; además el ángel dijo a José: *"María, tu esposa"*. Estaban regularmente casados.

Los hebreos celebraban el matrimonio en dos momentos sucesivos: **el desposorio o esponsales** y al cabo de un año **el matrimonio**. Una diferencia había entre estas dos cosas, como se usaba en Israel en tiempo de Jesús. **El desposorio** no era un simple noviazgo, sino un verdadero vínculo, por el que ya eran esposos (y podían legítimamente tener un hijo, y en caso de ruptura el marido debía dar el "libelo" de repudio a la mujer, la cual, si era infiel, se la consideraba culpable de adulterio). Al cabo de un año más o menos se completaba con **el matrimonio**, en el que la esposa iba acompañada en fiesta por sus amigas a tomar posesión de la casa del esposo. Ambos momentos se han realizado de un modo espiritual en tantas almas santas que, a lo largo

de la historia, han recibido la gracia mística del *"desposorio"* y luego del "*matrimonio* místico" con el Señor.

En el caso de la unión de Cristo con la Iglesia, *en su primera Venida* tuvo lugar el desposorio, pero la Esposa aún no estaba preparada para poder pasar a vivir en la Morada del Esposo –su adorable Voluntad– y formar con El una sola cosa. Eso –las Bodas del Cordero– se cumplirá *en la segunda Venida de Cristo como Rey*, cuando la Esposa vivirá plenamente la Vida del Esposo y tomará posesión de su Reino.

En el caso de José y María, la Anunciación ocurrió después de su desposorio y antes del matrimonio, o sea, antes de que *"fueran a vivir juntos"*.

En un cierto momento José se dió cuenta del embarazo de María, sin duda después de la Visitación a Isabel, como refiere San Lucas: cuando la Stma. Virgen recibió la Anunciación, Isabel estaba ya en el 6° mes de su embarazo y María, apenas lo supo, fue a visitarla. Pasaron otros 3 meses y nació el Precursor, más otros 40 días para su presentación en el Templo, más algún otro día, y para entonces María podía ya estar por lo menos en su 5° mes de gestación, cuando José habrá ido a buscarla para volver juntos a Nazaret, y fué entonces cuando él se dió cuenta.

Se le habrá caido el mundo literalmente encima: sabía perfectamente que él no era el padre de aquella criatura. Por otra parte no podía imaginarse ni admitir que su esposa fuera culpable de adulterio, por tanto se vió en una situación absolutamente contradictoria, incomprensible; por parte de ella ni una palabra, porque la verdadera explicación era enorme –¡que Ella era la Madre del Mesías, del Hijo de Dios!– y, aunque José, *"hombre justo",* le habría creido, Ella no podía hablar, era un Misterio divino, debía esperar el momento en que Dios manifestase el Prodigio. María esperaba con pleno abandono y perfecta paz, aun sufriendo tanto al saber que su esposo sufría tanto sin poder Ella hacer nada…

¿Cuánto tiempo habrá durado esa agonía de José? Bien podemos suponer que sólo al tercer día haya llegado para él la luz con las palabras del Angel del Señor (y esa fué la anunciación a José). Habría podido denunciarla como infiel y adúltera o por lo menos darle el libelo de repudio –**sólo él sabía** que no era el padre del niño, y tal vez mientras tanto alguien habría podido darle la enhorabuena por ser ya padre – o bien, como dice el Evangelio, *"despedirla en secreto",* yéndose él, como si el culpable fuera él, lo cual, de todas formas, era una catástrofe para su esposa… además se serlo para él. Entonces fue cuando en el último momento, como suele ser, Dios intervino, y salir de la pesadilla fué para él como una resurrección.

En el arte se le ha representato "anciano", como para dar a entender que él no había engendrado a Jesús, casi para dar por segura la virginidad de María,

pero así no se ha tenido en cuenta que Jesús debía aparecer como el hijo de José, *"el hijo del carpintero".* Es fácil que, en esos casi tres días, le pelo se le haya vuelto blanco por el gran dolor. Pero no podía tener tantos años más que María, por el motivo dicho: que sin dificultad fuera visto como el padre de Jesús. ¿Qué edad podía tener? No sabemos, pero si María en el momento de la Anunciación tenía 15 años, José no podía aparecer casi como si fuera su padre (sólo entre los musulmanes se da a veces esa situación innatural, de hombres adultos que se casan con niñas sin su consentimiento). Alguna revelación privada lo describe con el doble de edad de María, de unos 30 años, todo lo más.

¿Pero cómo es que se casaron? Se ve claro con el Evangelio de San Lucas, que narra la Anunciación.

"No conozco varón" – El Angel habría podido decirle: ¿cómo dices, María? ¿Es que no estás casada? ¿No tienes a tu José? – En vez de eso le dijo: será obra del Espíritu Santo... – Ah, está bien…

María pregunta el "cómo", ante esa situación contradictoria: Dios le había inspirado en el corazón, desde el principio, el vivo deseo y la firme decisión de consagrarle a El su vida, por tanto su virginidad, y ahora le pide la maternidad, pero es Dios el que une ambas cosas en el caso único de María, porque su Maternidad es Divina. La pregunta que surge es: pero si quería vivir una vida en virginidad consagrada, ¿por qué se casó? Evidentemente, porque así se manifestó la Voluntad de Dios mediante la autoridad de los superiores del Templo, lo cual es señal de que ella ya no tenía a sus padres y siendo heredera única de una familia descendiente de David debían darle una familia. ¿Pero con quién? Tampoco ella lo eligió: el esposo fue provvidenzialmente elegido por los mismos superiores, entre los diferentes posibles candidatos, hombres libres, de la misma descendencia davídica.

Y la segunda pregunta es: ¿habría aceptado José un matrimonio, cuando (por fuerza) vino a saber (y de quién, sino de Maria) que ella era virgen consagrada a Dios para siempre, **si no hubiera tenido el mismo proposito,** es decir, si también él no se hubiera consagrado célibe para siempre a Dios desde antes, desde niño? Ya que, si uno de los dos no hubiera tenido el mismo deseo, la misma intención, no se habrían casado, de lo contrario el matrimonio habría sido un engaño o una cosa forzada. Así que **José, como María, había consagrado su virginidad a Dios para toda la vida**. ¡Así es como Dios ha querido hacer de él como el ángel custodio de sus dos Tesoros en la tierra: Jesús y María, haciendole el Vicario de la Persona del Padre Divino y el primer Ministro de su Reino!

****

25 de Marzo, la Anunciación a María y la Encarnación del Verbo

Mis queridos hermanos, el Proyecto Divino ha entablecido en primer lugar la Encarnación del Hijo de Dios y por eso parte de la Anunciación a María y de su *"**Fiat mihi**", "**hágase en mí**"*. Pero su pleno cumplimiento ha de ser igualmente en nosotros, con nuestro *"**Fiat**",* "así en la tierra como en el Cielo".

Hoy es la primera fiesta en sentido absoluto, la Encarnación del Verbo. ¿Pero quién es el Verbo? En el Credo decimos: "Creemos en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, ***Luz** de Luz*, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre". La primera palabra que Dios dijo fué *"**Fiat Lux**", "**hágase la Luz**"*. Y la misma palabra ha dicho la Stma. Virgen: *"**Fiat mihi**", "**hágase en mí**"*. Dios ha hecho que todo dependiera de esa respuesta de la Stma. Virgen. El Proyecto Divino parte de la Encarnación del Hijo de Dios y por lo tanto de la Anunciación a María y de su *"**Fiat**"*..

Dios no tenía necesidad de nada ni de nadie. Todo lo que hace es para desahogar su Amor. Dependiendo del misterio divino de las relaciones entre las Tres Divinas Personas (la *generación* del Hijo y la *"procesión"* del Espíritu Santo), la primera decisión eterna de su Querer ha sido la Encarnación del Verbo, Nuestro Señor Jesucristo, por motivo de la cual, unida a El ha sido eternamente querida y concebida, en medio de las Tres Divinas Personas, Aquella que había de ser su Madre, la Stma. Virgen.

Sin embargo, Dios ha querido que dependiera de Ella la Encarnación del Hijo de Dios. María ha sido siempre perfectamente libre en su respuesta a Dios. Dios se ha "jugado" todo con la libre respuesta de María, una respuesta de puro amor, la única respuesta digna de Dios. Sin Ella Jesucristo no habría venido al mundo, no habríamos tenido Redentor ni Redención, sin Ella no habría habido ni siquiera una página del Evangelio. Es más, al depender nuestra existencia y la de todo lo que existe de la Encarnación del Verbo Divino, por lo tanto Dios ha hecho que la misma existencia de la Virgen y de todos nosotros dependiera del ***"sí"*** divino de María.

Hoy celebramos la Anunciación a María y por tanto la venida al mundo del Hijo de Dios. Y se puede decir que celebramos **nuestro origen**, nuestra existencia, porque en el acto eterno y a la vez histórico de la Encarnación hemos sido concebidos, ha concebido con El nuestras almas, como algo suyo, como miembros suyos, de los cuales Jesucristo es la Cabeza. Al encarnarse ha concebido, como Cuerpo Místico suyo, a todas las almas, y –excepto el alma inmaculada y santa de su Madre– cada uno de nosotros le hemos presentado nuestra situación de pecado con todas las consecuencias de debilidad, de dolor

y de muerte. Al encarnarse, Jesús se ha hecho cargo de todo y ha dado perfecta respuesta al Padre en nombre de todos nosotros: "Entrando en el mundo, Cristo dice: *Tú no has querido sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo*. *No has aceptado holocaustos ni sacrificios por el pecado*. *Entonces he dicho: Héme aquí que* ***vengo*** *–en el volumen del Libro está escrito de mí–* ***para hacer, oh Dios, tu Voluntad****"* (Hebreos 10,5-7).

Por eso mismo, todo lo que Luisa ha escrito empieza en su primer volumen con "la Novena de Navidad", en la que Jesús le dice:

> *"Hija mía, apoya tu cabeza sobre el seno de mi Mamá; míra dentro de él mi pequeña Humanidad. Mi Amor me devoraba; los incendios, los océanos, los mares inmensos del Amor de mi Divinidad me inundaban, me consumían, levantaban tanto sus llamas que se extendían por todas partes, a todas las generaciones, desde el primer hombre hasta el último, y mi pequeña Humanidad estaba devorada en medio de tantas llamas. ¿Pero sabes lo que mi Eterno Amor quería hacerme devorar? ¡Ah, las almas! Y me contenté cuando las devoré a todas,* ***quedando concebidas conmigo****. Yo era Dios: debía obrar como Dios, debía tomarlas todas; mi Amor no me habría dado paz, si hubiera excluido alguna... Ah, hija mía, míra bien en el seno de mi Mamá; fija bien tu mirada en mi Humanidad concebida y verás tu alma concebida conmigo, las llamas de mi Amor que te devoraron…" "Cada alma concebida me trajo el peso de sus pecados, de sus debilidades y pasiones, y mi Amor me hizo tomar el fardo de cada una; y no sólo concebí las almas, sino las penas de cada una, las satisfacciones que cada una debía darle a mi Padre Celestial. Por eso* ***mi Pasión fué concebida junto conmigo****."*

Al encarnarse en María, Jesús concibió con El a todas las almas como Cuerpo Místico suyo y se hizo cargo de las culpas y de las penas de cada criatura. Desde entonces empezó la Pasión y fué creciendo, hasta "desbordarse" externamente el último día de su vida, en la Pasión que le hicieron sufrir los hombres. Toda esta obra de Redención ha querido hacerla con su Madre. Su amor de Hijo no le ha permitido excluirla de ninguna cosa hecha por El; ha querido el *"hágase",* el ***"Fiat"*** de María unido al suyo, para nacer, para vivir, para morir y también para resucitar.

María no es, por tanto, la Madre de Jesús sólo durante nueve meses, ni sólo durante su infancia, sino durante toda su vida. En todo y en cada instante le ha dado la vida. No sólo ha sido espectadora, sino colaboradora y Madre de cada enseñanza de Jesús, de cada milagro suyo, de cada perdón dado, de cada sacramento instituido, de cada oración suya, de cada una de sus lágrimas, de cada gota de Sangre derramada (que Ella le había dado)… ¡Madre de la

Eucaristía, Madre de la Resurrección…, Madre de su Triunfo, Madre del Redentor, Madre del Rey de reyes!

El papel de María no se limita a haber concebido y dado a luz al Hijo de Dios. Su Maternidad Divina se extiende a todo su Cuerpo Místico, para hacer a cada uno de nosotros lo que hizo a su Hijo. Así, *"cuando llegó la plenitud de los tiempos Dios mandó a su Hijo, nacido de la Mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción como hijos"* (Gál 4,4-5).

Ella nos concibió en su Corazón materno Inmaculado junto con su Hijo y nos dió a luz con dolor inmenso, bajo la Cruz. E igual que Jesús ha respondido al Padre en nombre de todos nosotros (*"**héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad**"*), así María ha respondido al Anuncio del Angel y se ha hecho portavoz y representante de toda la humanidad y de todas las criaturas: *"**He aquí a la Sierva del Señor, hágase en mí tu Voluntad**"*. Y sólo así podemos tomar parte en este triunfo del Amor Divino, en este triunfo del Corazón Inmaculado de María, acogiendo como Ella en nuestro corazón el Don del Padre, la Encarnación del Hijo de Dios. En nosotros quiere renovar su Venida al mundo, el prodigio de su Encarnación y de su Vida. Por tanto digamos con Jesús y María: *"**héme aquí, soy hijo de la Sierva del Señor, hágase en mí tu Voluntad; héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad**"*. El pleno cumplimiento del Proyecto Divino debe realizarse igualmente en nosotros, con nuestro *"**Fiat**",* "así en la tierra como en el Cielo".

Mis queridos hermanos, *"magnifica mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso y Santo es su nombre"*… repito yo también con las palabras de nuestra Madre Stma., porque hace 53 años que me hizo ser su Sacerdote en esta fiesta del ***"Fiat"*** Divino. Ha querido hacerme su discípulo, su ministro y confidente, su portavoz y portador, sacramento viviente de su Presencia. El Sacerdote no se pertenece a sí mismo ni a nadie, sino sólo a Dios: es un hombre *"tomado* (escogido por Dios) *de entre los hombres, para el bien de los hombres en las cosas que se refieren a Dios, para ofrecerle dones y sacrificios por los pecados"*. (Hebreos 5,1). El, que mediante el Sacramento del Orden sagrado participa en el Sacerdocio de Cristo, en su Misión. No es sólo otro Cristo (*alter Christus*) –como lo es cada bautizado– sino que se hace una sola cosa con Cristo (*ipse Christus*). Por eso puede ofrecer a sus hermanos las cosas de Dios: el Camino, la Verdad, la Vida misma de Dios; la luz, el consuelo, el perdón, la salvación, el Señor mismo. Por eso, el Sacerdote que celebra el Sacrificio de la Misa, desde el momento que sale de la sacristía para ir al altar ya está en profunda comunión con el Señor (tanto si se da cuenta como si no se da), mucho antes de recibirlo él mismo y los fieles en la Comunión Eucarística.

Desde el primer momento está tan unido a Cristo (y así debería estar identificado en todo, 24 horas al día), que en un cierto momento puede decir: ***"Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre"***… Y esa es la más profunda razón del celibato del Sacerdote, que la Iglesia Católica considera "un valor no negociable".

Pero este día, podemos decir, es el de la ordenación sacerdotal de Jesucristo: *"El cual, por un Espíritu eterno, se ofreció El mismo inmaculado a Dios"* (Hebreos 9,14), y de manera semejante, aunque no igual, es la consagración de la Stma. Virgen, la Madre del Sumo y eterno Sacerdote. En efecto, nadie como Ella puede decir las palabras de la Consagración, no refiriendose al pan y al vino, sino a sí misma "en Espíritu y Verdad": ***"Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre"***, y de ser Cuerpo y Sangre de María se hicieron verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo en Ella, para siempre. Ella no es sacerdote ministerial como lo soy yo, como lo somos los sacerdotes, pero está llena del Espíritu sacerdotal, que es el Espíritu Santo. Amén.

****

2 de Abril, **Domingo de Ramos**

Mis queridos hermanos, la Semana Santa empieza con la entrada de Jesús en Jerusalén para dar cumplimiento a su Pascua. Y El dice:

> *"Cuanto más aparentemente el mundo parece que está en paz, hablan de paz, tanto más bajo esa paz efímera y engañosa esconden guerras, revoluciones y escenas trágicas para la pobre humanidad, y cuanto más parece que apoyen a mi Iglesia y canten victorias, triunfos y acuerdos entre gobiernos e Iglesia, tanto más se acerca la persecución que preparan contra Ella. Así pasó conmigo:* ***mientras no me aclamaron como Rey y me recibieron triunfalmente, pude vivir entre la gente, pero después de mi entrada triunfal en Jerusalén, ya no me dejaron vivir y al cabo de pocos días gritaron: «crucifícale», y armandose todos contra Mí me hicieron morir****. Cuando las cosas no parten de un fondo de verdad, no tienen la fuerza de reinar mucho, porque faltando la verdad falta el amor y falta la vida que lo sostiene, y por eso es fácil que salga afuera lo que escondían y cambien la paz en guerra, los favores en venganzas. ¡Oh, cuántas cosas imprevistas están preparando!"* (Vol.18°, 24.01.1926)

Si la Divina Voluntad no reina de verdad en nosotros, nuestra religiosidad, nuestras celebraciones, nuestras fiestas y liturgias esconden infidelidad y traición, dolor. ¡No nos engañemos, que a El no le engañamos! Aprovechemos estos días que el Señor todavía nos concede para entrar un poco con la mente y con el corazón en el mar infinito de su Pasión.

Para poder comprender mejor la Pasión de Jesús, pensemos a una cosa de común experiencia. Todos sabemos bien que cuando amamos a una persona, aun cuando está lejos y tal vez no la vemos desde hace tanto tiempo –pensemos por ejemplo a un hijo, a un amigo, etc.– si esa persona está en dificultad o está sufriendo, también nosotros lo sentimos; y lo mismo si tiene una alegría. Es prueba que nos une a ella una especie de conexión invisible, un puente espiritual que se llama amistad, amor…

Pues bien, si nosotros que somos tan limitados y con una sensibilidad tan burda sentimos esa comunión de espíritu, pensemos cuánto más, sin comparación, resuena todo lo que hacemos o lo que nos sucede en el Corazón adorable del Señor.

En su Humanidad ha dado la existencia a todos nosotros, en su vida terrena ha dado vida a cada cosa que pertenece a nuestro ser y que forma nuestra vida. Nuestros pensamientos resuenan en su mente como si fueran suyos, porque en realidad de El depende que existan y de El nos viene el poder pensarlos, *"pues somos obra suya, creados en Cristo Jesús para las obras buenas que Dios ha preparado para que las cumplieramos"* (Efesios 2,10). Igualmente nuestras palabras están conectadas con su boca, nuestros ojos con sus ojos, nuestras manos con las suyas y nuestro corazón con el Suyo. Le pertenecemos en cuanto criaturas, como miembros de su Cuerpo, creados por motivo de El. Al encarnarse, El se hizo como nosotros, porque antes, al crearnos, nos hizo como El, para El y en El. Por eso El siente como suyas nuestras penas y nuestras alegrías, nuestros pensamientos y nuestras palabras, nuestros sentimientos y nuestros deseos. Por eso Jesús se ha presentado ante el Padre como si El fuera el responsable de todo lo que hacemos, queriendo darle al Padre la repuesta de fidelidad y de amor –de Amor divino– que todas las criaturas Le debemos..

Esa falta de repuesta nuestra es la que por nosotros ha dado Jesús: *"**Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad**". "Aquel que me ha mandado está conmigo y no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre las cosas que le agradan".*

Ese obrar nuestro, separado y contrario a la Voluntad del Padre, es lo que le ha formado la Pasión: *"Aquel que no había conocido pecado, Dios lo trató como pecado en favor nuestro, para que nosotros pudiéramos ser por medio suyo justicia de Dios"* (1ª Cor 5,21).

Nos lo confirma esto que leemos en los Escritos de Luisa Piccarreta:

> *"Hija mía, mi Corazón se ata con estos hilos a todos los afectos, los deseos, los latidos, el amor y hasta la misma vida de los corazones humanos, semejantes en todo a mi Corazón de hombre, diferente sólo en la santidad, y habiéndolos atado desde el Cielo, conforme se mueven mis deseos, el hilo de los deseos excita los deseos de ellos; si se mueven los afectos, el hilo de los*

afectos mueve sus afectos; si amo, el hilo del amor excita su amor, y el hilo de mi vida les da la vida. Oh, qué armonía hay entre el Cielo y la tierra, entre mi Corazón y los corazones humanos, pero eso lo nota sólo quien me corresponde; pero quien me rechaza con la eficacia de su voluntad, no nota nada y hace inútil lo que hace mi Corazón humano" (vol. 6°, 28.08.1905).

"No hay ninguna cosa creada que no reciba vida de mi Corazón. Todas las criaturas son como otras tantas cuerdas que salen de mi Corazón y que de Mí reciben vida. Por necesidad y naturalmente, todo lo que hacen repercute en mi Corazón, hasta un simple movimiento. Por consiguiente, si hacen un mal, si no me aman, me dan continua molestia. Esa cuerda resuena en mi Corazón con sonidos de disgustos, de amarguras, de pecados, y forma sonidos lúgubres que me hacen infelíz por parte de esa cuerda o vida que sale de Mí. Pero si me ama y está bien atenta a acontentarme, esa cuerda me da continuo gusto y forma sonidos gozosos, dulces, que armonizan con mi misma vida, y por parte de esa cuerda gozo tanto, que llega a hacerme felíz y a gozar por causa suya mi mismo Paraíso" (vol. 10°, 08.02.1911).

"Apenas la Omnipotencia Divina formó esta pequeñísima Humanidad, tan pequeña que se podría comparar con el tamaño de una semillita, pero con todos los miembros proporcionados y formados, el Verbo quedó concebido en ella. La inmensidad de mi Voluntad, conteniendo todas las criaturas pasadas, presentes y futuras, concibió en ella todas las vidas de las criaturas y, a medida que crecía la mía, así crecían ellas en Mí. Así que, mientras aparentemente parecía estar solo, viéndome con el microscopio de mi Voluntad se veían concebidas todas las criaturas. En Mí sucedía como cuando se ve agua cristalina, que mientras parece clara, viéndola con el microscopio, ¿cuántos microbios acaso no se ven?" (Vol. 15°, 06.12.1922).

Así, cada "microbio" le hemos dado nuestra "secreción" envenenada (excepto el Alma inmaculada y toda Santa de su Madre, concebida también ella en la Encarnación de Jesús). Por eso su Pasión empezó apenas se encarnó: precisamente por eso, el primer volumen de los Escritos de Luisa empieza con la "Novena" de la Navidad y los nueve "excesos" de amor y de dolor de Jesús en el seno materno. La obra de la Redención, de la reparación divina de todo lo que hace cada criatura, empezó ya en el primer instante de la Vida del Señor y fué creciendo hasta "desbordarse" externamente el último día de su Vida, en la Pasión que le dieron los hombres.

Al encarnarse, el Hijo de Dios ha creado su adorable Humanidad, ha creado su Cuerpo físico y juntamente su Cuerpo "Místico", formado por todas las almas. Toda la humanidad ha sido creada por motivo suyo y en El. Por eso existe una relación estrechísima entre ambos Cuerpos: todo lo que hace y todo lo que le pasa a su Cuerpo Místico, a cada uno de nosotros, repercute en su

Humanidad, y viceversa: ¡en su adorable Humanidad ha preparado cada gracia para nosotros, nuestra salvación, nuestra gloria, nuestra Vida! ¿Acaso no es ese el motivo supremo por el que Nuestro Señor perpetúa su presencia viva en la Eucaristía, en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad? La Comunión Eucarística es para alimentar la Comunión de los Santos; el "Baquete Eucarístico" es para anticipar el "Banquete de las Bodas del Cordero".

Jesucristo al encarnarse nos concibió con El en cuanto criaturas (sin su Encarnación no habría habido la Creación). En Belén nacimos con Jesús y en El. En el Calvario hemos nacido: por eso Jesús nos ha mostrado a su Madre diciendo: *"He ahí a tu hijo",* uno por uno. Por eso primero fue la Anunciación del Angel a María, pero después, en Getsemaní, hubo otra Anunciación: otro Angel presentó el Anuncio de parte del Padre Divino a Jesús, y El pronunció de nuevo su ***"Fiat"****: "Padre, si es posible, aleja de Mí este cáliz, pero* ***no se haga mi voluntad, sino la Tuya****"*. Así nos dió vida, su vida de Hijo de Dios.

El Padre Divino eternamente nos ha "visto" en la Humanidad de su Hijo. Todos llamados a ser sus hermanos. Pero el pecado original nos separó a todos del Hijo. Con la Redención nos da poder incorporarnos de nuevo a Cristo como miembros de su Cuerpo: *"Jesús tenía que morir* (…) *para reunir de nuevo a los hijos de Dios que estaban dispersos"* (Jn 11, 51-52). Y de hecho se une a El quien cree en El y es bautizado: sólo así somos hijos de Dios y por tanto hermanos en Cristo. Para crearnos y existir, Dios no nos ha pedido permiso o consentimiento, pero sí para acoger la Redención y reincorporarnos a Cristo, recibiendo la Vida de la Gracia. Nos pide una respuesta a su Amor, el Amor que transforme toda nuestra vida. Sólo así Jesús podrá decirnos, como dijo a los Apóstoles: *"Vosotros estáis conmigo desde el Principio"* (Jn 15,27).

Eso explica el por qué la Iglesia, su Cuerpo Místico, debe compartir la suerte de su Cabeza y Esposo, Cristo.

****

6 de Abril, **Jueves Santo**

Queridos hermanos, el Jueves Santo el pensamiento de la Iglesia se centra en la última Cena del Señor, en la institución de la Eucaristía y por consiguiente del Sacerdocio, dos modos maravillosos inventados por su Amor para quedarse siempre con nosotros y formar por medio de ellos su vida en nosotros. Pero a ese inmenso amor corresponde un dolor igualmente grande, por la indiferencia, por la ingratitud, por las profanaciones y las traiciones que tantas veces hacen inutil su Sacrificio, que se perpetúa en la Eucaristía y por medio de sus sacerdotes. Y el dolor supremo de Jesús en el Huerto de los Olivos y después en la Cruz está todo en su lamento: ***"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"***, un dolor que, antes de ser humano en Jesús, es el dolor divino

de ver que tantos de sus amigos, de sus sacerdotes, que El ha llamado para que sean una sola cosa con El, lo abandonan como aquella noche los Apóstoles, e incluso lo traicionan como Judas.

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", dijo Jesús en la Cruz. Un dolor creciente, que El sintió cada vez más tremendo desde su oración y agonía en el Huerto de los Olivos. Notemos que no dijo "por qué te has separado de Mí", porque las Tres Divinas Personas son inseparables, son un solo Dios, son perfecta Unidad indivisible. Pero ese dolor divino, inimaginable para nosotros, de sentirse abandonado, separado, rechazado por el Padre infinitamente amado, como una cosa insoportable, es debido a nuestra presencia en El. Cada pecador fué en ese momento como una cuña metida entre Jesús y el Padre: ¡le hemos eclipsado el Padre a Jesús! ¡Hemos sido capaces de hacerle sentir a Jesús como si se hubiera roto su Unión Hipostática, como si ya no fuera Dios, el Verbo eterno del Padre! ¡Hemos sido nosotros los que hemos provocado este terremoto en la vida íntima del Corazón de Dios, en las relaciones de infinito amor que unen a las Tres Divinas Personas! ¡Con la misma intensidad de Amor con que se aman el Padre y el Hijo, el Amante y el Amado, con ese mismo Amor nos aman! La criatura no es absolutamente capaz de comprender el dolor divino que ha causado con el pecado. Ni de imaginar hasta qué punto Dios nos ha amado y nos ama, hasta qué extremo nos ha tomado en serio, llegando casi a condicionar –se podría decir– hasta ese extremo las relaciones de amor y de vita entre las Divinas Personas. Así es como Dios se ha vinculado a nosotros, así nos ha vinculado con El, hasta –en cierto modo– preferirnos a nosotros a El mismo. ¡Nos ha valuado cuanto se valúa a Sí mismo, porque ha hecho de cada uno de nosotros su propia Imagen, "otro Sí mismo"!

Por eso Jesús se ha sentido solo. El, el Inocente, en aquel momento era el hombre cargado con todos los pecados del mundo. La primera parte de su oración había sido penosa, pero aún podía sentir la mirada de Dios y esperar en el amor de sus amigos. Luego se fue haciendo cada vez más penosa, porque Dios se eclipsaba y los amigos dormían, y entre tanto la voz de la vida y la del demonio le insinuaban: «*Te sacrificas para nada. Los hombres no te amarán por tu sacrificio. Los hombres no comprenden».* La oración de Jesús se hizo agonía, su alma de Hombre sintió la muerte, la muerte eterna de quien se separa para siempre de Dios, el tormento de los pecadores impenitentes, el horror infernal… El Corazón se le rompió por el dolor y de todo su Cuerpo empezó a sudar Sangre… Invocó al Padre: **"*¡Abba, Padre! ¡Si es posible, aparta de Mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya!"*** Esa fué la esencia de la Redención. Aceptó el cáliz que le presentó el Padre por medio de un Angel: un cáliz colmado de amargura, pero que contenía la Voluntad del Padre, y sólo

Esta le dió la fuerza para salir de aquella tremenda agonía y, llevandonos en El a todos nosotros, ir al encuentro de la Pasión…

****

7 de Abril, **Viernes Santo**

Queridos hermanos, *"no tenía apariencia ni presencia, no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciado y deshechado de hombres, Varón de dolores que bien conoce el sufrir, como uno ante quien se oculta el rostro, era despreciado y no le tuvimos ninguna estima. Y sin embargo El ha cargado nuestros sufrimientos, eran nuestros dolores los que soportaba y nosotros le consideramos castigado, herido de Dios y humillado. El ha sido traspasado por nuestros delitos, aplastado por nuestras iniquidades.* ***El castigo que nos salva ha caido sobre El; por sus llagas hemos sido sanados****"* (Isaías 53,2-5).

El Viernes Santo la Iglesia contempla y revive la Pasión del Señor. Estos días hemos hecho la *Via Crucis*, hemos meditado la Pasión, uniendonos a El con *las Horas de la Pasión*… Pues bien, no nos detengamos sólo en considerar el drama terrible del último día de Jesús; eso es como la superficie del mar que vemos; pero ¿y todo lo que hay bajo la superficie, en los abismos insondables de la Pasión? Es evidente que la Vida y la Pasión de Jesús coinciden, y es también evidente que se explica sólo con su Amor, que ha unido cada acto de existencia de cada hombre, de la entera humanidad a su Humanidad. Por eso, en su Pasión "estabamos" presentes todos, desde el primer hombre hasta el último, y todos, buenos y malos, quien lo ama y quien lo rechaza, hemos gritado *"¡Crucificale!"*, los unos para tener la salvación y la Vida, los otros como confirmación de su odio y condenación.

Particularmente estaba "presente" el Padre Divino. ¿cómo habrá asistido a la Pasión del Hijo? Tratemos de imaginarlo en aquellas tres horas en que Jesús agonizaba en la Cruz. ¿Qué habrá visto? El Rostro de Cristo como una pantalla, en la cual, estupefacto, ha contemplado un desfile de rostros, la cara de cada ser humano, desde el primero hasta el último… Y no sólo la cara de los pequeños, de los inocentes, de los puros, de los santos, sino también la del criminal, la del ladrón, la del blasfemo, la del pervertido, la del borracho, la del sacrílego, la del traidor…, la de Caín y la de Judas, y también la tuya y la mía… ¡Qué horrible espectáculo! Y viendo esa cara repugnante, deformada por el vicio y por el demonio, al verla en su Hijo crucificado, el Padre repetía: *"¡Yo perdono! ¡Yo perdono…!"*

Prosigamos. Jesús muerto, es desclavado de la Cruz. Su Madre lo recibe en sus brazos, se lo estrecha al Corazón, no termina de besarlo y de adorarlo, ¡pobre Mamá, muriendo también Ella sin poder morir! Se repite la escena de Belén, como cuando estrechaba al pecho a su Criatura… ¡Qué dolor inmenso!

Pero –yo no sé cómo, aunque estoy segurísimo– en medio de ese mar de dolor habrá tenido un estremecimiento de conmoción, de ternura, cuando –yo no sé cómo, pero en todo tenía que ser a imitación del Padre Divino– en aquel momento también Ella "nos ha visto" a cada uno de nosotros, uno por uno, sus hijos recién nacidos, ¡vivos! ¡En su Hijo muerto nos ha visto a nosotros, a sus hijitos recién nacidos, vivos!

En Navidad se acostumbra a representar la escena de Belén, cuando nació Jesús. Lo mismo se podría hacer en Semana Santa con la escena del Calvario, el momento de nuestro verdadero nacimiento. Y así, en cierto modo, las dos escenas se "sobreponen": en lugar de Jesús muerto, bajado de la cruz, en los brazos de María, nos vemos cada uno de nosotros, recién nacidos, vivos, en su regazo: ***"Mujer, he ahí a tus hijos".***

Todos estamos de un modo o de otro en la Pasión de Cristo, ninguno es sólo espectador. Por eso, cuando leemos o meditamos la Pasión, sería bueno pregun-tarnos o preguntarle a Jesús: ¿en cuál de los diferentes personajes de la Pasión me veo representado? …¿En los discípulos? ¿En la Verónica? ¿En el Cireneo? ¿En Pedro? ¿En Pilato? ¿En Caifas? ¿En el buen ladrón? ¿En María Magdalena…?

Pidamos por tanto al Señor la gracia de sentirnos personalmente tocados en lo más profundo por algún detalle o por alguna escena de la Pasión, por algo que deje en nosotros una huella imborrable. Si alguien no lo siente, creo que debería preocuparse, que vaya enseguida a que le vea un cardiólogo, para ver si es que tiene una piedra en lugar del corazón…

Hoy contemplemos y adoremos el misterio de la Santa Cruz, en que se concentra todo el odio de los hombres y a la vez es la máxima expresión del Amor de Dios. Todo el mal del mundo se ha concentrado en la Cruz, pero al mismo tiempo todo el bien de Dios se ha dado igualmente en la Cruz de Cristo.

Por tanto, si *"por envidia del demonio el pecado entró en el mundo y por el pecado la muerte",* eso fué sólo permitido por Dios, tolerado con un límite preciso, por justicia y también por misericordia. ¿Y por qué permitido o, incluso, soportado por El mismo? Porque es **el riesgo del amor dado**: que no sea correspondido, que sea pagado con rechazo y con hasta con odio. Y habiendo sido conocidos, queridos, amados y creados por Dios Padre en Jesucristo su Hijo, en su adorable Humanidad, y creados libres para responder a su Amor, Dios ha aceptado el riesgo, realmente mortal, de no ser correspondido por algunas criaturas. Para Dios, "el futuro" es presente, y no obstante saber lo que habríamos hecho, su Amor no se ha echado atrás. Por eso, al hacerse verdadero Hombre se ha hecho cargo desde el primer momento de toda nuestra deuda de amor y de nuestro correspondiente dolor.

¿Qué cosa es el dolor, el sufrir? Es un vacío, es sentir que falta un bien, una destrucción del bien, de la vida, que sólo Dios puede llenar. Si Dios permite el sufrir (siempre con medida y límite) es con el fin de poder llenarlo de bien, de gracias, de Sí. A los ojos de Dios, hasta el dolor (que es un mal de por sí) se convierte en un bien: es una ocasión de triunfar, de hacer triunfar su Amor, su Felicidad, su Vida. Por tanto, con Jesús, la cruz de dejarnos abrazar por la Voluntad del Padre, tantas veces puede hacer sufrir, pero no hace infelices. Se hace vida lo que dice San Pablo: *"Sobreabundo de gozo en mis tribulaciones"*. Es como dijo Madre Teresa de Calcuta: *"El amor, si no hace sufrir, ¿qué amor es?"*

Desde luego, no es el sufrir lo que salva, sino el Amor de Dios en Cristo Jesús. No es la cruz la que ha santificado a Jesucristo, sino El es el que ha santificado la cruz y la ha hecho fuente de todo bien reconquistado. Se suele confundir el sufrir con la cruz: la cruz, para Jesús, es **abrazar la Voluntad del Padre, dejarnos abrazar por ella**, y entonces su yugo es suave y su peso es ligero. Entonces ya no es uno el que lleva la cruz, sino es la cruz la que lo lleva en brazos y de da la fuerza y la vida, no se la quita.

En resumen, una cruz sin Cristo es una desgracia, es una cruz pagana, es sólo dolor que no salva a nadie; mientras que con Cristo y por tanto con su Amor y con su Voluntad, que es la del Padre, es gracia, se vuelve salvación, vida, comunión con Dios.

Por eso San Pablo dice –y con él todos los santos– *"estoy crucificado con Cristo y ya no soy yo el que vive, sino Cristo es quien vive en mí"*, y *"completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia".* Significa que el sufrir, que para muchos es sólo sentir ese vacío del bien que solamente Dios puede colmar (y ese sufrimiento puede purificar la propia vida, reparar las escenas de la propia existencia echadas a perder por el pecado), para otros es compartir con Jesús, un poco al menos, su misión de Redentor, de Reparador en favor de los demás, "de su Cuerpo que es la Iglesia". Así, para Jesús, mientras su Amor habría querido vaciar incluso el infierno y evitarnos cualquier sufrimiento, por otra parte ese mismo Amor le lleva a querer compartir su Amor y su padecer con los que están más unidos a El, en los cuales el sufrir voluntario es una cuestión de amor.

****

8 de Abril, **Sábado Santo**

Queridos hermanos, el Sábato Santo contemplamos, como decimos en el Credo, la bajada del Señor a "los infiernos": los infiernos no son el infierno de los condenados, sino "los lugares inferiores", es decir, *"el seno de Abrahám"* o *"Limbo de los justos",* los santos del Antiguo Testamento, que

esperaban la Redención para poder ir al Cielo. Pero hoy sobre todo contemplemos a la Stma. Virgen, Madre de Jesús y Madre nuestra Dolorosa.

*"**Junto a la Cruz de Jesús estaba María, su Madre**"* (Jn 19,25)

Cuando murió Jesús, su Vida no podía morir: siguió viviendo en María. Ella acogió la plenitud de la Redención y así fue su depositaria, la fuente y el canal por el que se transmite a los hombres. Cuando murió Jesús, la Redención quedó enteramente depositada, entregada y apoyada en Ella, tanto que, así como Dios no se encarnó sin Ella, igual es de todo lo demás, que va incluído en la Encarnación.

Por tanto, también la Resurrección fué obra de Dios y de María: Dios había puesto como condición indispensable la Fe absoluta de María, su Esperanza y su Amor, es decir, el ejercicio de su Maternidad divina en el eterno Querer de Dios.

Todo dependía de María Corredentora. "Corredentora" en el sentido de que, sin Ella, no habría habido Redentor ni Redención.

Ahora ha llegado el tiempo en que la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, ha de completar en su carne lo que falta a la Pasión de Cristo (Col 1,24). Ahora la Iglesia está viviendo su misterioso Viernes santo, cada vez más abandonada por muchos de sus discípulos e hijos, y llegará a sentir incluso las tinieblas de ese haber abandonado a Dios, mientras el mundo se alegrará creyendola muerta, pero entonces el Señor dirá: *"La niña no está muerta, sino que duerme, y Yo vengo a despertarla"* (Mt 9,24). La Iglesia no morirá porque, como Jesús, seguirá viviendo en María, hasta su Resurrección, hasta la venida del Señor. De nuevo la Resurrección y el triunfo de la Iglesia vendrán por medio de María. Sin Ella todo se detiene, nada se obtiene, ni siquiera el triunfo del Reino de Dios, que es el fruto supremo de la Redención. Todo depende de Ella en cuanto Corredentora.

María ha hecho ver en nuestro tiempo sus lágrimas, lágrimas de sangue... ¿De qué nos está hablando? ¡De la Pasión! ***La Stma. Virgen en la Pasión, al pie la Cruz, en el momento que Cristo la declaró nuestra Madre***.

Aquí hay una verdad de Fe revelada que ha de ser mejor comprendida, una verdad sobre María que se debe afirmar con fuerza y colocar en la Iglesia como la bandera de la Victoria.

El ***"Fiat"*** de María en la Anunciación contiene y determina toda su vida futura, todas las consecuencias. De hecho, el Verbo se encarnó para ser también el Redentor. Lo hizo reuniendo en El a todas las criaturas y por eso se hizo cargo de todas sus culpas, de todas sus miserias y dolores. El Verbo se encarnó ya crucificado. Si así no fuera, habría excluido de El a todas las criaturas, todo el don de amor que el Padre le había preparado. Podríamos decir que se

encarnó crucificado y a la vez resucitado, es decir, hallando la muerte y trayendo la Vida, en María, de María, gracias a María.

Si existen las páginas del Evangelio, se lo debemos al ***"Fiat"*** de María. Si conocemos las palabras de Jesús, es gracias al ***"Fiat"*** de María. Si existen las plegarias, las súplicas, las lágrimas de Jesús, es gracias al ***"Fiat"*** de María. Si Jesús pudo pronunciar su ***"Fiat"*** al Padre en Getsemaní, es gracias al ***"Fiat"*** de María. Si para nosotros hay Redención y Salvación, es siempre gracias al ***"Fiat"*** de María. Para encarnarse, el Verbo quiso la colaboración de María. Por tanto, en cada cosa de su Vida y de su Misión de Redentor, ha querido cada vez la participación activa de su Madre.

"No es bueno que el Hombre esté solo" (Gen 2,18), Dios lo dijo ante todo de su Hijo, igual que dijo de Adán y como antes todavía había dicho: "No es bueno que mi Amor esté solo".

Esa colaboración de María ha sido mediante la respuesta de un ***"Fiat"*** Divino, que Dios le ha pedido, siempre con el máximo respeto de su libertad. Para cada cosa se lo ha pedido. María siempre ha obedecido. A cada petición del Amor, María ha respondido con el mismo Amor. En cada cosa Dios le ha pedido permiso y colaboración y ella ha ubbidito: María es *"hija de Obediencia, hasta la muerte y muerte de Cruz"* (cfr. Fil 2,8). Entre Dios y María siempre ha habido fiesta: nunca se han negado nada. Y así en cada cosa Jesús ha querido que su Madre Le diese la Vida, y para El la Vida es la Voluntad del Padre. Jesús ha querido que su Madre le pidiera hacerla por obediencia; para cada cosa se lo ha pedido. María lo ha hecho y Jesús siempre la ha obedecido, para honrar la Voluntad del Padre en ella. También en eso consiste su colaboración: María es *"Madre de Obediencia",* hasta tener que decir un día –sin necesidad de palabras– para cumplir el Querer del Padre y su Amor: *"Hijo mío, sí, vete a cumplir tu Misión, a tu vida pública..., a tu Pasión, a la Cruz, a salvar a tus hermanos, mis hijos... ¡Y yo, tu Mamá, vendré contigo!"*

Sólo así María, perdiendo su Vida, la ha hallado (Lc 9,24). Sólo así pudo decir otro día, haciendo todo lo que hace el Padre: *"Hijo mío, Te pido: ¡resucita de la muerte!... ¡MARANATA! ¡Ven, Jesús! Es mi Amor el que lo pide a tu Amor!"*

Jesucristo había muerto en la Cruz; su Naturaleza humana murió, separandose el Alma de su Cuerpo. Literalmente murió de pena, de dolor divino, al sentir el abandono del Padre. Pero Jesús es *"la Resurrección y la Vida"* (Jn 11,25). Murió, pero su Vida no podía morir; ¿qué pasó con ella? ¿Adónde fue a parar? La Vida de Jesús, con todas sus penas, con todo su dolor y su Amor, con toda su obra de Redención ya cumplida, quedó entregada y viva en María, su Madre. En aquel momento cesó en la Humanidad de Jesús, pero siguió viviendo en María... De un modo análogo a su Encarnación: Jesús

vivía en María, su Madre; ella Le daba la Vida y Lo tuvo oculto en ella hasta el momento en que lo dió a luz. Lo mismo fué en su muerte: la Vida de Jesús estaba en su Madre, ella le daba la Vida en su Corazón traspasado hasta el momento en que, unida al Padre, lo llamó a la Resurrección. El Amor es más fuerte que la muerte (cfr. Cant 8,6-7). El Amor materno de María superó la barrera de la muerte, para ir a por su Hijo y hacerle volver a la vida.

En la noche de la Pasión, para Jesús se apagó cada estrella y también el Sol del Padre se oscureció, eclipsado por los pecados del mundo. Una sola estrella nunca lo abandonó: fué su Mamá. Así fué para María: en la noche de su dolor sin fin, cuando el Sol de su Hijo se había apagado, una estrella le quedó, su fe heroica. Esa fuá "la antorcha" que alumbró a su Hijo el camino del regreso, y su amor fue el aceite de su lámpara encendida en espera del Esposo. En aquellas interminables horas de agonía, hasta el alba del tercer día, la obra de su Hijo, el Decreto divino, dependió de la fe, del amor, de la fidelidad de María. De nuevo, por María y gracias a María se cumplió el Proyecto divino hasta la Resurrección.

¡María es Madre de la Resurrección! Sí, para tener vida Jesús quiso la colaboración de su Madre; y así, para tener de nuevo la Vida en su Resurrección quiso otra vez el ***"Fiat"*** de su Madre.

¡Eso significa ser **María Corredentora**! Significa ser la que ha recogido y que ha hecho suya, poniendola a salvo, la Vida de su Hijo, la Obra de la Redención, el Proyecto del Padre. Significa ser Madre de todo en Jesús y, por consiguiente, ser Madre de todos en Jesús. Al concebir a Jesús, María nos había concebido en Ella como criaturas y como miembros del Cuerpo Místico de su Hijo. Al pie de la Cruz nos dió a luz como redimidos, como hijos de Dios renacidos a la Vida. María es la verdadera *"Madre de todos los vivientes"* (Gén 3,20). Y así como no habríamos existido descendiendo sólo de Adán, sin Eva, tampoco habríamos sido redimidos por Jesucristo sin la corredención de María.

Si el pecado fué cometido por Adán y Eva, no sólo por Adán (y su caída en cuanto padre genealógico de la humanidad arrastró a toda su descendencia en la culpa), por igual motivo fué necesario que la Redención fuera obra del Nuevo Adán, Jesucristo, con la Nueva Eva, María; que al vino de la Sangre de Cristo se uniese el agua de las lágrimas de su Madre para celebrar la primera Misa. Corredentora significa que, si hemos sido redimidos, lo debemos también a María, unida a su Hijo.

Hay una diferencia esencial, una distancia absoluta entre la corredención de María y la de la Iglesia: que el Redentor se ha encarnado y nos ha redimido sin necesidad de nosotros, lo cual no habría sido posible sin María. Ella ha hecho suya la Vida de Jesús, su Pasión y Morte y su misma Resurrección para dárnosla a nosotros, a la Iglesia.

Cuando Jesús, muerto, fué depuesto de la Cruz en los brazos de su Madre, María sintió entonces los dolores del parto: *"La Mujer, cuando da a luz, está en el dolor, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda de la aflicción, por la alegría de que ha venido un hombre al mundo"* (Jn 16,21). María ya veía, en su Hijo muerto, a sus hijos vivos. En sus brazos tenía la Iglesia, que en aquel momento nacía! En el Calvario revivía de un modo nuevo el misterio de Belén...

Y sin embargo su tribulación no había terminado, su amarguísima Pasión aún había de continuar hasta la Resurrección. Y bien podemos pensar que "el Getsemaní" de María terminará finalmente cuando la Iglesia reciba del todo la Redención, que culmina en la Resurrección, para hacerla suya. Entonces se cumplirá plenamente el triunfo de su Corazón Inmaculado.

****

9 de Abril, **Domingo de Pascua: la Resurrección**

Queridos hermanos, llega la Pascua: ¿estamos preparados? Porque "Pascua" significa "paso", pasar del mundo al Padre. No se improvisa. Celebramos la Resurrección del Señor como fiesta litúrgica, pero El ha preparado la verdadera Fiesta, la resurrección de su Cuerpo Místico, de su Iglesia, es más, la del Proyecto Divino, el Reino de su Voluntad…

Jesucristo es *"la Resurrección y la Vida",* ha dicho. Cuando murió, ¿qué fué de su vida? ¿Adónde fué a parar? ¿Qué pasó con sus parlabras, con sus milagros, con los Sacramentos instituidos, con el perdón dado a los pecadores, con la llamada a sus discípulos…? Nada se perdió. Cada cosa que Jesús hizo, sus obras, su Vida, todo quedó depositado –como siempre había estado– en María, en su Corazón Inmaculado, como en un cofre inviolable. Como en una nueva gestación. En espera de darlo de nuevo a luz en la Resurrección. Fué su Fe heroica, su Esperanza inquebrantable, su Amor más fuerte que la muerte lo que iluminó a su Hijo el camino del regreso. Sin El la Virgen no podía vivir. Sin Ella Jesús, aun después de muerto, no sabía vivir.

Y como para resucitar a la niña de doce años Jesús ha quiso como condición la fe de su padre (*"¡No temas, sigue creyendo!"*); o como para resucitar a su amigo Lázaro quiso como punto de apoyo la fe de alguien, la fe de su hermana María, mientras que Marta, la otra hermana, vacilaba (*"¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?"*), así, para su propia Resurrección Jesús ha querido tener como condición indispensable la fe de su Madre. Como para la Encarnación.

¿Y si María no hubiera estado preparada? ¿Si no hubiese tenido suficiente Fe o Amor en el momento de la Anunciación? ¿O si no hubiese estado a la altura de su misión en el momento de la Pasión? Fué Ella la única que conservó

intacta la Fe. Pero si no hubiera sido perfecta, habría comprometido de un modo inimaginable el Sacrificio del Hijo, su misma Encarnación. El Hijo no habría tenido en quien apoyarla, a quien entregarla, nadie que la justificase, que la pusiera a salvo. El Sacrificio habría sido inutil. Por ninguna parte resulta que Dios tuviera un "plano B" de reserva. Y María era siempre perfectamente libre en su respuesta a Dios. Dios se ha jugado todo, absolutamente todo, con querer depender de María. Pero Ella ha hecho triunfar a Dios.

Los Evangelistas no cuentan el momento de la Resurrección, sino sólo las diferentes apariciones de Jesús Resucitado a sus discípulos, a las piadosas mujeres, etc. Sólo el Señor podía contarla, y con El María. Porque la Madre ha asistido, ha estado presente en espíritu. Si la vida de su Hijo ha sido para Ella la vida, y la pasión y muerte de Jesús han sido la pasión y muerte de María, también la Resurrección del Hijo ha sido la Resurrección de la Madre. Es más, Ella no ha tenido una presencia pasiva, sino activa, como en todo lo demás, por ser suya (por gracia) la misma Voluntad Divina. Fué enteramente obra de Dios, de las tres Divinas Personas, pero fué también –así lo ha querido Dios– obra de su Madre mediante su Fe, Esperanza y Amor. ¡Madre de la Resurrección!

¡Les anuncio una gran alegría! ¡Les anuncio la gran Buena Noticia: Cristo ha resucitado!… Pues muy bien, felicidades, enhorabuena a El… ¿Y nosotros, qué? De poco, de nada sirve que el Señor haya resucitado si en nosotros no cambia nada. Si su Resurrección no llega a ser nuestra resurrección. No se puede reducir a un eslogan. Las piadosas mujeres, los discípulos a los que el Señor se apareció, en un primer momento no le reconocieron… María de Mágdala creyó que era el hortelano, los discípulos de Emaús creyeron que era un peregrino que después de las fiestas volvía a su pueblo, los Apóstoles que pescaban no se dieron cuenta de que era El, el que allí en la playa, los llamaba. Sus ojos aún no eran capaces de reconocerle. Era necesario tener ojos nuevos, ojos resucitados para poder ver a Jesús como lo que El es, para poder ver a Dios. La Resurrección de Cristo se debía extender enseguida a los suyos, a su Iglesia, como una verdadera transformación, como una nueva Creación. Todas las gentes debían ver a Jesús como lo que El es, el Resucitado, mediante sus discípulos resucitados, primero en el alma y luego, al final de la historia, también en el cuerpo. Se necesitaban los testigos creíbles. La gran Buena Noticia tenía necesidad de evangelistas y de evangelizadores. La obra de Dios exige co-protagonistas, exige nuestra presencia, la participación de su Iglesia. Las obras de Dios exigen colaboración humana porque son obras de amor, y el amor exige reciprocidad.

Pero no era suficiente predicar la Resurrección de Cristo, si no se anunciaba que la barrera del pecado que separa al hombre de Dios había sido derribada,

si no se mostraba que sobre el abismo de nuestra miseria había sido reparado el puente de la Justicia para que por él pasara la Misericordia. Esos discípulos, testigos de la Resurrección, debían mostrar la Misericordia Divina, derramarla sobre los hombres tras haberla recibido ellos los primeros. Fué necesario que se convencieran de su propia miseria para experimentar y aprender la Misericordia y así abrir los corazones a la Esperanza. La Misericordia es el puente que nos une a la Resurrección del Señor.

Después de dos mil años, en el año 2020 la Iglesia no ha celebrado públicamente la Pascua, la Resurrección del Señor. Ha sido un signo. Como hace dos mil años, el Señor la ha celebrado solo, como cuando resucitó.

Ha llegado el tiempo en que, en lugar de las celebraciones externas litúrgicas, el Señor quiere celebrar su Misterio Pascual, **pasar de este mundo al Padre**, su Resurrección en nosotros, "en espíritu y en verdad". Por eso, la Resurrección de Jesús en nosotros no puede ser una fórmula ni una palabra vacía: ha de ser una realidad muy concreta en la medida que se trasplanta en nosotros la vida entera del Señor. Si sus pensamientos resucitan en nuestra mente, si sus palabras y sus enseñanzas tienen vida en nosotros, si su Corazón palpita en el nuestro, etc. Si su Voluntad Divina llena todo nuestro ser y nuestra vida como ha llenado su adorable Humanidad. Porque la primera palabra de Jesús quando vino al mundo, fue la misma que proclamó en el acto de su Resurrección: *"Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad",* para hacer realidad en Mí a tu eterna Voluntad. Esa es la Fuente de todo en Dios, la Fuente de su Vida, de todo bien y felicidad; es la que le ha dado de nuevo a Jesús la vida y el Reino; es la única que puede darnosla a nosotros. Felicitar "la Pascua" es desear la vida, el triunfo y el Reino de la Divina Voluntad en nosotros.

****

13 de Abril

Estamos en el tiempo de la PASCUA. ¿Cuál PASCUA?

Queridos hermanos, de año en año crece en mí la sensación –y tantas personas también lo sienten– que la celebración de la Pascua sea cada vez más una costumbre, una formalidad, como sería un fuego pintado que no da luz ni calor, cada vez más "vacía". Una liturgia que parece cada vez más lejana de la vida; hablo en general. Pascua que se reduce, en el mejor de los casos, a decir, a repetir que *"Cristo ha resucitado, aleluya"* y a decir *"felices Pascuas"*, sin saber qué es lo que se desea.

Para tantos se reduce a unos días de vacaciones, tal vez para hacer alguna excursión, y los tradicionales dulces y regalos de Pascua… Y por lo que se refiere al contenido para la vida cristiana, parece que no hay más tema que

hablar del Bautismo, que es apenas la primera página del libro de la vida que cada uno de nosotros está escribiendo… ¡Qué tristeza!

Si se festeja la Pascua –también los hebreos la celebraban y la celebran por un motivo diferente– es como consecuencia de un hecho extraordinario, transcendente, que tiene mucho que ver con nosotros. ¿De qué se trata?

"Pascua" significa **paso**. Dios dijo a Moisés: *"Dice el Señor: a medianoche **Yo pasaré** através de Egipto: morirá todo primogénito en el país de Egipto"* (Exodo 11,4-5). Un pasar **haciendo un Juicio**, para hacer justicia y separación. Y Dios añadió: *"¡Es **la pascua** del Señor! Esa noche **Yo pasaré** por el país de Egipto y haré morir a cada primogénito en Egipto, hombre o animal; así haré justicia de todos los dioses de Egipto. ¡Yo soy el Señor!"* (Exodo 12,12)

"Pascua" significa **liberación**. En ella conmemoramos el milagroso paso del pueblo de Israel através del mar Rojo, de la esclavitud en Egipto hacia la libertad. Pero su corazón siguió siendo esclavo, porque, como dice San Pedro de los falsos maestros, *"prometen libertad, pero ellos mismos son esclavos de la corrupción, porque cada uno es esclavo de lo que lo ha vencido"* (2ª Pe 2,19). Por eso la mayor parte de ellos murió en el desierto, en "su" desierto interior, sin vida.

Como dice la carta a los Hebreos (3,15): *"Por tanto cuando dice: Hoy, si oyen su voz, no endurezcan sus corazones como el día de la rebelión, ¿quiénes fueron los que, después de haber aver oido su voz, se rebelaron? ¿No fueron todos aquellos que habían salido de Egipto guiados por Moisés? ¿Y quiénes fueron aquellos de los que se disgustó por cuarenta años? ¿No fueron aquellos que habían pecado y después cayeron cadáveres en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no habrían entrado en su descanso, sino a los que no habían creido? En realidad vemos que no pudieron entrar por su falta de fe".*

A ellos la Pascua no les sirvió de nada.

"Pascua" debe ser **liberación** de toda dependencia, de toda esclavitud, de todo lo que no sea sólo Dios. Nuestra Pascua debería ser dejar tantas cosas a las que estamos apegados, y vernos privados de ellas es una gracia del Señor, pero lo importante es dejarlas no por fuerza, sino con sincera voluntad, así como aceptar que tantas criaturas, amigos o personas queridas falten o nos abandonen. Son un don del Señor y deberían ser como vías de comunicación con El, pero nosotros nos apropiamos olvidando al Donador y no viendo que son amor suyo a nosotros. Y mientras nos apegamos a esas cosas y a esas criaturas para poseerlas como nuestras, en realidad nos poseen y nos dominan, como si de ellas dependiera nuestra felicidad y nuestra vida: absorben nuestra atención, nuestro deseo, nuestro empeño y fatiga, nuestro tiempo. Poseer equivale a ser poseidos, por la relación que se crea.

Es paradójico: toda la vida ha de servir para **aprender a morir** y sólo así **aprender el verdadero vivir**. Por eso el Señor ha dicho: *"En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo caído en tierra no muere, se queda solo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la pierde y el que odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna*" (Jn 12,24-25)

Y *"el que haya encontrado su vida, la perderá, y el que la haya perdido por Mí, la hallará"* (Mt 10,39). O como dijo San Francisco: *"y para todo poseer, nada en el mundo hay que tener".*

Toda nuestra vida es (o debería ser) Pascua, para **pasar a la otra orilla**, para regresar como el hijo pródigo a la Casa del Padre. Como fué para Jesús: *"Antes de la fiesta de Pascua Jesús, sabiendo que había llegado su hora de* ***pasar de este mundo al Padre****, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"* (Jn 13,1). El hombre viene de Dios y ha de volver a Dios; todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo lo que hacemos debe regresar a Dios. Y eso debemos hacerlo día tras día, en cada momento. Cada momento, un escalón – que nos eleve hacia Dios. Porque todas las cosas, o nos acercan a Dios, o nos llevan a nuestro propio "yo"; o nos llevan a lo alto, hacia el Cielo, o nos llevan hacia abajo, al infierno. Y quien decide cada vez adónde deben llevarnos es nuestra voluntad, nuestra intención. De ahí la necesidad de comprender bien para qué sirve cada cosa, cuál es su finalidad, si esa finalidad va en la buena dirección y orientada hacia la gran Finalidad de Dios.

****

16 de Abril, 2º Domingo de Pascua: la Divina Misericordia

Queridos hermanos, hoy hablamos de la Misericordia y de la Justicia. el domingo que sigue al de Pasqua, "domingo *in Albis*", la Iglesia celebra la fiesta de la Divina Misericordia. Dicha fiesta para celebrarla este domingo fué pedida varias veces por Nuestro Señor a S. Faustina Kowalska, desde 1931, y finalmente el Papa Juan Pablo II la instituyó para toda la Iglesia el 5 de Mayo del 2000 y falleció la noche del sábado 2 de Abril del 2005, precisamente en esa fiesta, cuando litúrgicamente ya había empezado. Y este domingo 16 de Abril, que es la fiesta de la Divina Misericordia, es el día que nació el Santo Padre Benedicto XVI. Coincidencias significativas, estos últimos Pontífices han sido signo y don de la Divina Misericordia.

Y el Señor había dicho a Santa Faustina: *"Antes de mi venida como justo Juez, vendré como Rey de* ***Misericordia****. Antes de que llegue* ***el día de la Justicia*** *les será dado a los hombres este signo en el cielo. Todas las luces se apagarán en el cielo y vendrá una gran oscuridad en toda la tierra. Entonces aparecerá en el cielo el signo de la Cruz y de los agujeros en que fueron*

clavados las manos y los pies del Salvador saldrán grandes rayos de luz que iluminarán la tierra durante algún tiempo. ***Eso ocurrirá poco antes del último día****"* ("Diario" n. 83).

Por "último día" no se entiende el último día de la historia, el fin del mundo, sino el último día de este tiempo de espera y de Misericordia, "el fin de los tiempos", después del cual va a llegar el tiempo tan esperado, el tiempo nuevo en que se cumplirá "el Reino de Dios y su Justicia" (o santidad). Los signos de los tiempos, como el Señor nos enseña, nos dicen claramente que el tiempo en que vivimos, tiempo de la Misericordia tan redicha y abusada, se está agotando, y a grandes pasos está llegando ***"el día de la Justicia"***. De ese tiempo de la Justicia el Señor le dice a su pequeña Hija, Luisa Piccarreta (y a nosotros):

> *"Hija mía, te lo repito, no mires la tierra, dejémos que hagan. ¿Quieren hacer guerra? Pues que la hagan, y cuando se hayan cansado, también Yo haré mi guerra. Su cansancio en el mal, sus desilusiones, los desengaños, las pérdidas que sufrirán, les prepararán a recibir mi guerra. Mi guerra será guerra de amor.* ***Mi Querer bajará del Cielo en medio de ellos****. Todos tus actos y los de los demás, hechos en mi Querer, harán guerra a las criaturas, pero no guerra de sangre: guerrearán con las armas del amor, dándoles dones, gracias, paz; darán cosas sorprendentes, que asombrarán al hombre ingrato. Esta Voluntad mía, ejército del Cielo, con armas divinas confundirá al hombre, lo arrollará, le dará la luz para que vea, no el mal, sino los dones y riquezas con que quiero enriquecerle. Los actos hechos en mi Querer, llevando en ellos la potencia creadora, serán la nueva salvación del hombre y, bajando del Cielo, traerán todos los bienes a la tierra, traerán* ***la nueva era y el triunfo sobre la iniquidad humana****. Por eso, multiplica tus actos en mi Voluntad, para formar las armas, los dones, las gracias, para poder bajar en medio de las criaturas y hacerles guerra de amor".*

A eso somos llamados, nosotros a quienes se nos ha dado la gracia de saberlo: estemos preparados, como dice San Pedro (2ª Pt 3,11-13): *"Si todas esas cosas se han de disolver así, ¿cuáles debéis ser vosotros, en santidad de conducta y en la piedad,* ***esperando y apresurando la venida del día de Dios****, en el que los cielos se disolverán y los elementos abrasados se derretirán? Y después, según su promesa, nosotros esperamos* ***nuevos cielos y una tierra nueva, en la que tendrá estable morada la Justicia****."*

Pero ahora hablemos de la relación de **la Divina Misericordia** con la Pascua.

Los Apóstoles debían dar testimonio al mundo de la Resurrección del Señor. Pero eso no habría sido suficiente; la gente habría dicho: *"Ah, sí, Jesús ha resucitado, ¡nos da mucho gusto! ¡Felicidades! ¡Enhorabuena!... ¿Y*

nosotros qué...?" Ellos, los Apóstoles, debían al mismo tiempo dar testimonio de la Divina Misericordia al mundo, debían poder decir: *"Hemos sido cobardes, ingratos, lo hemos abandonado, también nosotros hemos dudado de El, hemos pensado que era una ilusión, un fantasma... Pero El no nos ha rechazado, no nos ha negado su amor; nos ha perdonado, nos ha dado de nuevo su amistad, ha comido de nuevo con nosotros... Todos pueden esperar en El. Su Resurrección es para nosotros, ha empezado a entrar en nosotros, a transformarnos, a hacernos nuevos".* Los Apóstoles debían constatar y aceptar su miseria, para poder esperimentar la Divina Misericordia, sin la cual habría quedado un abismo de separación entre nuestra situación de muerte y la Resurrección del Señor...

La Misericordia y **la Justicia**, estos dos Atributos divinos, cuya naturaleza es siempre y sólo el Amor de Dios, representan respectivamente a la Humanidad Stma. de Ntro. Señor y a su Divinidad, por lo cual son inseparables, como lo son las dos Naturalezas del Verbo Encarnado; forman como un binomio, como las dos caras de una misma medalla, la Divina Voluntad, y son los que regulan las relaciones entre Dios y el hombre: la Divina **Misericordia** defiende al hombre, la Divina **Justicia** defiende a Dios.

El Señor dijo en la última Cena: *"Cuando venga el Espíritu Consolador, argüirá al mundo por motivo de pecado, de Justicia y de Juício…"* (Jn 16,8).

El pecado es el desorden que rompe la armonía entre la Voluntad Divina y la voluntad humana; es una injusticia y agresión, que choca con la Divina Justicia, y ese choque forma el Juício. Pero el Juício se evita sólo recurriendo a la Divina **Misericordia.**

Sin embargo antes es necesario *"satisfacer toda Justicia",* como dijo el Señor a S. Juan Bautista, para permetir el paso a la Misericordia. La Divina **Misericordia** pasa hacia la criatura sobre el puente reparado de la Divina **Justicia**, puente destruído por el pecado.

La obra de la REDENCIÓN es manifestación y glorificación de la Divina **Misericordia**. La obra de la SANTIFICACIÓN es manifestación y glorificación de la Divina **Justicia**, que "justifica" (o sea, que hace justo) al hombre con la **Justicia** o Santidad de Dios. Es la méta: *"Buscad el Reino de Dios y su **Justicia**, y todo lo demás se os dará por añadidura".*

EI Señor Dios dijo a Moisés: *"Concederé mi gracia a quien Yo quiera conceder gracia y tendré misericordia de quien Yo quiera tener misericordia"* (Exodo 33,19). Ser justo es un "deber" para Dios (no podría ser injusto), mientras que ser misericordioso es un "derecho" suyo, que Dios tiene celosamente.

La **Misericordia** y la **Justicia** caracterizan respectivamente la obra de la **Redención** y el **Reino de la Voluntad Divina**, y caracterizan así mismo las

diferentes actitudes espirituales del hombre en sus relaciones con Dios: la del siervo –y también la del hijo menor de edad, inmaduro, que aún tiene mentalidad de siervo, que incluso es *"como un esclavo, aun siendo dueño de todo"* (Gál 4,1)– que ha de llamar a la puerta de la Divina Misericordia para obtener; de ahí las exhortaciones de Ntro. Señor a que pidamos (*"Buscad y hallaréis, pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá", "Todo lo que pidais al Padre en mi nombre, os lo dará"*, etc.). Mentalidad que se evidencia en las "intenciones" por las que se piden, en las peticiones que se hacen, etc., puesto que *"lex orandi, lex credendi"* (es decir, el modo de orar dice cuál es la fe). Es el "hijo pródigo" que todavía va de camino, de regreso a la Casa del Padre.

Por el contrario, el hijo que vive ya en la Casa paterna, en la Voluntad del Padre, no siente necesidad de pedir nada porque sabe que todo es suyo. *"Una sola cosa le interesa, la Divina Voluntad y el Amor",* dice Jesús a su pequeña Hija, Luisa Piccarreta. No tiene nada propio, sino todo en común con el Padre, por lo que busca sólo –para todos– *"el Reino de Dios y su Justicia"* o Santidad. No piensa ya en sí mismo (vive en un perfecto abandono lleno de confianza), sino que se interesa de lo que le interesa a Dios, su Reino y su Gloria, y de lo que es el bien para el prójimo y puede unirlo más a Dios Es decir, que quien aún está fuera de la Casa ha de llamar, mientras que el que está dentro no necesita hacerlo. Por eso, dice el Señor, en el paraíso terrenal, en las relaciones entre Adán inocente y Dios había por parte del hombre adoración, alabanza, agradecimiento y amor al Padre, pero no existía la súplica o la oración de petición, la cual surgió después del pecado, después de la ruptura de la unión con Dios, cuando el hombre se ha sentido necesitado de todo, necesitado de **Misericordia** por parte de Dios. ¡Preparémonos!

****

20 de Abril - **Toda la vida ha de ser PASCUA**

Queridos hermanos, Pascua significa "paso" y "liberación". Que toda la vida debería servir para **aprender a morir** a nosotros mismos y sólo así **aprender el verdadero vivir** sólo para el Señor. Que se trata de *"pasar a la otra orilla",* de volver a Dios, de *pasar con Jesús del mundo al Padre*. Cada día, en cada cosa, ahora. Para eso es la vida y esa debería ser nuestra finalidad en todas las cosas que hacemos. Pasar de nuestro modo humano de pensar a su modo divino, de nuestros gustos corrompidos por el egoismo y el pecado a sus gustos divinos. Pasar de la noche al Día, de las tinieblas a la Luz, de la muerte a la Vida.

Todavía estamos en la orilla de esta vida y todos hemos de pasar a la orilla del otro mundo, es decir, pasar de la vida *terrena*, de prueba, como "viadores", a la vida *eterna* (llamémosla así, deberémos precisarla). En ella se realizará

definitivamente, para siempre, la salvación o la condenación. *"Pasar a la otra orilla"* es pasar al *más allá*. También eso es la Pascua. De la orilla de nuestra pobre humanidad a la de la Divinidad, de Dios, que nos ha traido al mundo y que con tanto amor nos espera.

Las dos orillas indican que hay una separación y una distancia entre el hombre y Dios, una separación causada por el pecado. Esa separación se ha traducido en muerte, y cuando nuestro espíritu se separa del cuerpo, entonces vuelve (debería volver) a Dios, a la verdadera vida con Dios y en Dios.

"Pasar a la otra orilla" evoca **el paso del mar Rojo**, que fué anuncio profético de nuestra redención y salvación. Lo dice San Pablo, que todas aquellas cosas sucedieron como figura para nosotros, que vivimos en el tiempo de su cumplimiento (1ª Cor 10,11). Pero 40 años más tarde hubo un segundo paso milagroso, **el paso del Jordán**, para entrar en la Tierra prometida: fué el anuncio profético de la llegada del tiempo en que se ha de cumplir el Reino. Por tanto, dos veces hay que pasar: la primera, para la Redención en la "plenitud de los tiempos", y la segunda para el cumplimento del Reino al "fin de los tiempos". Son historia y profecía de una realidad futura inmensamente más grande y transcendental. Y nos atañe personalmente.

Ese pasar requiere dejar las cosas de antes, inútiles, no mirar atrás, no dejar el corazón "en Egipto", como hicieron los israelitas que salieron del país de su esclavitud, pero no entraron en la Tierra prometida. Y requiere el deseo y la esperanza, que nos hace pregustar lo que el Señor nos ha prometido y en cierto modo nos lo anticipa. *"Por eso no nos desanimamos, pues aunque nuestro hombre exterior se va deshaciendo, el interior se renueva de día en día. Pues la momentánea y ligera tribulación nos prepara un cantidad incalculable y eterna de gloria, porque no ponemos la mirada en las cosas visibles, sino en las invisibles. Las cosas visibles son de un momento, las invisibles son eternas"* (2ª Cor 4,16-18).

Queridos hermanos, también a nosotros se nos ha anunciado la verdadera "Tierra prometida": el cumplimiento del Reino de la Divina Voluntad "así en la tierra como en el Cielo".

Leemos en el libro de Josué, cap. 3: "Josué se puso en marcha muy de mañana; partieron de Sittim y llegaron al Jordán, él y todos los Israelitas. Allí se acamparon antes de cruzarlo. Al cabo de tres días, los escribas pasaron por el campamento y dieron esta órden al pueblo: *«Cuando veáis el arca de la alianza del Señor vuestro Dios y a los sacerdotes levitas que la llevan, todos os moveréis de donde estáis y la seguiréis; pero entre vosotros y ella habrá la distancia de unos dos mil codos: no os acerquéis a ella. Así podréis conocer el camino por el que ir, porque hasta hoy no habéis pasado por ese camino».* Y Josué dijo al pueblo: *«Santificaos, porque mañana el Señor hará maravillas*

en medio de vosotros». Josué dijo a los sacerdotes: *«Llevad el arca de la alianza y pasad delante del pueblo»*. Ellos llevaron el arca de la alianza y se pusieron en marcha al frente del pueblo (…) Cuando el pueblo salió de sus tiendas para pasar el Jordán, los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza marchaban al frente del pueblo. Apenas los portadores del arca llegaron al Jordán y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca se mojaron en la orilla de las aguas –pues el Jordán se desborda por todas sus orillas durante todo el tiempo de la siega– se detuvieron las aguas que venían de arriba y formaron como una barrera a gran distancia, en Adama, la ciudad que está junto a Zartán, mientre que las que corrían hacia el mar del Arabá, el Mar Muerto, se separaron por completo y el pueblo pasó frente a Jericó. Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza del Señor se detuvieron sin moverse en lo seco, en medio del Jordán, mientras todo Israel pasaba por lo seco, hasta que toda la gente hubo terminado de cruzar el Jordán".

El río que separa las dos orillas, que separa el desierto de la Tierra prometida, representa el Fin de los tiempos. La verdadera "Arca de la Alianza" es María, que nos precede unos 2000 años, y nos muestra el Camino, Jesús, y su Vida, que es la Voluntad Divina, por la cual nunca habíamos pasado. Mediten, gente, mediten.

Vemos pues que la Pascua no se reduce a una celebración litúrgica anual, ni al recuerdo de un remoto acontecimiento extraordinario del Antiguo Testamento, ni a conmemorar la muerte y la resurrección del Señor, que están vivas y presentes para nosotros en cada Santa Misa. Eso ocurrió en la "plenitud de los tiempos", como dice San Pablo: *"Cuando llegó **la plenitud de los tiempos**, Dios mandó a su Hijo, nacido de la Mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción como hijos"* (Gál 4,4-5). Y nosotros somos hijos mediante el Bautismo que en Pascua se recuerda, pero que para nosotros es sólo el punto de partida, el primer paso del camino, nuestro paso del mar Rojo (que así se llama porque representa la Sangre de Cristo, nuestra Redención).

Pero la Pascua no sólo es recuerdo del pasado, para nosotros es espera del gran paso futuro: **la Iglesia aún ha de vivir su propia Pascua de muerte y resurrección**, porque, como dijeron los Apóstoles, *"hay que pasar muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios"* (Hechos 14,22). Ese paso es el que representó el cruce del Jordán para entrar en la Tierra prometida, que hemos leido en el libro de Josué. Eso será en "el fin de los tiempos", indicado por San Pablo: el hijo, todavía niño, inmaduro, *"depende de tutores y cuidadores, **hasta al término** fijado por el Padre"* (Gál 4,2). Lo dice también el Apocalipsis (10,6-7): *"¡**No habrá más tiempo de espera**! En los días en que el séptimo ángel hará oir su voz y tocará la trompeta, se cumplirá el Misterio*

de Dios que El ha anunciado a sus siervos, los profetas".

"El fin de los tiempos" no es "el fin del mundo" o de la historia, sino el fin de los tiempos de preparación, de espera, y la llegada del tiempo tan esperado en el que se cumplirá el Reino que en el Padrenuestro pedimos que "venga", que la Divina Voluntad se haga "en la tierra como en el Cielo". El día y la hora no lo sabemos, pero los signos de los tiempos, que el Señor nos ha exhortado a examinar (y los examinaremos), nos dicen que la gran Pascua de la Iglesia precedida por la "gran tribulación" (Mc 13,19; Apoc 7,14) está llegando para nosotros, que ya estamos ante el "Jordán" que tenemos que cruzar, y el Arca de la Alianza, la Madre de la Iglesia, nos precede ya unos 2000 años y nos está mostrando el Camino que recorrer: la Divina Voluntad como vida… Mediten, gente, mediten.

****

23 de Abril - Los tiempos y los signos de los tiempos

Queridos hermanos, debemos conocer los tiempos del Proyecto de Dios, esperando el cumplimiento de su Reino y la venida gloriosa del Señor como Rey. Ya es hora de que pasemos de las figuras a la Realidad que indican y no sigamos sólo en la superficie de las cosas. El hombre viene de Dios y debe volver a Dios: los tiempos han sido establecidos por el Padre (Hechos 1,7). La verdadera historia del mundo es como resulta del testimonio divino. Dios es el Creador y el Director de la historia, que es precisamente la historia de las relaciones entre Dios y el hombre y es por tanto Historia Sagrada. No es sólo "la historia de la Salvación", sino más aún, el cumplimiento del maravilloso Proyecto del Padre.

Todo lo que ha salido de Dios en la Creación tiene que volver a Dios en el cumplimiento de su Reino. En el centro del Proyecto está *"**la plenitud de los tiempos**"* (Gál. 4,4): la Encarnación del Verbo y nuestra Redención. La Historia resulta así dividida en dos partes: antes de Cristo y después de Cristo. Por tanto en la Historia hay un principio (***el comienzo de los tiempos***), un momento central (***la plenitud de los tiempos***) que nos lleva a un momento culminante (***el fin de los tiempos***) y por último una conclusión (***el fin del mundo*** o fin de la historia, fin del tiempo de la prueba)

Tantos, no conociendo lo que es el Reino de Dios prometido, han caido en dos errores contrarios: el de los milenaristas, que se lo imaginan como un reino de goces materiales y sensuales, como los reinos del mundo, o bien el error contrario de quienes, sobre todo ahora que se busca gozar lo más posible aquí, oponiéndose a esa idea vulgar, niegan que el Reino prometido haya de venir en este mundo, dejándolo para después de la muerte, en el más allá, o bien confundiendolo con la historia de la Iglesia tal y como ha sido hasta ahora…

¡y en ese caso habría sido evidentemente un fracaso! Por eso necesitamos luz en la mente y en el corazón, *"mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo".* Amén.

En el Credo decimos *"y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su Reino no tendrá fin"*. Y en la Santa Misa: *"Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven, Señor Jesús!".* ¿Cuándo? Examinemos los signos de los tiempos; de ellos, el signo *decisivo* que indica inminente la Venida del Señor como Rey es haber manifestado **en qué consiste su Reino y cómo quiere realizarlo.**

Esa gracia el Señor la había reservado precisamente para este tiempo en que vivimos, manifestandola a una criatura que El ha elegido, a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, "la pequeña Hija de la Divina Voluntad". Precisamente hoy, el 23 de Abril de 1865, hace 158 años, Luisa nació en Corato (prov. de Bari, en Italia), y para comprender el puesto y la misión que el Señor le ha dado en su Proyecto, el 14 de julio de 1923 le dijo:

> *"Hija mía, todo el mundo está revuelto y todos están esperando cambios, paz, cosas nuevas. Ellos mismos se reunen para ponerse de acuerdo y se extrañan de no saber concluir nada y llegar a serias decisiones, de modo que la verdadera paz no aparece y todo se resuelve en palabras, pero nada en hechos, y esperan que otras conferencias puedan lograr decisiones serias, pero esperan en vano. Y entre tanto, mientras esperan están todos con temor, y unos se preparan a nuevas guerras, otros esperan nuevas conquistas; y entre tanto los pueblos se reducen a la miseria, se despojan vivos, y mientras esperan, cansados de la era triste presente que los envuelve, turbia y sangrienta, aguardan y* ***esperan una era nueva de paz y de luz****.*
>
> *El mundo se halla precisamente como cuando Yo iba a venir a la tierra, que todos estaban en espera de un gran acontecimiento, de una era nueva, como fué en efecto. Así ahora,* ***debiendo venir el gran acontecimiento, la era nueva en que la Voluntad de Dios se haga en la tierra como en el Cielo****, todos están en espera de una era nueva, cansados de esta, sin saber cuál ha de ser esta novedad, este cambio, como no lo sabían cuando Yo vine a la tierra. Esta espera es un signo seguro de que la hora está cerca, pero* ***el signo más seguro es que Yo estoy manifestando lo que quiero hacer*** *y que, dirigiendome a un alma, como me dirigí a mi Madre para bajar del Cielo a la tierra,* ***le comunico mi Voluntad*** *y los bienes y los efectos que Esta contiene, para darla como un don a toda la humanidad".*

Para realizar su segunda Venida gloriosa como Rey, el Señor quiere formar su Reino, es decir, su Vida completa y un nuevo modo de estar presente y vivo en una nueva generación, como El dice:

"Ahora, después de haber conocido los bienes de la Redención, como quiero que todos se salven, dandoles todos los medios necesarios, paso a dar a conocer que en Mí tengo otra generación que debo hacer que salga, mis hijos que han de vivir en el Divino Querer, y que precisamente en mi Corazón tengo preparadas todas las gracias, todos mis actos internos, hechos en mi Voluntad Eterna para ellos, y esperan el beso de sus actos, su unión, para darles la herencia de la Voluntad Suprema" (27.10.1922).

Para eso ha llamado a esta criatura, Luisa, a quien dice en ese mismo texto:

"¿Ves ahora cuánto es necesario que mi Querer sea conocido bajo todos los aspectos, en sus prodigios, en sus efectos, en su valor, lo que hice Yo en este Querer por las criaturas y lo que deben hacer ellas? Y eso será un potente imán para atraer a las criaturas para que reciban la herencia de mi Querer y venga la generación de los hijos de la luz. Sé atenta, hija mía, ***tú serás la portavoz, la trompeta*** *que ha de llamar y reunir a esta generación, tan predilecta y suspirada por Mí".*

Es significativo este título, esta misión de ser "la Trompeta", que el Señor le ha dado (1ª Tes 4,16; 1ª Cor 15,52)

Y sólo entonces el Espíritu Santo inspiró a la Iglesia que instituyera la fiesta de Cristo Rey, en 1925. Pero ha ocurrido como cuando se encarnó en la Stma. Virgen María o como cuando resucitó de la muerte, ¿quién lo sabía? Así, lo mismo ahora, poco a poco se van dando cuenta pocos, los pequeños: algunos "pastores" (es decir, los varios Confesores de Luisa y S. Anibal M. di Francia, el primer hijo espiritual de Luisa, censor de sus Escritos, que hizo las primeras publicaciones). Después, otros y otros más han sido iluminados por esta gracia extraordinaria y han empezado a comprender este signo de los tiempos, pero sólo pocos se dan cuenta de la nueva Presencia viva del Señor como Rey, y eso en la medida que la Divina Voluntad se va convirtiendo en su propia vida… Este tiempo –podemos decir, a partir de 1925, de la fiesta de Cristo Rey– es como ***un tiempo de gestación de la Santa Iglesia*** (la Mujer gloriosa del capítulo 12 del Apocalipsis) che gime en los dolores del parto. Como en las otras Venidas del Señor, una cosa fué su Encarnación y otra su Nacimiento, una cosa fué la Resurrección y otra sus apariciones. Así, ***el Señor, ya presente con su modo nuevo como Rey, todavía no se manifiesta.*** La manifestación gloriosa que esperamos se llama la *"Parusía"*, pero su Venida en humildad y silencio, ya es una realidad y por eso hace un siglo que ha sido proclamada..

****

27 de Abril - **Señor, ¿qué debemos hacer?**

Queridos hermanos, estamos viviendo en espera de la **venida gloriosa** del Señor como Rey y del cumplimiento del Reino prometido, que la Iglesia invoca desde hace 2000 años en el Padrenuestro. Es un tema que atrae la atención. Pero siendo un tema muy rico de contenido, por el momento lo interrumpimos para bajar a un problema más inmediato, más personal: ¿qué debemos hacer?

Ahora se está cumpliendo el Juício. ¿En qué consiste el Juício? En examinar y por tanto separar lo que è verdadero de lo que es falso, lo que es bueno de lo que es malo, lo que es según la Voluntad de Dios de lo que no lo es. En definitiva es ver **si amamos más la Verdad o nuestro propio "yo"**. En eso consiste la prueba de la vida. *"Será el Amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, o será el amor propio llevado hasta el desprecio de Dios"* (S. Juan Pablo II). ¿Quién es tu Dios?

Al final de la vida seremos juzgados, así como al final de la historia el Señor hará el Juicio final y *"no hay nada de oculto que no haya de ser revelado, ni de secreto que no deba ser manifestado"* (Mt 10,26). Pero por ahora, a cada momento, el Juicio de nuestra vida lo hacemos nosotros mismos con cada decisión nuestra.

Tengamos presente que no existe nada que no tenga una finalidad, un motivo para existir. Todas las cosas que Dios ha creado son por motivo de su Amor a nosotros y su finalidad es llevarnos a una plena comunión de Vida y de Amor con El. Así que el valor de todo lo que existe y de todo lo que pasa lo da **la finalidad que se propone quien lo hace**. Por eso, *"ya sea que comais o que bebais o que hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios"* (1ª Cor 10,31). Así, si la finalidad de lo que hacemos no coincide, no va en sintonía con la finalidad de Dios, lo que hacemos resulta pura pérdida. *"Quien no está conmigo está contra Mí, y el que conmigo no recoge, desparrama"* (Mt 12,30). Hermanos míos, qué importante y decisivo es poner atención a **la finalidad** de cada cosa y a **la finalidad** que nuestra intención pone en cada cosa que hacemos. Deberíamos preguntarnos siempre en lo que estamos haciendo: ¿por qué lo hago? O mejor aún: ¿por Quién lo hago?

Todo el secreto de la vida se podría resumir en esto: **es saber recibir todo de Dios y a continuación poner todo en manos de Dios**. Cada cosa, en cada instante. Las situaciones en que me hallo, las cosas que me suceden, las noticias que me llegan, las cosas agradables o desagradables que me hacen…, que Dios no permitiría si no fuera por mi bien, por un fin de bien, por un fruto bueno que deberían producir (si acepto "el juego"). Y las permite en la medida que pueden servirme de ayuda, producir fruto, hacerme un bien en vista de la última Finalidad, que es unirme a El.

Si recibo una carta, no importa si el cartero es simpático o antipático: lo importante es el mensaje y Quien me lo envíia… Así tantas cosas pueden llegar a través de causas secundarias, a través de las criaturas, que a menudo no saben de qué se trata; pero yo debo reconocer que vienen de Dios. Y que Dios espera una respuesta mía. ¡Esa es **mi relación con Dios**!

Porque cada uno de nosotros es único ante Dios. Si un padre tiene diez hijos, cada hijo es "único" para él. Por eso, cada uno de nosotros ha venido al mundo "solo", y "solo" se irá de aquí. Cuando llegue la hora, aunque tengamos alrededor a 500 amigos que nos quieren mucho, nada podrán hacer por nosotros: estarémos solos. Mejor dicho: estarémos solos con Dios. Y si eso es evidente en el principio y en el final de la vida, es igualmente verdad todos los demás días. Al acabar el día, cuando cae el telón y se apagan las luces del teatrito de la vida, en este gran teatro vacío **quedamos sólo dos: mi Padre del Cielo y yo**. Y en ese momento, me lo puedo imaginar sentado a mi lado, que me abraza y me dice: *"bueno, hijo mío, ¿qué hemos hecho hoy de bueno…?"*

¿Y todos los demás? No están. O mejor dicho, son las comparsas, son las ocasiones de Dios, son los canales de los que se sirve para hacer que normalmente me llegue su Providencia, sus Noticias, su Amor… y por medio de los cuales desea que yo le dé mi respuesta de gratitud y de amor. Esa es la tarea y el significado de las criaturas y de mi prójimo.

Mi prójimo… Tan prójimo, que desde la eternidad el Padre ha mirado a Jesús y en El, en su Stma. Humanidad, ha visto a toda la humanidad y a toda la Creación. Por tanto me ha conocido y amado en cuanto miembro de su Familia, de su Cuerpo Místico, no indipendientemente de Aquel que es la Cabeza y de todos los otros miembros del Cuerpo.

Pues es verdad la primera dimensión ***"personal"*** del hombre: que cada uno es único y solo ante Dios (de hecho, si yo como, no es que otro hace la digestión…), pero también es verdad esta segunda dimensión: la dimensión ***"social",*** por la cual lo que soy y lo que tengo me llega casi todo por medio de los demás, y lo que yo hago tiene consecuencias buena o malas para otros. Mi relación con Dios tiene estas dos dimensiones: de ella forma parte mi prójimo así como todo el resto de la Creación.

Entre el Cuerpo físico, ***"personal"*** de Cristo y su Cuerpo ***"místico"*** (su Iglesia) hay una profonda relación, una interdependencia, por la cual todo lo que nos sucede y lo que hacemos repercute en El, y viceversa. Ese es el por qué de su Pasión, como también de la Eucaristía. El Padre ha mirado a Jesús y nos ha visto a todos nosotros, a cada uno de nosotros. Ahora, mirándonos a nosotros, quiere ver a su Unico Hijo, Jesucristo. Y en nosotros quiere encontrarlo junto con todo su Cuerpo Místico e incluso con todas las criaturas: ¡en nosotros! Quiere que nos hagamos cargo de todos y de todo, que abracemos

todo y a todos, que con Jesús y como Jesús le demos al Padre la respuesta de amor de todo y por todos.

¡A esta relación con El nos llama!

Es muy bello imaginar como, por la mañana, lo primero que hemos de hacer es saludar al Señor en todos los sagrarios de la tierra con un beso (que es un acto de adoración, de agradecimiento y de amor), pedirle a nuestra Mamá del Cielo que nos revista de El (como hizo Rebeca con su hijo Jacob, el más pequeño, que ella vistió con las ropas del mayor) y así nos lleve al Padre, que con tanto amor nos está esperando… Y al llegar le decimos con Jesús: *"Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad",* y El nos abraza y nos da un beso; luego nos sienta sobre una rodilla suya y saca un libro maravilloso, el Libro de la Vida, y dice: *"veamos qué es lo que hoy tenemos…"* Y el niño toma su cuadernito, en el que ha de copiar lo que el Padre tiene en su Libro. Pero el pequeño dice: *"yo no sé escribir, lo hago muy mal, con manchas de tinta, todo lleno de errores…",* y la palabra clave: *"¡Ayúdame!"* Entonces el Papá le dice: *"dáme la manecita".* Así, con la mano del niño, su Papá escribe todo en un momento. El niño exclama: *"¡Qué lindo, Papá, qué bien que has escrito",* pero el Padre dice: *"¡no, hijo mío, qué bien que* ***hemos*** *escrito! Porque si tú no me hubieras dado la mano, Yo no habría escrito nada".*

Así pues, desde el comienzo del día, el Padre nos espera con tanto amor; presentémonos a El revestidos de su Hijo, junto con Jesús, para que nos reconzca: *"Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad",* y además de la respuesta personal El desea que le presentemos todos los homenajes de adoración, de alabanza y gloria, de agradecimiento y de amor, que le deben todas las criaturas… En nuestra relación con El han de estar presentes todas las criaturas: *"Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío".* Más aún, como para un hijo la verdadera herencia no son tanto las cosas de su padre, sino el Padre mismo: ***"yo soy todo Tuyo y Tú eres todo mío!"***

****

4 de Mayo - El puesto de María en el Querer de Dios

Queridos hermanos, hemos llegado al mes especialmente consagrado a la Stma. Virgen y Ella no es "opcional" en nuestra relación con Dios y en su Proyecto divino, el papel de María es esencial y único. Y nosotros debemos conocer siempre más el Proyecto de Dios y comprender lo que desea hacer de nosotros y cómo podemos nosotros responder a su Deseo. Por eso nos pide que miremos a María y nos entreguemos a Ella, porque gracias a Ella se realiza el Querer Divino.

Dios ha querido que todo su Proyecto dependiera de María. Dios no tenía necesidad de nada ni de nadie. La suya ha sido una necesidad de desahogar su

Amor. Dependiendo del misterio divino de las relaciones entre las Tres Divinas Personas (la generación del Hijo y la "procesión" del Espíritu Santo), el primer decreto eterno de su Querer fue la Encarnación del Verbo, Nuestro Señor Jesucristo. De él parte todo. Pero junto con El ha sido eternamente querida y concebida, en medio de las Tres Divinas Personas, Aquella que había de ser su Madre, la Stma. Virgen. De Ella sin embargo Dios ha hecho depender la Encarnación del Hijo de Dios. María ha sido siempre perfectamente libre en su respuesta a Dios. Dios se ha "jugado" todo con la libre respuesta de María, sólo por amor, la sola respuesta digna de Dios.

El mérito de María no resulta de lo que hizo en su vida o de lo que sufrió, sino de cuánto ha amado, es decir, de cómo ha unido libremente su voluntad con la Voluntad de Dios y la ha identificado con Ella. El mérito está en la respuesta que se le da a Dios. La iniciativa parte siempre de Dios, pero luego depende de la criatura corresponderle..

El Señor le dice a la "pequeña Hija de la Divina Voluntad" Luisa Piccarreta (Vol. 11°, 9.5.1913):

> *"Hija mía, tú no puedes comprender bien lo que fue mi Madre querida para Mí. Yo, al venir a la tierra, no podía estar sin Cielo, y mi Cielo fue mi Madre. Entre ella y Yo pasaba tal electricidad, que ni siquiera un pensamiento se le escapaba a mi Madre que no lo tomara de mi mente; y ese tomar de Mí la palabra, la voluntad, el deseo, la acción y el paso, es decir, todo, formaba en ese Cielo el sol, la luna, las estrellas y todos los deleites posibles que puede darme la criatura y que ella misma puede gozar. ¡Oh, cómo gozaba en este cielo! ¡Oh, cómo me sentía reanimado y compensado por todo! Hasta los besos que me daba mi Mamá contenían el beso de toda la humanidad y me devolvían el beso de todas las criaturas. En todo me sentía a mi dulce Mamá. Me la sentía en la respiración y, si era agitado, me lo aliviaba. Me la sentía en el Corazón y, si estaba amargado, me lo confortaba. Me la sentía en mis pasos y, si estaba cansado, me daba fuerza y descanso... ¿Y quién puede decirte cómo me la sentía en la Pasión? En cada latigazo, en cada espina, en cada llaga, en cada gota de mi Sangre, en todo me la sentía y me hacía de verdadera Madre... ¡Ah, si las almas me correspondieran, si tomaran todo de Mí, cuántos cielos y cuántas madres tendría en la tierra!"*

Sin Ella no tendríamos ni Redentor ni Redención, sin Ella no habría habido ni siquiera una página del Evangelio. Es más, como la misma Creación de todos nosotros y de todo lo que existe debía depender de la Encarnación del Verbo Divino, resulta que la misma existencia de la Virgen y de todos nosotros Dios ha querido que dependiera del ***"sí"*** divino de María. Por eso Dante escribió: *"Oh Virgen Madre,* ***hija de tu Hijo****, humilde y alta más que ninguna criatura, término* ***fijo del eterno Consejo****"*.

En el acto eterno y a la vez histórico de la Encarnación, junto con la Humanidad adorable de Nuestro Señor, su Amor le hizo concebir en El a todas las almas, en primer lugar la de su Madre, rodeandola de todos sus méritos y preservandola de toda mancha de pecado: la Inmaculada es la primera redimida, si bien de un modo diferente de nosotros. María es redimida para que el pecado no pudiera tocarla; mientras que nosotros hemos sido liberados del pecado, en el que hemos venido a la existencia. También Adán fue creado perfecto, inmaculado, pero no supo ser fiel al Amor de Dios. Su pecado lo separó de Dios con todas las consecuencias, y de ser hijo de Dios por Gracia se hizo rebelde y extraño a Dios. Arrepentido, sólo pudo aspirar a ser admitido como siervo y de riquísimo como era se volvió sumamente pobre… Todos sus hijos, hasta el último que nacerá, hemos venido al mundo en "fuera de juego", separados de Dios, heredando todos los males en lugar de todos los bienes y necesitados de ser salvados.

Si "el río" de la humanidad quedó contaminado desde la fuente (Adán y Eva), el pecado no pudo tocar a María porque ella, junto con su Hijo, estan eternamente "al monte" de la fuente. *"Antes de que Abrahám fuera, Yo Soy"* (Jn 8,58), ha dicho Jesús, y por la misma razón *"antes de que Adán fuera, Yo Soy".* Y con El, María podría decir *"antes de que Eva fuera, yo soy".* Y, en efecto, en su aparición en Roma (Tre Fontane), la Virgen de la Revelación se presentó diciendo: *"Yo soy la que es en el seno de la Divina Trinidad".* Por tanto, el haber nacido tantos siglos después de nuestros primeros padres no significa nada, porque Ella junto con su Hijo son antes, en el orden de "causa-efecto", y por ellos la Justicia Divina no destruyó Adán con toda su descendencia y la entera Creación, que con el pecado del hombre ya no tenía más razón de existir. Jesús y María un día habrían reparado el daño del pecado y habrían puesto a salvo a todos nosotros, cumpliendo la Obra de la Redención, haciendonos ser de nuevo hijos de Dios y verdaderos herederos y reyes de toda la Creación.

> Escribe Luisa: *"…Veía ante mí una luz interminable y comprendía que en esa Luz moraba la Stma. Trinidad, y a la vez veía ante esa Luce a la Reina y Madre, que quedaba toda absorbida por la Stma. Trinidad, y Ella absorbía en sí a las Tres Divinas Personas, de manera que quedaba enriquecida con las tres prerrogativas de la Trinidad Sacrosanta, es decir,* ***Potencia, Sabiduría, Caridad****; y así como Dios ama al género humano como parte de Sí mismo y como algo salido de El, y desea ardientemente que esa parte de Sí mismo vuelva a El, así la Mamá y Reina, partecipando en eso, ama al género humano con amor apasionado"* (Vol. 4°, 26.1.1902).

"Parte de Sí mismo" no significa que formamos parte del Ser Divino, sino que somos fruto de su Amor y de sus divinas perfecciones, como un hijo se puede decir que es "parte" de quien lo ha concebido.

El papel de María no se agota en haber concebido y dado a luz al Hijo de Dios. Su Maternidad Divina se extiende a todo su Cuerpo Místico, para hacer por cada uno de nosotros lo que ha hecho por su Hijo.

Encarnandose en su seno, Jesús ha concebido al mismo tiempo todas las almas como su Cuerpo Místico y se ha hecho cargo de las culpas y de las penas de cada criatura. Desde entonces empezó su Pasión y fue creciendo, hasta "desbordarse" externamente el último día de su vida, en la Pasión que le hicieron sufrir los hombres. Toda esta obra de Redención ha querido hacerla con su Madre. Su amor de Hijo no le ha permitido excluirla de ninguna cosa hecha por El; ha querido el *"hágase en mí",* el ***"Fiat"*** de María junto al suyo, para nacer, para vivir, para morir y también para resucitar.

De la misma forma, Dios quiere nuestro *"**Fiat**"*, *"hágase en mí",* unido al de Jesús y de María, para reconocernos como hijos; de lo contrario, su *"**Fiat**"* no nos serviría de nada.

María no es por tanto la Madre de Jesús sólo durante nueve meses, ni sólo durante su infancia, sino por toda su vida. No sólo espectadora, sino colaboradora y Madre de cada enseñanza de Jesús, de cada milagro, de cada perdón dado, de cada sacramento instituido, de cada oración suya, de cada lágrima, de cada gota de su Sangue derramada (que ella le había dado)… Madre de la Eucaristía, Madre de la Resurrección…, Madre de su Triunfo, Madre del Redentor, Madre del Rey de reyes, ¡Madre Divina!

****

11 de Mayo - ¡Virgen Prudentísima, ruega por nosotros!

Queridos hermanos, vivimos en una gran guerra de espíritus, una guerra que se combate ante todo dentro de cada uno de nosotros, en nuestra propia conciencia. Una guerra que en primer lugar es entre la Verdad y la mentira, que a menudo se nos presentan revueltas y fácilmente distraen la mente y el corazón de lo que de verdad cuenta ante Dios, de la "única cosa necesaria", como ha dicho el Señor.

No me refiero sólo a la inundación de noticias, a menudo malas y preocupantes, de lo que pasa en el mundo y por desgracia en la Iglesia, sino también a **tantos mensajes, revelaciones, profecías, etc. ¿Qué actitud debemos tener ante todas esas cosas?**

Sólo al Credo y a la Palabra de Dios como la conoce la Iglesia debemos creer al 100%, y esa es la Fe llamada "teologal"; a todo lo demás podemos creer sólo con fe humana, en la medida que son creíbles y van de acuerdo con

las Verdades de Fe. Es necesaria la luz para ver, la luz de la recta razón y la que viene del Señor en la oración. Digámos como diría un niño: *"¡Mamá, enciende la Luz!"* ¡Virgen Prudentísima, Tú que *meditabas esas cosas en tu Corazón*, ruega por nosotros!

Sabemos que en este mundo, donde Dios construye "una casa" llega poco después el diablo a poner "un edificio", y si hay un dinero auténtico no es extraño que haya también dinero falso y que a primera vista sea dificil darnos cuenta y distinguirlo. El demonio, "padre de la mentira", cuando no puede frenar empuja y cuando no puede negar exagera. A menudo basta apenas una gota de veneno para envenenar toda una sopa o una gran predicación… O como decía un loco en el manicomio: *"Ni son todos los que están, ni están todos los que son"*.

Ultimamente ha sido creado un "Observatorio vaticano" para desmentir a los cultos marianos no reconocidos, empezando por algunos que han surgido estos últimos años en Roma y alrededores: ciertas "apariciones", imágenes que lloran con sus correspondientes mensajes, etc... ¿De verdad se busca la verdad o no será que algunos quieran oscurecer a la Stma. Virgen, arrasando por igual con todos los casos? Esté claro: no nos toca a ninguno de nosotros dar una sentencia sobre la autenticidad de los hechos, y menos aún sobre la conciencia de las personas.

Lo que digo debería ser un reclamo a la prudencia, no a la sospecha y a la desconfianza. San Juan dice: *"Carísimos, no creáis a cada inspiración, sino poned a prueba las inspiraciones, para ver si vienen realmente de Dios, porque* ***muchos falsos profetas han surgido en el mundo****"* (1ª Jn 4,1)

El Señor ha dicho: *"****Guardaos de los falsos profetas****, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces.* ***Por sus frutos los conoceréis****. ¿Acaso se cogen racimos de los espinos o higos de los abrojos? Todo árbol bueno da buenos frutos y todo árbol malo da frutos malos; un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni un árbol malo dar frutos buenos. El árbol que no da frutos buenos es cortado y arrojado al fuego.* ***Por los frutos, pues, los conoceréis****"* (Mt 7,15-20)

Y a los Apóstoles dijo: *"****Cuidad que nadie os engañe****, porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Mesías, y engañarán a muchos. Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras, pero no os turbéis; es necesario que todo eso suceda, mas no es aún el fin* (o sea, el fin del mundo, conforme a la pregunta de los Apóstoles). *Se levantará nación contra nación y reino contra Reino; y habrá hambres y terremotos en diversos lugares; pero todo eso es sólo el comienzo de los dolores. Entonces os entregarán a los suplicios y os matarán, y seréis odiados por todos los pueblos a causa de mi nombre. Muchos se escandalizarán, se traicionarán unos a otros y se*

aborrecerán. Surgirán ***muchos falsos profetas que engañarán a muchos*** *y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos. Mas el que persevere hasta el fin será salvado. Entre tanto este* ***evangelio del Reino*** (no sólo de la Redención, que ya vino, sino del Reino que en el Padrenuestro pedimos que venga) *será anunciado en todo el mundo, testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin"*.

Y San Pablo dijo a los cristianos de Tesalónica hace ya veinte siglos, porque pensaban que el Día del Señor fuera "inminente": *"Os rogamos, hermanos, por lo que hace a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, que* ***no os dejéis tan fácilmente confundir y turbar, ni por pretendidas inspiraciones, ni por mensajes, ni por alguna epístola presentada como nuestra****, como si el Día del Señor fuera inminente. Que nadie os engañe en modo alguno, porque antes ha de venir* ***la apostasía*** *y ha de manifestarse el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo"* (2ª Tes 2,1-4); es el que San Juan llama el anticristo (1ª Jn 2,18).

El deseo, junto con el temor, no ayudan a comprender los tiempos.

Nuestra percepción del tiempo es muy relativa, mientras que el número de los siglos, años o días, establecido por Dios, es preciso, aunque para nosotros sea bastante misterioso. Para poder darnos cuenta –por ejemplo– si la venida gloriosa del Señor sea "inminente" o si el tiempo nuevo de su Reino esté "cerca" hace falta ver **los signos de los tiempos**, algunos de los cuales muy concretos, indicados por el Señor y por los Apóstoles.

Han sucedido cosas que habían sido profetizadas: hay que ver si la profecía fue dada en un tiempo "no sospechoso", cuando no se podía prever con esos particulares.

En el libro del Deuteronomio (18,18-22) el Señor dice: *"Yo llamaré a un profeta en medio de sus hermanos y le pondré mis palabras en la boca y él les dirá lo que Yo le ordene. Si alguien no hace caso de las palabras que él dirá en mi nombre, Yo le pediré cuentas. Pero el profeta que se atreva a decir en nombre mío una cosa que Yo no le he dicho que diga o que hable en nombre de otros dioses, ese profeta morirá. Si tú piensas: ¿cómo reconoceremos la palabra que el Señor no ha dicho? Cuando el profeta hable en nombre del Señor y* ***no suceda ni se cumpla lo que haya dicho, esa palabra no la ha dicho el Señor; la ha dicho el profeta por presunción:*** *de él no tengas temor".*

Y Jeremías dijo, dirigiéndose a un falso profeta (28,8-9): *"Los profetas que vinieron antes de ti y de mí, desde tiempos muy antiguos predijeron contra muchos países, contra reinos potentes, guerra, hambre y pestilencias.*

En cuanto al profeta que predice la paz, ***será reconocido como profeta realmente enviado por el Señor sólo cuando su palabra se cumpla****"*.

A veces sin embargo puede ser que Dios le muestre un cierto castigo futuro, pero que la intercesión del vidente obtenga que la Justicia Divina suspenda o retire la amenaza. Así vemos en el profeta Amos, cap. 7: *"«Señor Dios, perdona, ¿cómo podrá resistir Jacob? Es tan pequeño»*. El Señor se apiadó: *«Eso no sucederá», dijo el Señor".* O bien el anuncio catastrófico que hizo el profeta Jonás a la ciudad pagana de Nínive: "Le fue dirigida a Jonás por segunda vez esta palabra del Señor: *«Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y anunciale lo que Yo te diga»*. Jonás se levantó y se fue a Nínive según le dijo el Señor. Nínive era una ciudad muy grande, de tres días de camino. Jonás empezó a recorrer la ciudad, por un día de camino y predicaba: *«****Dentro de cuarenta días Nínive será destruida****»*. Los ninivitas creyeron a Dios y proclamaron un ayuno, se cubrieron de saco, desde el mayor al más pequeño (…) Dios vio sus obras, que se habían convertido de su conducta malvada y se apiadó, retirando el castigo con que les había amenazado **y no lo mandó**" (Jonás 3,1-5.10). Mientras que Jonás se lo tomó a mal y Dios tuvo que darle una pequeña lección personal…

Ante ciertos mensajes o anuncios proféticos puede servir esto que se lee en Hechos de los Apóstoles 23,9, cuando San Pablo contó su conversión ante el Sanedrín: *"Se produjo un grande alboroto y algunos escribas del partido de los fariseos, levantandose, protestaban diciendo: «No vemos nada de mal en este hombre.* ***¿Y si un espíritu o un ángel le hubiera hablado de verdad?****»."*

Enfin, la regla de oro nos la dice San Pablo: *"No apaguéis el Espíritu, no despreciéis las profecías;* ***examinad cada cosa, conservad lo que es bueno****. Evitad toda clase de mal"* (1ª Tes 5,19-22)

Se dice: no te creas todo lo que oigas, no digas todo lo que sabes, no todo lo que podrías hacer es conveniente hacerlo. Somos dueños de nuestros silencios, pero esclavos de nuestras palabras. Cuidado con "no tirar al niño junto con el agua sucia". Y cuidado con lo que decimos: a veces basta una palabra, un juicio, para destruir a una persona, o peor, una realidad o una gracia que viene de Dios. Por eso *"de toda palabra inutil que decimos tendremos que dar cuenta".* Peor aún, si es mala. ¡Y peor sobre todo, si hacemos inutil una palabra dicha por el Señor!

Para terminar, Luisa dice al Señor: *"Oh, Amor, sólo Tú me entiendes, sólo Tú me comprendes, mi silencio te dice aún más. En tu Corazón* ***se dice más con el silencio que con palabras*** *y amando se aprende a amar. ¡Amor, Amor, habla Tú sólo, que siendo Amor sabes hablar!"* (Vol. 10°, 8.11.1911)

Virgen Prudentísima, Tú que *meditabas estas cosas en tu Corazón*, ruega por nosotros! *"¡Mamá, enciende la Luz!"*

18 de Mayo,

La Ascensión del Señor, cumplimiento de la Pascua

Queridos hermanos, 40 días después de su Resurrección el Señor subió al Cielo y, como decimos en el Credo, "está sentado a la derecha del Padre". Así ha completado su Pascua, el *"pasar del mundo al Padre".* Pero su Iglesia todavía debe vivirla, todos nosotros debemos "pasar a la otra orilla". Con nosotros y en nosotros quiere cumplirla y celebrarla. *"Buena ida y buen regreso",* dijo el Padre Eterno cuando Jesús vino al mundo, y así nos dice a cada uno de nosotros.

Ya hemos visto que "el hombre viene de Dios y debe volver a Dios" y eso no sólo en el último momento de la vida, sino que ha de ser en cada momento. *"Cada día muero",* dice San Pablo (1ª Cor 15,31), y cuando digo el Ave María, a veces digo: *"ruega por nosotros, pecadores,* ***ahora, que es la hora de nuestra muerte****"*.

Nosotros **confundimos el morir con el sufrir**, pero son dos cosas bien distintas. Porque **la muerte** no es tanto la muerte corporal, o sea, la separación del alma del cuerpo, que es un instante, sino tener que dejar tantas cosas a las que estamos acostumbrados, incluso apegados, de las que parece que dependa nuestra vida: costumbres, cosas que nos parecen necesarias o importantes para nuestro bienestar o para sentirnos seguros, amigos o personas queridas que nos dejan, nuestra misma salud… Ya no tener esto o ya no poder hacer lo otro… *"Vanidad de vanidades, dice Qoelet, todo es vanidad"*, todas las cosas se desvanecen y pasan para nosotros. Hasta los recuerdos. Pasa la vida, como el agua entre los dedos, y antes o después tendremos que dejar todo, absolutamente todo, porque nada nos es debido, como dice también San Pablo, *"¿qué tienes tú, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?"* (1ª Cor 4,7). De Dios viene todo lo que tenemos, El es el que en cada momento nos da la existencia y la vida, el palpitar, el respirar, el poder pensar y el poder decidir, y todas las cosas que ha creado para nosotros con infinita Sabiduría. En cada cosa está presente su Voluntad, para darnos por medio de todo su Providencia y su Amor.

Y todo lo que Dios nos da tiene una **finalidad** precisa: que también nosotros, por nuestra parte, lo reconozcamos y con nuestro pequeño amor correspondamos al Suyo, porque sólo así podemos ser felices, tomando parte en su Felicidad y en su Gloria. La finalidad de todas las criaturas y de las cosas que Dios nos da es ser canales de comunicación con El, como puentes que nos unan a El, como una especie de "sacramentos", en el sentido de que son "sagradas", o sea, que pertenecen a Dios y nos traen su Providencia, sus Noticias y su Amor, y nosotros por medio de ellas debemos corresponderle con

nuestro reconocimiento y adoración, con nuestra alabanza y gratitud, con nuestro amor.

Somos como espejos que el Sol quiere iluminar y en los cuales se quiere reflejar, como para multiplicarse en ellos, con la condición de que estén vueltos hacia el Sol y no hacia sí mismos, dándole la espalda. ¿Qué puede darle el espejito al Sol, que no haya recibido de él? ¿Qué puede decirle el espejito al Sol Divino? *"Te glorifico con tu misma Luz, Te amo yo también con tu mismo Amor"*.

Por tanto **no confundamos el apego con el amor**; también estas son dos cosas bien distintas. El daño del hombre está en que toma los dones de Dios y se olvida del Dios de los dones, hace de las criaturas un dios en lugar de Dios; ídolos que, queriendo poseerlos, nos poseen. Prometen felicidad, pero sin Dios nos la quitan. Por eso, como ya otras veces dijimos, un importante exámen de conciencia es responder a esta pregunta del Señor: ***"¿Hay algo que, si Yo te lo pidiera, tú me lo negarías?"*** Así se descubre dónde está apegado nuestro corazón, cuál es nuestro "dios". A eso es a lo que todavía hemos de **morir para poder de verdad vivir**.

Es como dice un canto: "Entre tus manos está mi vida, Señor – entre tus manos pongo mi existir. – Hay que morir para vivir. – Como el grano de trigo no muere, – si no muere solo quedará, – pero si muere un fruto eterno dará, – un fruto eterno que no morirá".

Por eso, Jesús ha dicho: *"El que quiera salvar su propia vida, la perderá; pero el que pierda su vida por Mí, la hallará"* (Mt 16,25). El que la pierda, ante todo de vista: el mal de una persona es cuando se deja caer en ese pozo profundo, cada vez más negro, de su "yo", del pensamiento de sí misma que la sofoca. Se vuelve una enfermedad psiquiátrica, una verdadera agonía que no da vida… El remedio es *"¡levantemos el corazón!"* y en vez de pensar en nosotros mismos, pensar en el Señor e invocarlo: "Jesús, Jesús, Jesús". Así es como podemos participar desde ahora en **la Ascensión del Señor** y esa es **nuestra Pascua**, **nuestro "pasar" con Jesús del mundo al Padre**.

En el solemne anuncio de la noche de Pascua la Iglesia dice: *"Muerte y Vida se han enfrentado en un prodigioso duelo: el Señor de la Vida había muerto, pero ahora vivo triunfa!"*. Es pasar con Cristo de la Cruz a la Luz, de la muerte a la Vida.

Y el tiempo en que vivimos es el de la agonía de la Iglesia y también del mundo, el tiempo de la gran prueba y de la gran purificación: *"Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios",* dijeron los Apóstoles (Hechos 14,22).

La Iglesia está viviendo la Pasión de Cristo en aquellos que pertenecen a ella. Por eso no puede extrañarnos si últimamente se van intensificando las

pruebas dolorosas y se multiplican los sufrimientos y las cruces de todo tipo: es que el Señor está pidiendo ayuda, como se le pide a un verdadero amigo, ayuda para compensar todo el mal que inunda al mundo y para detenerlo; ayuda para poder justificar todavía el uso de su Misericordia y poder dar otras posibilidades y gracias a tantos que están al borde de la perdición.

Tantas son en este momento las pruebas dolorosas, por enfermedad, por la pérdida de seres queridos, por situaciones de graves injusticias, por soledad o por tantas otras cosas, pero todo eso forma parte de la Pasión del Señor y ahora forma la Pasión de la Iglesia. Sin apoyos humanos, como naúfragos en medio del mar.

Pero recordemos esta palabra de San Pablo a Timoteo: *"Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, según mi anuncio evangélico, a causa del cual yo sufro hasta estar en cadenas como un malhechor; ¡pero la palabra de Dios no está encadenada! Por eso soporto todo por los elegidos, para que también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús, junto con la gloria eterna. Segura es esta palabra: Si con El morimos, viviremos con El; si con El perseveramos, con El también reinaremos; si lo negamos, también El nos negará; si faltamos de fe, El sin embargo sigue fiel, porque no puede negarse a Sí mismo"* (2ª Tim 2,8-13).

Este es el sentido de tantas cruces que permite o que da a aquellos que lo aman. Ya sabemos que cuando nos da, nos pide, pero luego, cuando nos pide es para darnos mucho, mucho más. En la oración decimos con Jesús *"no nos dejes caer en la tentación"* y también *"Padre, si es posible, aparta de nosotros este cáliz, pero no se haga nuestra voluntad, sino la Tuya".* Pero también en el dolor y en la prueba *"ninguna tentación hasta ahora nos ha sorprendido si no es humana; pues Dios es fiel y no permitirá que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, sino que con la tentación nos dará también el modo de superarla y la fuerza para soportarla"* (1ª Cor 10,13).

Queridos hermanos, ¿queremos tomar parte en la Ascensión del Señor? Con ella Jesús ha completado su Pascua personal, pero ahora quiere realizarla en nosotros, en su Iglesia, pasar de la muerte a la Vida, del mundo al Padre. Hablar de muerte sería deprimente sin la Fe, la Esperanza y el Amor del Señor, y por eso El nos envía al Espíritu Santo Consolador, que nos da la Luz para comprender, la Fuerza para superar y la Paz para saborear un poco desde ahora nuestra Victoria. La Pascua reducida sólo a celebración litúrgica sería bien poca cosa; la Pascua no es una fiesta sino cuando se cumple del todo.

Para terminar, les ofrezco una inyección de auténtico optimismo cristiano como alivio en el dolor:

"Mi sufrimiento es llavecita de oro: pequeña, sí, pero me abre un gran tesoro.
Es cruz mía, pero es cruz del Señor: cuando la abrazo siento sólo su Amor.

No he contado los días del dolor, pero Jesús los tiene escritos en su Corazón.
Vivo momento por momento y así el día pasa como una hora todavía.
Estoy seguro de que desde el más allá toda la vida un instante se verá.
Dos lágrimas aún de amargo llanto y en el Cielo después eterno canto.
Pasa la vida, víspera de fiesta: muere la muerte, el Paraíso nos espera,
aquí en la tierra, a quien hace la Divina Voluntad,
y en el Cielo después por toda la eternidad."

Y acabo con dos palabras que parecen una lo contrario de la otra: "Esta vez, de aqui no vamos a salir vivos". "¡Sí, pero yo no moriré, ni aunque me maten!"

****

25 de Mayo, **la gran fiesta de Pentecostés: ¡ven, Espíritu Santo!**

Queridos hermanos, Pentecostés es la fiesta del Espíritu Santo. Pero el Espíritu Santo es el gran Desconocido, entre otras cosas porque no somos capaces de imaginar algo que no puedan percebir nuestros sentidos. Así El se manifiesta por medio de imágenes o bien es representado mediante imágenes: de paloma, o de lenguas de fuego, o de viento, o de agua viva…

Una vez dije a los niños: "pintad el viento". ¿Cómo es posible? Alguno pintó una bandera que se agitaba en el aire, o el humo de una chimenea, o árboles que se inclinan en una dirección… Es decir, lo indicó mediante los efectos que produce. Esa realidad viva llamada "espíritu" se manifiesta por lo que hace. Nuestro propio ***espíritu*** está ***animando*** nuestro ***cuerpo***, pero es evidente que una cosa es ver, o comer o sentir calor o frío, y otra es razonar o tomar una decisión: estas cosas las hace nuestro espíritu mediante sus facultades (inteligencia, memoria y voluntad), mientras que las otras las hace nuestro cuerpo con sus sentidos y sus miembros. *"El espíritu es el que da vida, la carne no sierve para nada"* (Jn 6,63).

Dios nos ha creado a su imagen y El es purísimo Espíritu, un solo Ser, único, indivisible, en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuyo nombre indica el Ser Divino. Si el Padre representa la Voluntad de los Tres (lo que es) y el Hijo su Conocimiento o Sabiduría (cómo es), el Espíritu Santo representa su Querer Divino (lo que hace, es decir, el Amor). El Padre es el Amante, el Hijo es el Amado y el Espíritu Santo es el Amor. Un solo Ser y un solo Corazón.

El Espíritu Santo es llamado por Jesús en el Evangelio "el Consolador" (o *Paráclito*). El es *"el Espíritu de la Verdad"*, el Maestro interior que nos conduce a la plenitud de la Verdad, es *"el Espíritu Creador"* que da la vida, el Divino Realizador… Es *el Espíritu de unidad*, que desea hacer comunión con nuestro espíritu creado, como hace la luz desde el comienzo del día, cuando se

funde con la atmósfera y se hacen como una cosa sola, aun siendo cosas tan diferentes la luz y el aire…

Además de sus imágenes clásicas de la paloma, del viento, del fuego, etc. se podrían pensar otras: el Espíritu Santo sería como la electricidad, que no se ve más que en sus efectos, y al mismo tiempo es "corriente continua" y "corriente alterna" entre el polo positivo y el polo negativo, y crea energía y movimiento, luz y calor, vida. O bien lo expresa el palpitar del corazón o la respiración incesante: *"me amas – te amo"…* Así, desde el principio de la **Creación** se ha manifestado como el Divino Realizador, el Espíritu Creador: *"…y el Espíritu de Dios soplaba sobre las aguas"* (Gén 1,2). El es el que guía o que inspira a los Santos y a los Profetas desde el Antiguo Testamento, pero su obra maestra, su obra suprema es **la Encarnación del Verbo**, *concebido* por obra del Espíritu Santo. Después, **en el Bautismo de Jesús** en el Jordán, sobre El descendió el Espíritu Santo en figura como de paloma, y así *lleno* de Espíritu Santo y *llevado* por el Espíritu pudo llevar a cabo su Vida pública y la obra de la **Redención**. Lo mismo desea hacer en nosotros si se lo permetimos: *concebir* a Jesús en nosotros, *llenarnos y guiarnos* como hizo con El.

En la última Cena Jesús dijo: *"Os conviene queYo me vaya, porque **si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero cuando me haya ido, os lo enviaré**. Y cuando venga, argüirá al mundo del pecado, de la justicia y del juicio. Del pecado, porque no creen en Mí; de la justicia, porque voy al Padre y no me veréis más; y del juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado. Muchas cosas tengo aún que deciros, mas por ahora no sois capaces de recibirlas. Pero cuando venga **el Espíritu de la Verdad**, El os guiará a la verdad completa, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que habrá oido y os anunciará las cosas que vendrán. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer. Todo cuanto tiene el Padre es mío; por esto he dicho que tomará de lo mío y os lo dará a conocer"* (Jn 16,7-15).

"***Cuando me haya ido, os enviaré al Consolador***", dijo Jesús, no para sustituirle, sino para formar su Vida en nosotros y transformarnos en El. Por eso, el Señor Resucitado ha dado el Espíritu Santo como el fruto inmediato de la Redención a sus discípulos, cuando se les apareció: *"sopló sobre ellos y dijo «**Recibid el Espíritu Santo**»"* (Jn 20,22), con el fin de darles su Vida y formarla en ellos, porque el Señor no se contenta con **estar con nosotros,** sino que quiere **vivir en nosotros.**

Por eso, después de la Ascensión del Señor al Cielo, cuando llegó el día de **Pentecostés** el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos reunidos, para llenar el gran vacío dejado por la ausencia visible del Señor en su corazón y los transformó: de débiles e inseguros les llenó de valor, de ignorantes que eran les llenó de Sabiduría, y de frágiles en la fidelidad y pobres en su afecto

humano se llenaron del Amor divino, listos para dar la vida por el Señor y para dar a todos la Vida del Señor.

Jesús había llevado a cabo su misión, su Pascua personal, pasando del mundo al Padre; por tanto debía de empezar entonces la de sus discípulos, el camino de su Iglesia, la misión de llevar la Redención al mundo entero y conducirlo con Jesús al Padre. Con esa finalidad, para poder realizar nuestra misión ha enviado al Espíritu Santo, *"Alma de la Iglesia".* El es el que en la Santa Misa hace el milagro de la Consagración del pan y del vino, convirtiendolos en Jesucristo vivo y realmente presente bajo sus apariencias o "accidentes". Y El es el que ha de realizar un milagro aún más grande: así como en la Encarnación **Jesús "se revistió" de nosotros**, haciendo suya la vida de cada uno de nosotros, nuestras culpas y nuestras penas, así ahora el Espíritu Santo quiere llevar a cabo el gran milagro de **"revestirnos" de Jesús**, como dice San Pablo (Gál 3,27; Col 3,10.12).

Y como Jesús vino al mundo por medio de María, así el Espíritu Santo viene a nosotros por medio de Ella, su Inmaculada Esposa. Pues de hecho, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo no tuvo que venir desde muy lejos para darse a los Apóstoles: en medio de ellos estaba María, la Llena de Gracia, y podemos decir que de Ella "se desbordó" para derramarse sobre sus hijos, colmandolos a su vez de toda la Gracia necesaria para llevar a cabo su misión, para santificarse y santificar. Por tanto, nada hace el Espíritu Santo sin María. Y sólo cuando la Iglesia comprenderá el papel de María y su misión indispensable como Madre de la Iglesia, entonces el Espíritu Santo se derramará de un modo nuevo en ella, vivificandola con el don supremo de su Querer. Se cumplirá por fin la profecía de Ezequiel, 37:

"La mano del Señor fue sobre mí y el Señor me sacó en espíritu y me puso en la llanura que estaba llena de huesos; me hizo pasar entre ellos en todas direcciones. Vi que eran en número grandísimo sobre la extensión del llano y del todo secos. Me dijo: *«Hijo del hombre, ¿podrán revivir estos huesos?»*. Yo dije: *«Señor Dios, tú lo sabes»*. Y El me dijo: *«Profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos áridos, escuchad la palabra del Señor. Dice el Señor Dios a estos huesos: He aquí que haré entrar el espíritu en vosotros y viviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel, os infundiré el espíritu y viviréis y sabréis que Yo Soy el Señor»*. Yo profeticé como se me había ordenado; mientras yo profetizaba, sentí un ruido y vi un movimiento entre los huesos, que se unían unos a otros, cada uno a su correspondiente. Miré y vi que estaban recubiertos de nervios, la carne crecía y la piel los recubría, pero no había espíritu en ellos. El me dijo: ***«Profetiza al Espíritu, profetiza, hijo del hombre, y dí al Espíritu: Dice el Señor Dios: Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que***

vivan». Yo profeticé como me había ordenado y el Espíritu entró en ellos; volvieron a la vida y se pusieron de pie; era un ejército grande, inmenso. Me dijo: *«Hijo del hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Ellos van diciendo: nuestros huesos se han secado, nuestra esperanza se ha desvanecido, todo se ha acabado para nosotros. Por eso profetiza y diles: Así dice el Señor Dios: He aquí que abro vuestros sepulcros, os resucito de vuestras tumbas, o pueblo mío, y os conduzco de nuevo al pais de Israel. Reconoceréis que Yo Soy el Señor, cuando abra vuestras tumbas y os resucite de vuestros sepulcros, oh pueblo mío.* ***Infundiré mi Espíritu en vosotros y viviréis****; os haré descansar en vuestro suelo; sabréis que Yo Soy el Señor. Lo he dicho y lo haré».* Oráculo del Señor Dios."

Invoquémoslo cada día desde el principio, pidiendole al Señor que nos lo envíe por medio de María, y tras renovar nuestra personal consagración diaria como Jesús y con El a nuestra Madre Celestial, para renovar en nosotros la imagen y la semejanza de la Stma. Trinidad, digámosle por ejemplo:

"Oh Santo, Divino Espíritu: purifícame, reordéname, llename, santifícame, sustitúyeme, transfórmame, transustánciame, conságrame, divinízame". Toma plena posesión de mi ser, de mi persona, de mi vida; – de lo que soy, de lo que tengo, de lo que hago; – *de mi espíritu, de mi alma, de mi cuerpo;* – de mis facultades, de mis sentidos, de mis miembros; – *de mi voluntad, de mi inteligencia, de mi memoria;* – de mi mente, de mi corazón, de mi respiro; – *de todos mis pensamientos, de todas mis palabras, de todas mis obras;* – de mi mirada, de mi atención, de mi voz; – *de mis movimientos, de mis acciones, de mis pasos;* – del trabajo, del cansancio, del descanso; – *de mis sentimientos, de las penas, de las alegrías;* – de mi oración, de la Santa Misa, de los Sacramentos que reciba; – *de mi pasado, de mi presente, de mi futuro.* – Sé Tú el protagonista de mi vida entera, de mi "paso a la otra orilla" y de mi eternidad, para convertir todo *en alabanza* perfecta y universal de tu Gloria, *en vida* de tu Vida, *en triunfo* de tu Querer y de tu Amor. Amén.

¡Que así sea para nosotros una continua fiesta de Pentecostés!

****

4 de Junio, la Stma. Trinidad:
"¿Quién eres tú y quién soy Yo?"

Queridos hermanos, después de Pentecostés viene la fiesta de la Stma. Trinidad, que nos invita a contemplar su infinito Misterio, porque somos fruto de su eterno Amor y como hijos en el Hijo somos llamados a tomar parte en su divino Proyecto de Amor.

¿Y de dónde empezar? Escribe Luisa en su 2° volumen, el 28.10.1899:

"*Esta mañana mi amable Jesús ha venido en medio de una luz y mirandome, como si me penetrara por todas partes, tanto que me sentía anonadada, me ha dicho: "**¿Quién eres tú y quién soy Yo?**" Esas palabras me penetraban hasta la médula de los huesos y veía la infinita distancia que hay entre el Infinito y lo limitado, entre el Todo y la nada; y no sólo, sino que además veía la malicia de esta nada y de qué manera se había enfangado. Me parecía ser como un pez que nada en las aguas; así mi alma nadaba en la podredumbre, entre gusanos y entre tantas otras cosas capaces sólo de horrorizar al verlas. ¡Oh Dios, qué visión abominable! Mi alma hubiera querido huir ante la vista de Dios tres veces Santo, pero con otras dos palabras me sujeta, es decir: "**¿Cuál es mi Amor por tí? ¿Y cuál es el tuyo a Mí?**" Ahora bien, mientras que con las primeras palabras hubiera querido huir espantada de su presencia, con la segunda pregunta, "**¿cuál es mi Amor por tí?**", me he sentido sumergida, atada por todas partes por su Amor, ya que mi existencia es fruto de su Amor y si ese amor hubiera cesado, yo ya no habría existido. Por tanto, me parecía que el palpitar de mi corazón, mi inteligencia y hasta la respiración eran una reproducción de su Amor. Yo nadaba en El, y querer huir de El me parecía imposible, porque su Amor me rodeaba por todas partes".*

Estamos en presencia del infinito Misterio de Dios, de **"Aquel que ES"**, y su Voluntad palpitante de Amor por nosotros nos rodea por todas partes y en todas las cosas, hasta en lo más íntimo de nosotros mismos, esperando con los brazos abiertos que nuestra pequeña voluntad corra a su encuentro para abbrazarla y entregarse a ella por entero. Es un deber nuestro de criaturas reconocerlo y adorarlo, alabarlo y bendecirlo, dandole gloria y honor, dandole gracias y amandolo, como podría hacer un espejito ante el sol.

Y Luisa escribe por obediencia, al comienzo de su 2° volumen:

"En el sol yo veo una sombra especial de Dios: Lo veo como representado en ese astro, *come rey de todos los otros planetas.*

1°. ¿Qué cosa es el sol? No es más que un globo de fuego. Uno es el globo, pero muchos son los rayos, de modo que podemos comprender fácilmente que el globo representa a Dios, y los rayos son los inmensos atributos de Dios.

*2º. **El sol es fuego, pero a la vez es luz y es calor**, así que la Santísima Trinidad está representada en el sol: **el fuego es el Padre, la luz es el Hijo, el calor es el Espíritu Santo**, pero uno es el sol. Y como no se puede separar el fuego de la luz y del calor, así una es la potencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que entre Ellos no se pueden realmente separar. Y como el fuego produce al mismo tiempo la luz y el calor, de modo que no se puede*

concebir el fuego sin concebir también la luz y el calor, así no se puede concebir al Padre antes que al Hijo y al Espíritu Santo, y así recíprocamente los Tres tienen el mismo principio eterno…"

Y no es posible concebir nuestra existencia si no es partiendo de Dios. Pero digamos de una manera muy humana, ¿de dónde le ha venido a Dios el deseo de crearnos? ¿Y desde cuándo? *"Cuando venga el Consolador que Yo os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la Verdad que procede del Padre, El dará testimonio de Mí; y también vosotros daréis testimonio de Mí, porque habéis estado conmigo* ***desde el principio****"* (Jn 15,26-27). Así dijo el Señor a los Apóstoles en la última Cena, y no sólo a ellos, sino a todos, porque **el "principio" de que habla es la Voluntad del Padre**, de la cual parten todos los decretos de su Querer eterno. Y el testimonio es que a El le debemos nuestra existencia y todas las cosas: en el Hijo el Padre nos ha visto, nos ha amado como hijos y nos ha creado. Como dijo San Pablo: *"En El vivimos, nos movemos y existimos, porque linaje suyo somos"* (Hechos 17,28).

Y ahora demos una primera mirada al Proyecto eterno de Dios.

Dios no tenía necesidad de nada ni de nadie. La suya es una necesidad de desahogar su Amor. Todo lo que ha salido de Dios como amor debe regresar a El como respuesta a su amor. Dependiendo del misterio divino de las relaciones entre las Tres Divinas Personas (la *generación* del Hijo y la *"procesión"* del Espíritu Santo), el primer decreto eterno de su Querer ha sido la Encarnación del Verbo, Nuestro Señor Jesucristo. Pero con El ha sido eternamente querida y concebida, en medio de las Tres Divinas Personas, Aquella que había de ser su Madre, la Stma. Virgen.

De Ella sin embargo Dios ha hecho depender la Encarnación del Hijo de Dios. María ha sido siempre perfectamente libre en su respuesta a Dios. Dios se ha "jugado" todo con la libre respuesta de María, sólo por amor, la sola respuesta digna de Dios. Sin Ella no habríamos tenido ni Redentor ni Redención, sin Ella no habría habido ni una página del Evangelio. Más aún: puesto que la misma Creación de todos nosotros y de todo lo que existe debía depender de la Encarnación del Verbo Divino, la consecuencia es que Dios ha hecho que la misma existencia de la Virgen y de todos nosotros dependiera del ***"sí"*** divino de María.

En el Acto eterno y a la vez histórico de la Encarnación, junto con la Humanidad adorable de Nuestro Señor, su Amor le ha hecho concebir en Sí a todas las almas, en primer lugar la de su Madre, rodeandola de todos sus méritos y preservandola de toda mancha de pecado: María es la primera redimida, si bien de un modo diverso del nuestro. María redimida, para que el pecado no pudiera tocarla; mientras que nosotros hemos sido liberados del pecado, en el que hemos venido a la existencia. El haber nacido tantos siglos

después de nuestros primeros padres no significa nada, pues Ella junto con su Hijo son antes, en el orden de "causa-efecto", y por ellos la Justicia Divina no destruyó a Adán y a toda su descendencia y toda la Creación, que por el pecado del hombre ya había perdido su finalidad. El pecado original fue la peor catástrofe de toda la Historia de la Creación, la cual hubiera debido desaparecer, porque el hombre y la mujer ya no eran hijos de Dios, para los cuales había sido creada: se habían rebelado contra Dios, que tanto los había colmado de bienes. Por eso, en aquel preciso instante toda la Naturaleza se rebeló contra el hombre.

Ya vimos que el pecado personal de nuestro primer padre Adán lo separó de Dios con todas las consecuencias, y de ser *hijo de Dios* por Gracia se hizo rebelde y extraño a Dios. Arrepentido, pudo solamente ser admitido como *siervo* y, riquísimo como era, cayó en la más grande miseria…

Y así, por envidia del demonio entró el pecado en el mundo y por el pecado entraron todos los demás males y la muerte: *"Sí, Dios ha creado al hombre para la inmortalidad; lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Pero por envidia del demonio la muerte ha entrado en el mundo; y la experimentan los que le pertenecen"* (Sab 2,23-24). Y San Pablo dice: *"La Creación misma espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios; pues ha sido sometida a la caducidad –no por su querer, sino por el querer del que la ha sometido– y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Bien sabemos que toda la Creación gime y sufre hasta ahora en los dolores del parto; y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente esperando la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo"* (Rom 8,19-23).

Si Dios no destruyó la Creación es porque sabía que un día se había de encarnar su Hijo, que junto con su Madre Inmaculada eran aquellos por los cuales Dios Padre creaba todo. Jesús y María un día habrían reparado el daño del pecado y nos habrían salvado a todos nosotros, mediante la Redención, haciendonos de nuevo hijos de Dios y herederos y reyes de todo lo creado.

****

8 de Junio - Nuestra parte en el Proyecto de Dios

Queridos hermanos, contemplando el misterio divino de la Stma. Trinidad, celebrado el pasado domingo, podemos decir que el Padre ha concebido en Sí un maravilloso Proyecto, el Hijo es el Proyecto y lo lleva todo en Sí, y el Espíritu Santo realiza ese Proyecto eterno y lo despliega en el tiempo.

Continuando el tema, demos ahora una mirada rápida al esquema de los Decretos y de las Obras de Dios. Ya vimos como la Voluntad Divina de la

Stma. Trinidad se desarrolla en un único Acto absoluto, infinito, eterno de Amor. Cada decreto de Dios se conecta a todos los demás siguiendo un orden de causa-efecto: forman como un motor que "gira" en torno al decreto central, la Encarnación del Verbo. Podemos imaginar que sean como un reloj que indica, no las horas del día, sino el desarrollo de la historia sagrada, independientemente del tiempo, siguiendo el orden de causa–efecto: de cada decreto procede otro. En ese sentido, antes de considerar lo que Dios hace, consideremos lo que Dios es:

- El punto de partida es lo que la Divina Voluntad es en la Stma. Trinidad,
- el centro del Proyecto es el Verbo Encarnado,
- y la finalidad es el Reino de Dios en el hombre con el don del Divino Querer.

Repetimos que Dios no tenía necesidad de nada ni de nadie. Dios es infinita Bondad que se da. La necesidad que ha sentido es la de desahogar su Amor. Todo lo que ha salido de Dios como amor debe regresar a Dios como respuesta a su Amor.

La Revelación enseña que en el misterio de la Vida de las Tres Divinas Personas, el Padre engendra al Hijo, su propia Imagen o Verbo Divino (*"Lógos"*), y de su recíproco Amor procede la Persona del Espíritu Santo, es decir, el Espíritu Santo es precisamente su vínculo, su Amor. Así, de la "competición" de amor de las Divinas Personas procede **el decreto eterno** de la Encarnación del Verbo, por motivo del cual Dios ha decretado sus Obras externas (*"ad extra"*): la Creación, la Redención y la Santificación.

Por eso, el Hijo de Dios se ha hecho criatura, se ha hecho hombre, Jesucristo, para estar a la cabeza de toda la Creación, *el Primogénito* entre todas las criaturas que existimos por El y para El; para ser nuestro Redentor y para ser el Rey de reyes. En El, Padre nos ha visto a todos, en primer lugar a María, como *"Segundogénita",* para que fuese su Madre y nuestra Madre, colaboradora en la obra de la Redención, y fuese la Reina junto al Rey: criatura eternamente concebida en el seno de la Stma. Trinidad.

Así pues, junto con la Naturaleza humana del Verbo Encarnado (1° decreto), ha sido querida y creada su Madre, la Stma. Virgen (2° decreto); y por motivo de ambos ha sido decretada la entera humanidad: para El debíamos ser como su Cuerpo Místico, del cual El es la Cabeza (3° decreto). Ha querido tener además de su Cuerpo personal, físico, otro Cuerpo suyo Místico, para multiplicar en él su vida, su amor, su gloria, El mismo, en cada miembro de ese Cuerpo, en cada uno de nosotros.

Por motivo del cual Dios ha querido crear el Cielo y la tierra, todas las cosas "visibles e invisibles", en primer lugar los Angeles y todos los demás seres de la Creación (4° decreto): *"Todo es vuestro, pero vosotros sois de*

Cristo y Cristo es de Dios". "Pues –dice San Pablo – *¿a cuál de los ángeles Dios ha dicho: Tú eres mi hijo; hoy te he engrendrado? E igualmente: Yo seré para él padre y él será para Mí hijo?* (…) *¿No son todos ellos espíritus encargados de un ministerio, enviados para servir a aquellos que deben heredar la salvación?"* (Hebreos 1,5.14). Pero esas criaturas espirituales (los ángeles y los hombres), dotados de inteligencia y de voluntad libre y por tanto libres y responsables, llamados a participar en la relación de amor de las Divinas Personas, debían de dar a Dios su respuesta personal: por eso era necesaria la prueba (5° decreto). Y en la prueba Dios había previsto –para Dios todo está presente– y sabía que una parte de esos seres espirituales (ángeles y hombres) no habrían sido fieles, sino que habrían rechazado a Dios por afirmarse ellos mismos, se habrían rebelado volviendose demonios y condenados, saliendo del Proyecto Divino en lo que de ellos depende. Pero el mal no puede impedirle a Dios ser bueno y darles también a ellos el bien de la existencia, con todo lo que forma parte de su naturaleza. Los que se condenan se privan de Dios y de todo bien para siempre (6° decreto).

Por eso el Verbo Encarnado ha querido en primer lugar volver a poner en orden la Obra de la Creación y salvar a los hombres, creados para que fueran miembros de su Cuerpo; ha venido para reincorporarlos a El, *"para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos"* (Jn 11,52). Esa es la Obra de la Redención mediante su Cruz y perpetuada en la Santa Misa (7° decreto).

La Fe es la respuesta a la Verdad en la medida que la conocemos, por lo cual *"sin la fe es imposible agradar a Dios; quien se acerca a El debe creer que El existe y que recompensa a los que lo buscan"* (Hebreos 11,6).

Los que están incorporados a Cristo están espiritualmente vivos: esa participación a su Vida es la Gracia, la Vida divina en nosotros. De esa forma empieza en nosotros una nueva Creación, que es la Obra de la Santificación (10° decreto), la cual es tomar parte en la relación de amor entre el Hijo y el Padre, relación que es obra del Espíritu Santo, que en nuestro corazón nos hace exclamar *"¡Abba, Padre!"* (Rom 8,15). Es la respuesta del hombre al Amor de Dios, la correspondencia libre a la Gracia que Dios nos ofrece. En eso consiste ser santos, vivir como hijos de Dios (11° decreto).

La Gracia es vida divina sobrenatural, y como tal ha de crecer, igual que pasa con la vida natural: no puede detenerse en la edad infantil, permaneciendo aún en el temor y en el viejo espíritu de siervos, sino que debe madurar como espíritu filial y mentalidad de hijos, es más, del Hijo, que no se reserva nada para El, ni un pensamiento, sino todo para el Padre, con el Padre, en la Voluntad del Padre. En eso consiste su Reino, la meta, el fin de todas las cosas, de la Obra de Dios (12° decreto).

Sólo así todo lo que ha salido de Dios ha de regresar a Dios.

Hémos visto pues como en una mirada rápida todo lo que Dios quiere, el Proyecto de su Amor del que formamos parte. Y así como Moisés antes de morir contempló desde lo alto la Tierra prometida, también nosotros hemos contemplado todo lo que contiene la Divina Voluntad, de lo cual quiere que participemos, nuestra gran Herencia, y cada vez más debemos contemplarlo.

Para eso sirve lo que muchos ya conocen como *"pasear"* en la Divina Voluntad, es decir, recorrer toda la obra de la Creación, de la Redención (en particular con *"las Horas de la Pasión"*) y de la Santificación, para poner nuestra pequeña firma donde Dios ha puesto la Suya, nuestro pequeño *"te amo"* donde Dios ha puesto Su infinito *"Te amo"* dicho a cada uno de nosotros y de esa manera recibir todo lo que El quiere darnos.

Y así como toda gracia Dios ha querido que nos llegue por medio de María, nuestra Madre, así, en esta maravillosa "escuela de Luz", el Señor ha querido que toda esa Luz, Amor y Vida nos llegue por medio de su "pequeña Hija", Luisa Piccarreta, a través de su vida y de sus Escritos, Libro de Cielo.

Luisa ha dejado su testimonio, su maravillosa lección en el capítulo del 10 de Mayo de 1925 (volumen 17°), en el que dice:

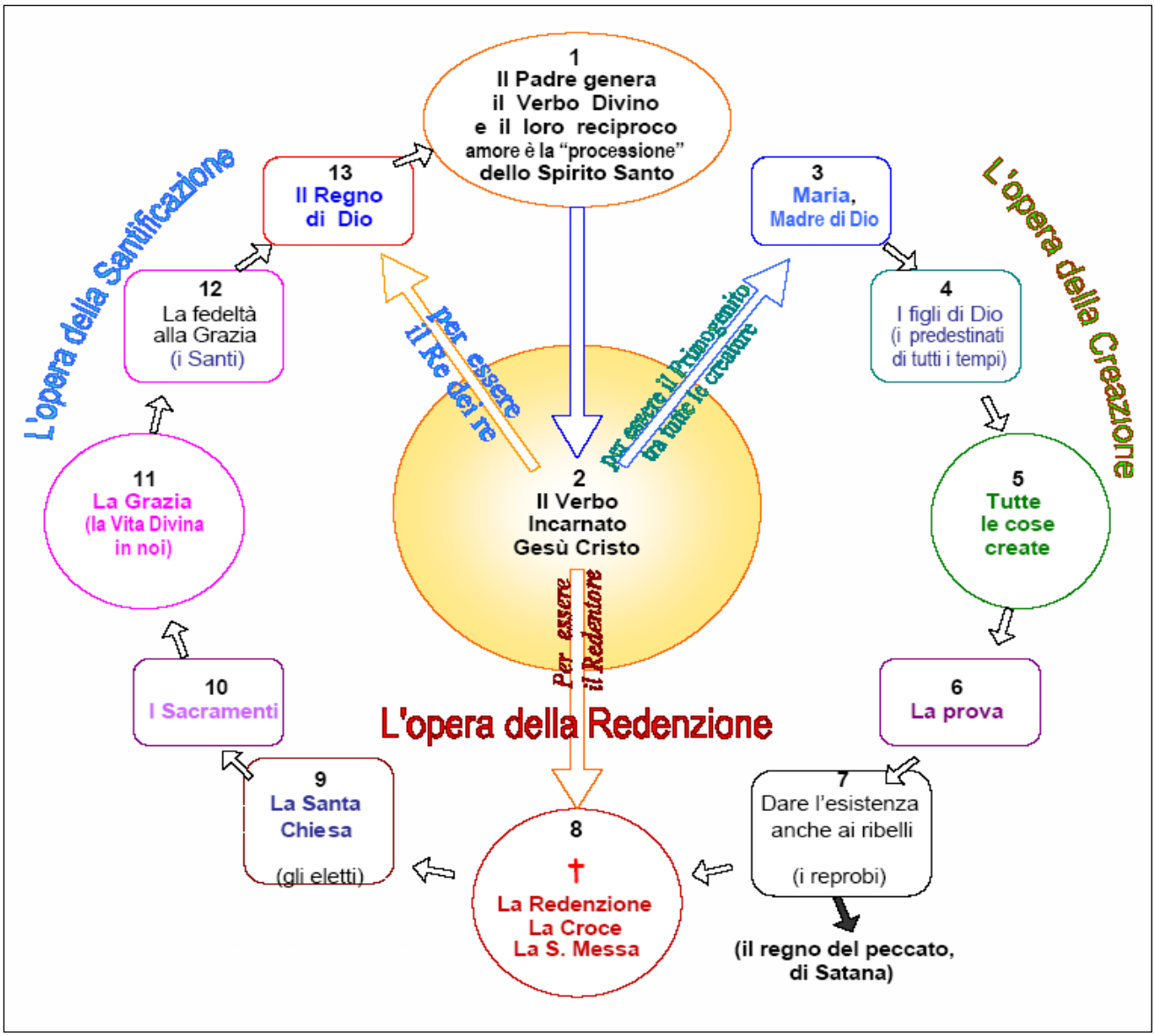
> *"Muchas veces en mis escritos digo: "Me estaba* ***fundiendo en el santo Querer Divino****", y no explico más. Ahora, obligada por la obediencia, digo lo que me sucede al fundirme…"* Y al final el Señor le dice:
>
> *"Hija mía, ese vacío* (que ves) *es mi Voluntad, puesto a tu disposición, que debería llenarse de tantos actos por quantos habrían hecho las criaturas, si hubieran cumplido nuestra Voluntad. Este vacío inmenso que ves representa nuestra Voluntad y salió de nuestra Divinidad para bien de todos en la Creación, para hacer felices a todos y a todo; por tanto era como una consecuencia que todas las criaturas debían de llenar ese vacío con la correspondencia de sus actos y con la entrega de su voluntad a su Creador. Y no habiendolo hecho, haciendonos la ofensa más grave, te llamamos por eso a tí con una misión especial, para recibir la reparación y la correspondencia por lo que los demás nos debían. Por eso es por lo que* ***primero te preparamos con una larga serie de gracias y luego te preguntamos si querías vivir en nuestra Voluntad, y tú aceptaste con un «Sí», atando tu voluntad a nuestro Trono, sin quererla conocer más****, ya que voluntad humana y Divina no se reconcilian ni pueden vivir juntas* [o sea, cada una con su propio querer]. *Así que ese* ***«Sí»****, o sea tu voluntad, existe fuertemente atada a nuestro Trono. Por eso tu alma, como niñita pequeña, se siente como atraida ante la Majestad Suprema, porque saliendo tu querer ante Nosotros, que como un imán te atraemos, tú, en vez de mirar tu voluntad, te ocupas sólo de traer a nuestro regazo todo lo que has podido hacer en nuestra Voluntad y depones en nuestro seno nuestra misma Voluntad, como*

el homenaje más grande que nos es debido y la correspondencia más grata para Nosotros. Por tanto el no ocuparte de tu voluntad y el sólo Querer nuestro que vive en ti nos pone de fiesta. Tus pequeños actos hechos en nuestro Querer nos dan las alegrías de toda la Creación, y así parece que todo nos sonría y nos haga fiesta. Y al verte bajar de nuestro Trono, sin mirar siquiera tu voluntad, llevandote la Nuestra, es para Nosotros la alegría más grande. Por eso te digo siempre: sé atenta en nuestro Querer, porque en El hay mucho que hacer, y cuanto más hagas, tanta mayor fiesta nos harás y nuestro Querer se derramará a torrentes en ti y fuera de ti".

****

EL ORDEN DE LOS DECRETOS DEL ACTO ÚNICO Y ETERNO DEL QUERER DIVINO

Contemplemos como en panorámica el orden (causa → consecuencia) de los Decretos divinos del Acto único y eterno del Querer de Dios.



Todas sus obras están eternamente presentes y contenidas en el ***"Fiat"*** Divino, "la gran rueda de la eternidad" en que hemos sido creados y donde Dios nos pide que entremos, para volver *"al orden, a nuestro puesto y a la finalidad para la que nos ha creado"*, como vemos en el título che el Señor ha dado a los volúmenes de Luisa, *"Libro de Cielo".*

En estos Decretos Dios nos espera para que paseemos con El, como hacía con Adán, *"en la brisa de la tarde"* (Gén 3,8), y tomemos posesión de todo: para reconocer su maravillosa Voluntad en todas sus obras y ***adorarlo***, para admirar su Sabiduría y su Belleza y ***alabarlo***, para recibir todos los bienes de su Providencia y ***darle las gracias***, para dejar que nos alcance su eterno Amor y ***amarlo***, para responder en nombre de todos, ***excusandolos y reparando*** por ellos, y para pedir en nombre de todos el fruto supremo y la finalidad de todas las obras de Dios, ***que venga su Reino*** *"así en la tierra como en el Cielo"*.

Somos llamados a unirnos a la Voluntad Divina que ha establecido su eterno Proyecto Divino, el cual a partir de la Encarnación se desarrolla en todas sus obras: en la Creación, la Redención y la Santificación. En la cuales nos espera para que la adoremos, la bendigamos, dandole honor y gloria, le demos gracias y respondamos a su Amor, invocando su Reino en nombre de todos.

De esta manera es como todo lo que ha salido de Dios debe volver a Dios por medio de su destinatario, que es el hombre.

****

11 de Junio - La Eucaristía en el Proyecto de Dios

Queridos hermanos, la Fiesta del *"Corpus Christi"* es la de la presencia del Señor en la Eucaristía, realmente vivo con su Cuerpo y Sangue, Alma y Divinidad. La Iglesia celebra la fiesta de la Eucaristía tres semanas después de haber celebrado la Ascensión del Señor. Al final de su vida terrena, cuarenta días después de su Resurrección, Jesús *"subió al Cielo, está sentado a la derecha del Padre, y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su Reino no tendrá fin"*. Pero El ha dicho *"Yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos"* (Mt 28,20), sabiendo que sin El no podemos hacer nada. Así, en su última Cena, el Señor instituyó la Eucaristía para quedarse **con nosotros** bajo la apariencia del pan y del vino consagrados, realmente presente y vivo en Ella, con toda su Vida, con el fin de formarla **en nosotros**, en su Iglesia.

La Iglesia celebra esta Fiesta, para dar público testimonio de fe y de adoración al Señor presente entre nosotros con una solemne procesión. La primera procesión del *Corpus* la hizo la Stma. Virgen en su Visitación a Isabel, llevando en su seno materno al Verbo Encarnado. La finalidad de la Eucaristía

es formar la Presencia y la Vida de Jesús en nosotros, hacer de nuestra vida una Misa, una Comunión y una continua procesión del *Corpus*, llevandolo como María a todos nuestros hermanos.

El pan de harina de trigo (la hostia) y el vino de uva en el cáliz son la "materia" del Sacramento, que en la Misa se transforman en su verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. De la pequeña hostia y del vino queda sólo el aspecto material o "accidentes" (color, sabor, forma, etc.), lo que nuestros sentidos perciben. Este milagro es llamado *"transustanciación",* porque cambia la sustancia, cuando el Sacerdote –es decir, Jesús por medio del Sacerdote– pronuncia las palabras de la Consagración que El dijo en su última Cena: *"**Este es mi Cuerpo**", "**Este es el cáliz de mi Sangre**".* De esa forma Jesús hace presente de un modo sacramental su Vida entera y el Sacrificio que horas más tarde habría consumado en la Cruz, además de su misma Resurrección.

Eso era la Misa, que siempre es una sola, pero que se hace presente cada vez que se celebra –y por eso se dice "memorial"– con el fin de implicar a toda la Iglesia, a cada uno de nosotros, en el misterio de su Amor en el que ofrece al Padre el Sacrificio de Sí mismo en nuestro favor.

Pero la Misa, celebrada por el Señor en su última Cena y realizada a continuación sobre el Calvario, tiene un origen eterno: podemos decir que nació como fruto de la "competición" de Amor entre las Divinas Personas, entre el Padre y el Hijo. Jesús, *"llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"* (Jn 13,1), lo cual significa que su amor al Padre, inseparable del amor a sus hermanos, llegó al extremo del heroismo, *"los amó hasta el fin"*. De hecho Dios, después de haber *"amado tanto al mundo que le dió su Hijo unigénito, para que el que crea en El no muera, sino que tenga la vida eterna"* (Jn 3,16), ¿qué más podía dar? Y el Hijo, después de que *"se anonadó, tomando la condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre, se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil 2,7-8), ¿qué más habría podido hacer para superar aún su mismo Amor? Por eso la Misa, que ha nacido eternamente en el centro del Corazón de Dios, en su Voluntad, llega al infinito, es lo máximo que su Amor ha sido capaz de hacer. Por eso digo que el Hijo de Dios se habría encarnado en todo caso, aunque sólo fuera para "celebrar" la Misa como gesto supremo de su Amor. Y esa respuesta de Amor infinito al Padre no quiere darla El solo, sino junto con todo su Cuerpo Místico, ¡quiere que sea respuesta de todos nosotros!

¡Qué lástima, que casi siempre tantos fieles y también tantos celebrantes la reduzcan a una ceremonia, a un rito litúrgico, a una norma, a una costumbre, a un deber, incluso a una obligación porque faltar a ella es pecado grave! ¿Y

dónde está el amor? ¿Y dónde está la vida? ¿Dónde está el Señor? En verdad, como El dijo con tanto dolor: *"este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí; en vano Me rinden culto, enseñando doctrinas que son preceptos humanos"* (Mt 15,8-9)

Por desgracia nuestra atención y nuestro pensamiento en la Misa no saben ir más allá de la "envoltura" –digamos–, más allá de la ceremonia, de la celebración litúrgica, del rito. Es como tener en cuenta sólo los "accidentes" de la Hostia: la forma, el color, lo que perciben los sentidos, sin pensar en la "sustancia", o sea, a la Realidad oculta bajo esas cosas accidentales, en la Presencia real y viva de Nuestro Señor y en lo que El hace, a su Vida entera, a su Sacrificio, a su Amor, y al por qué lo hace.

Y atención: ese pedacito de pan, esa pequeña Hostia contiene al Señor, pero NO es El, NO es Dios; lo cubre, pero NO ES, así como un vestido NO es la persona que con él se viste. El Señor *no se hace pan, no se hace vino*, sino que se hace presente y se oculta en ese pan y vino, que una vez consagrados ya no son pan ni vino; del pan y del vino quedan tan sólo "los accidentes", es decir, el color, el sabor, la forma, pero la Realidad que cubren es el Señor. Y si esos "accidentes" sacramentales de lo que fue pan o de lo que fue vino ***se alteran o si dejan de tener su finalidad o no pueden ya cumplirla,*** el Señor se retira, cesa su Presencia Eucarística. Eso es lo que pasa después de recibir la Comunión, al cabo de unos 10 o 15 minutos, cuando de esa Hostia no queda nada, absorbida por el organismo. ¡Qué maravilla de su Amor! Una transfusión de sangre o el trasplante de un órgano son nada en comparación con el Don de Sí que nos hace el Señor, que comparte con nosotros todo, incluso su ADN. No somos nosotros los que lo transformamos, como pasa con los alimentos, sino El es el que nos transforma en Sí, si no le ponemos obstáculo, si no damos vida a nuestro querer humano. ¡Ese es el secreto!

Jesús le dice a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta el 27.03.1923:

> *"Hija mía, ven a mis brazos y hasta dentro de mi Corazón. Me he cubierto con los velos eucarísticos para no causar temor. He bajado al abismo más profundo de las humillaciones en este Sacramento para elevar a la criatura hasta Mí, identificandola tanto en Mí que forme una sola cosa conmigo, y haciendo que mi sangre sacramental corra en sus venas, ser Yo vida de su palpitar, de su pensar y de todo su ser. Mi amor me devoraba y quería devorar a la criatura en mis llamas, para hacerla renacer como otro Yo. Por eso quise ocultarme bajo estos velos eucarísticos y así escondido entrar en ella,* ***para realizar esa transformación de la criatura en Mí****. Pero para que suceda esa transformación se necesitaban las disposiciones por parte de las criaturas, y mi amor, llegando al exceso, al instituir el Sacramento eucarístico preparaba de dentro de mi Divinidad otras gracias, dones,*

favores, luz, para bien del hombre, para hacerle digno de poder recibirme. Podría decir que preparé tantos bienes que superan los dones de la Creación. Quise ***primero darle las gracias para poder recibirme y después darme****, para darle el verdadero fruto de mi Vida Sacramental. Pero para prevenir con esos dones a las almas, es necesario un poco de vacío de ellas mismas, que odien la culpa, que deseen recibirme. Esos dones no bajan a la podredumbre, al fango; por tanto sin mis dones no tienen verdadera disposición para recibirme, y Yo, al bajar a ellas, no hallo el vacío en el que comunicar mi Vida. Estoy como muerto para ellas y ellas muertas para Mí; Yo ardo y ellas no sienten mis llamas, soy luz y ellas siguen cegadas. ¡Ay, cuántos dolores en mi Vida sacramental! Muchos, por falta de disposiciones, no experimentan ningún bien recibiendome, llegan a nausearme, y si siguen recibiendome es para formar mi continuo calvario y su eterna condenación. Si no es el amor lo que las mueve a recibirme, es una afrenta más que me hacen, es una culpa más que añaden a sus almas. Por eso reza y repara por tantos abusos y sacrilegios que se cometen al recibirme sacramentado."*

Por tanto, la Eucaristía es ante todo el ***SACRIFICIO*** de Cristo, su ***PRESENCIA*** y la ***COMUNION*** que nos ofrece de El. ***Por*** nosotros, ***con*** nosotros, ***en*** nosotros. Lo que Jesús hizo ***por*** nosotros lo hace presente, estando ***con*** nosotros, con el fin de vivir y reinar ***en*** nosotros, ya que la vida de Jesús se desarrolla (digamos) en tres dimensiones: ***histórica*** (por nosotros)***, eucarística*** (con nosotros) y ***mística*** (en nosotros). En esa pequeña Hostia consagrada Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre, está presente con su Encarnación y su Nacimiento, su vida oculta de 30 años y su vida pública, su Pasión y muerte y su Resurrección, con sus enseñanzas y sus milagros, con sus alegrías y sus penas, con su dolor y su infinito Amor.

Por eso el Señor ha dicho: *"si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré el último día. Porque la mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre vive en Mí y Yo en él. Como el Padre, que tiene la vida, me ha mandado y Yo vivo por el Padre, así el que come de Mí vivirá por Mí. Este es el pan bajado del cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron. El que coma de este pan vivirá para siempre"* (Jn 6,53-58).

Pero la Comunión, para que produzca esa transformación maravillosa y podamos decir con San Pablo *"ya no soy yo que vivo, sino Cristo vive en mí"* (Gál 2,20), ha de ser recíproca, porque "a quien todo da todo se le da". También nosotros debemos darle todo: lo que somos, lo que tenemos, lo que hacemos. Todo ***por*** El, ***con*** El y ***en*** El. Ese es el fin de la Eucaristía: Jesús quiere unirnos así a El, para compartir con nosotros todo el infinito Amor que le une al Padre,

El en nosotros y nosotros en El y corresponderle con su mismo Amor, haciendo que encuentre en nosotros otro Sí mismo, otro Jesús.

Que María, Madre de la Eucaristía y Madre nuestra, nos enseñe a amarle y a vivir por El, con El y en El.

****

16 de Junio - **El Corazón del Proyecto de Dios**

Queridos hermanos, después de la fiesta del *Corpus*, el siguiente viernes la Iglesia celebra la gran fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Si el Corazón de la Iglesia es la Eucaristía, el Corazón de la Eucaristía –o sea, de Jesús– es la Voluntad del Padre. Si recibimos a Ntro. Señor en la Eucaristía, la finalidad, el resultado debe ser tener **su mismo Corazón** y, como El, hacer que nuestra vida sea la Voluntad del Padre. Y al día siguiente la Iglesia contempla el Inmaculado Corazón de María, el mismo prodigio, el mismo Triunfo de la Divina Voluntad, ¡su Reino! Ahora nos toca a nosotros tomar parte en su Triunfo, ***obtener*** con la oración y con todos los medios divinos a disposición que venga su Reino y la total derrota del reino infernal, que la voluntad de hombres sin Dios guiados por el demonio quiere imponer en el mundo.

Hermanos míos, ¿qué cosa distingue a un edificio o una casa cualquiera de una iglesia o una capilla, tal vez idénticas como construcción…? **¡El altar!** ¿Y qué cosa es un altar y para qué sirve? Es el lugar en que *ofrecemos* a Dios algo nuestro y donde a su vez El *nos ofrece* algo suyo. En la Misa nosotros le ofrecemos en el ofertorio un poco de pan (una hostia) y un poco de vino, y el Padre Divino nos ofrece en la Consagración a su Hijo sacrificado por nosotros, para que lo recibamos en la Comunión. En el ofertorio debemos presentar a Dios y ofrecerle nuestro ser, nuestras cosas, nuestra vida junto con el pan y el vino, y Dios en cambio nos presenta y nos ofrece su Vida, transformando para nosotros ese pan y vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de su Hijo. Por tanto, en el altar en que se celebra la Misa tiene lugar un maravilloso intercambio, un "admirable comercio", como lo llama la Iglesia. En él es donde debe realizarse esa entrega recíproca entre Dios y los hombres.

También nosotros tenemos un "**altar**": el altar espiritual es nuestra voluntad; y el del cuerpo es nuestro corazón físico, del cual depende la circulación y la vida de todo el cuerpo. Es significativo el esquema de este órgano, formado por cuatro espacios internos separados por una pared vertical y otra –digamos– horizontal, en forma de cruz. Y que con su palpitar (contrayéndose y dilatándose rítmicamente para mandar la sangre y dar vida a todo el cuerpo) esté reproduciendo como su imagen el ***"me amas–te amo"*** eterno, infinito, que forma la Vida de las Divinas Personas en Dios.

Lo que llamamos corazón representa no sólo la sede de los sentimientos, de las alegrías y de las penas, del dolor y del amor, sino que es la sede de las intenciones y de las decisiones. *"Del corazón de los hombres salen las malas intenciones: fornicación, robos, homicidios, adulterios, egoismos, maldades, engaños, impureza, envidias, calumnias, soberbia, necedad. Todas esas cosas malas salen de dentro y contaminan al hombre"* (Mc 7,21-23).

El Evangelio habla de los que tienen un corazón duro y de los que son puros de corazón. El corazón debería ser el lugar del encuentro con Dios, el lugar del encuentro con su Amor. Por eso Dios prometió: *"Os daré **un corazón nuevo**, pondré dentro de vosotros un espíritu nuevo, os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros y os haré vivir según mis normas y os haré observar y poner en práctica mis leyes"* (Ez 36,26-27).

Imaginemos ahora un papá que tiene un hijito; el niño sin embargo nació con su corazoncito dañado (eso representa el pecado original), por eso no podría vivir. Pero su papá, que está perfectamente sano y es un médico extraordinario interviene con una operación: se abre el costado (es lo que hizo Jesús en la Cruz) y de su corazón paterno conecta una vena, una arteria al corazón del hijo, que así puede vivir gracias al corazón de su padre. Esa conexión representa la Gracia. El pecado venial hiere esa conexión, el pecado mortal la interrumpe… Pero con el tiempo, el niño crece y llega un momento en que ese padre dice al muchacho: "hijo mío, me alegro de que tú estés vivo, que tú vivas unido a mí, pero no te veo fuerte, ni seguro, ni felíz como lo soy yo; si tú me lo permites, te propongo otra intervención: quisiera conectar todo mi ***ser*** al tuyo, mis ojos a tus ojos, mi boca a la tuya, mi mente a tu mente, mis manos a tus manos, incluso mi respiración a la tuya, de modo que yo viva en tí y tú vivas por medio mío y todo lo que es mío sea tuyo, ***tendremos*** todo en común, amaremos con un solo corazón, viviremos una sola vida… No ***haré*** yo nada sin tí, ni tú harás nada sin mí".

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, tiene un Corazón divino, la Voluntad de las Tres Divinas Personas, y un corazón humano, del cual ha dicho *"aprended de Mí, que soy manso y humilde de **corazón**, y hallaréis alivio para vuestras almas"* (Lc 11,29). El Sagrado Corazón humano de Jesús representa y contiene su Corazón divino.

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, tiene dos voluntades, una humana y otra Divina, y sin embargo no ha vivido una doble vida, unas veces como Dios y otras veces como hombre, pero siempre una sola vida de Hombre-Dios. Dos naturalezas, por tanto **dos voluntades perfectamente unidas en un solo querer, Divino**. Y en forma semejante es lo que ahora nos propone como don supremo de su gracia, para poder decir como El dijo al Padre: *"Todo*

lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío" (Jn 17,10).

Esa unión de voluntades se ve claramente en lo que ocurre en la Misa, cuando el celebrante pronuncia las palabras de la Consagración: es Jesús el que en ese momento las dice con la boca del sacerdote y la voluntad de uno y otro se identifican, son una sola y realizan el prodigio de la Eucaristía. En ese momento sucede un milagro doble: no sólo el pan y el vino se convierten en Jesús realmente presente, sino también el sacerdote: en ese momento no es él, sino que se hace una sola cosa con Jesucristo. Así debería ser para él y para cada uno de nosotros 24 horas cada día, en cada cosa. Ese es el ideal divino, su sueño de amor, la finalidad de todo, **ese es su verdadero Reino**.

Ya estaba en embrión, representado en la Santa Iglesia de los primeros tiempos: *"La multitud de los que habían adherido a la fe tenía **un solo corazón y un alma sola** y nadie decía que era propiedad suya lo que le pertenecía, sino que todo entre ellos era común"* (Hechos, 4,32). Pero esa unidad tropieza con el obstáculo del querer humano de cada uno, que quiere vivir separado del Querer Divino: de ahí viene toda la fatiga y la lucha que vive la Iglesia en cada miembro suyo.

Por eso San Pablo exhorta casi desde el principio: *"Os exhorto yo, prisionero en el Señor, a comportaros de manera digna de la vocación que habeis recibido, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportandoos unos a otros con amor, tratando de conservar **la unidad del espíritu** con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo, un solo espíritu, como una sola es la esperanza a la que sois llamados, la de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios Padre de todos, que está por encima de todos, obra por medio de todos y está presente en todos"* (Ef 4,1-6).

Le faltó añadir la palabra "un solo Corazón", donde dice "un solo Señor", pero va incluido.

Este ideal divino, el sueño de su amor, su verdadero Reino está realizado perfectamente en el Corazón Inmaculado de María. Jesús dice en el 2° Volumen de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta el 04.07.1899:

> *"**Mi Reino estuvo en el Corazón de mi Madre**, y eso fue porque su Corazón nunca estuvo agitado lo más mínimo, tanto que en el mar inmenso de la Pasión sufrió penas indecibles, su Corazón fue traspasado de parte a parte por la espada del dolor, pero no recibió el mínimo soplo de turbación. Por tanto, siendo mi Reino un reino de paz, pude extenderlo en Ella y sin obstáculo alguno libremente reinar".*
>
> Y el 6.1.1900 Luisa dice: *"Esta mañana he recibido la Comunión y, encontrándome con Jesús, estaba presente la Mamá y Reina y, oh, qué maravilla, miraba a la Madre y veía **el Corazón de Ella** convertido en el Niño Jesús, miraba al Hijo y veía en **el Corazón del Niño** a la Madre…"*

El Triunfo del Corazón Inmaculado de María, prometido por Dios desde el principio, a continuación del pecado de Adán y Eva, no es sino el Triunfo de la Divina Voluntad como ha sido en Ella hace veinte siglos, y que ahora se ha de cumplir en sus hijos**:** es el cumplimiento en nosotros del Reino prometido.

El Corazón de Jesús manifiesta el Corazón del Padre. *"El que me ve a Mí ve al Padre",* ha dicho, y yo digo: "tienes razón, Señor, pero, si me permites…, falta algo para presentar la imagen completa del Padre". Me imagino que Jesús sonría y diga: "ya sé lo que quieres decir: si no está mi Madre, su Corazón Inmaculado unido a mi Corazón Divino, no sería completa la manifestación del Corazón del Padre". Los Corazones de Jesús y de María, juntos, nos revelan el Corazón del Padre. Si la Iglesia celebra la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y al día siguiente la del Corazón Inmaculado de María, es porque son inseparables en su unidad. Esos dos Corazones juntos nos muestran el Corazón Divino del eterno Padre. ¡A El, a su Voluntad es adonde nos quieren llevar!

Deseo expresarlo con las palabras de un canto:

"Oh Jesús, en tu Corazón Santo vive la Divina Voluntad, es la Fuente de todo en tu vida, de tus bienes y felicidad. – Viviré en tu Corazón Sagrado para amarte como amas Tú, quiero siempre esconderme en tu vida, en tu Querer santo, oh Jesús. – Que tu Reino venga a la tierra, que se cumpla esta Voluntad, que sea vida de todas las criaturas, como es vida de la Trinidad".

Hermanos míos, la vida procede del continuo palpitar del corazón, y antes que de nuestro corazón físico, viene del incesante *"Te amo"* del Corazón de Dios, que espera nuestra respuesta, y no recibiendola, el amor se convierte en dolor. Por eso todo el tiempo de nuestra vida, en cada istante, debemos darle esta respuesta de amor a Dios: ese es el verdadero sentido de la vida, su realización. E ese es el fin de la Misa: unirnos a la perfecta respuesta de amor que por todos nosotros Jesús le da al Padre.

****

22 de Junio -

El Milagro más grande, el fín del Proyecto de Dios

Queridos hermanos, después de los últimos temas en que hemos hablado del Proyecto de Dios, hoy hablamos del **Milagro más grande, cuando el Querer Divino es vida de la criatura**. Sólo vamos a presentarlo, escuchando lo que el Señor dice en los escritos de Luisa Piccarreta. Y ella dice:

> "…Jesús, saliendo de mi interior, poniendose de pie, apoyaba sus pies sobre la parte de mi corazón y, agitando la mano, que más que el sol despedía luz, gritaba fuerte: *"¡Venid, venid todos, ángeles, santos, vivientes de la tierra, todas las generaciones, venid a ver los prodigios y* ***el más grande milagro nunca visto, mi Querer que obra en la criatura****!"* A la voz sonora,

melodiosa y fuerte de Jesús, que llenaba Cielos y terra, los Cielos se han abierto y todos han acudido en torno a Jesús y me miraban a mí, para ver cómo obraba la Divina Voluntad. Todos se quedaban extasiados y le daban las gracias a Jesús por tan gran exceso de su Bondad. Yo me he quedado confundida y súmamente humillada y le he dicho: *"Amor mío, ¿qué haces? Me parece que quieres mostrarme a todos, para que todos me señalen; ¡qué repugnancia siento!"* Y Jesús: *"Ah, hija mía, es mi Querer, que quiero que todos conozcan y que todos señalen como nuevo Cielo y medio de nueva regeneración; y tú quedarás como sepultada en mi Voluntad…"* (Volumen 15°, 5 de enero 1923)

¿Cuál será el milagro más grande? Para nosotros, tal vez, salvarse de un grave peligro, darle la vista a un ciego, resucitar un muerto... ¿Y para Dios? Todo lo que El hace no es extraordinario ni dificil para El, lo es solamente para nosotros… Dios hace todo lo que ***quiere***, depende sólo de El; mientras que lo que ***desea*** depende también de nosotros.

El más grande milagro tendrá que ser algo extraordinario para El, algo que sea muy dificil y costoso para El. Eso quiere decir, hacer algo que no sólo dependa de El, sino al mismo tiempo también de una criatura libre. Poner de acuerdo su Voluntad y la nuestra… Obtener un verdadero acto de fe o bien una conversión: ¡éso sí que es un gran milagro!

Pero no basta: los que para nosotros son milagros se limitan siempre a una o a pocas personas y ocurren en un determinado momento, y después basta, queda el recuerdo… Para que sea el milagro más grande, debe tener también un alcance universal y una duración eterna. Por eso, el milagro más grande ha sido la colaboración de María, que ha obtenido la Encarnación del Verbo y nuestra salvación.

Sin embargo, pensandolo bien, aunque eso sea el mayor milagro posible, no es el que más le cuesta a Dios, no es el más dificil para Dios, porque María siempre ha sido dócil.

Pero lograrlo con nosotros… nacidos en el pecado, con todos nuestros defectos y terquedad, con toda nuestra concupiscencia desordenada, con toda nuestra voluntad inclinada a hacer siempre lo que le da la gana…, si Dios lo consigue, ¡eso sí que es el más grande milagro, el máximo triunfo de Dios! Es lo máximo para Dios: **¡ni siquiera es que El pueda vivir en la criatura, sino que la criatura pueda hacer con Dios lo que hace Dios**!

EL MILAGRO MAS GRANDE es que una criatura libre, como es el hombre, haga la Voluntad de Dios, nada menos. ¡Y no sólo haga lo que Dios quiere, sino que en sí mismo ***le dé vida a esa Voluntad que es la Vida misma de Dios***! Es decir, que no sólo obedezca haciendo lo que Dios quiere, sino que viva en la Divina Voluntad, como Dios vive, *"así en la tierra como en*

el Cielo". "Para que como es El, así seamos nosotros, ***en este mundo****"* (1ª Jn 4,17). Por eso ha de venir su Reino, todavía ha de ser una realidad en la tierra. Como lo es en el Cielo.

> *"Hija mía* –dice el Señor–*, mi Voluntad es la Santidad de la santidad. De modo que el alma que hace mi Voluntad según la perfección que Yo te enseño, así en la tierra como en el Cielo, por más que fuera pequeña, ignorante, ignorada, deja atrás incluso a los otros Santos, a pesar de sus prodigios, de las conversiones más estrepitosas, de los milagros; es más, comparando las almas que hacen mi Voluntad, son reinas y todas las otras como si estuvieran a su servicio. El alma que hace mi Voluntad parece que no hace nada, mientras que hace todo, porque estando en mi Voluntad esas almas actuan de modo divino, ocultamente y en forma sorprendente. Así que son luz que ilumina, son viento que purifica, son fuego que quema,* ***son milagros que hacen hacer milagros****... Los que los hacen son los canales; en estas almas reside la potencia. De manera que son el pie del misionero, la lengua del predicador, la fuerza de los débiles, la paciencia de los enfermos, el régimen y la obediencia de los súbditos, la tolerancia de los calumniados, la firmeza en los peligros, el heroismo de los héroes, el valor de los mártires, la santidad de los santos, y así de todo lo demás, pues* ***estando en mi Voluntad toman parte en todo el bien que puede haber en el Cielo y en la tierra****.*
>
> *Por eso, bien puedo decir que son mis verdaderas hostias, pero hostias vivas, no muertas, porque los accidentes que forman la hostia no tienen vida ni influyen en mi Vida; pero el alma que está en mi Divina Voluntad está llena de vida y, haciendo mi Voluntad, influye y toma parte en todo lo que hago Yo. Por eso me son más queridas estas hostias consagradas por mi Voluntad que las mismas hostias sacramentales, y si tengo un motivo para estar en las hostias sacramentales es para formar las hostias sacramentales de mi Voluntad."* (15.3.1912).

> Y el 12.11.1921 dice Luisa: *"****En esta santa Voluntad no se ven milagros, cosas asombrosas, de las que criaturas son tan ávidas que recorrerían medio mundo para ver alguno****; aquí todo pasa entre Dios y el alma, y si las criaturas reciben, no saben de dónde les viene el bien... De veras que son como el sol, que mientras da vida a todo, nadie se fija en él".*
>
> Y mientras pensaba eso, ha vuelto Jesús y ha añadido, pero con aspecto imponente: *"¿Qué milagros, qué milagros?* ***¿Acaso el más grande milagro no es hacer mi Voluntad? Mi Voluntad es eterna y es milagro eterno; nunca termina. Es milagro de cada instante que la voluntad humana tenga una continua conexión con la Voluntad Divina.*** *Resucitar los muertos, dar la vista a los ciegos y demás, no son cosas eternas, son cosas que terminan; por*

eso se puede decir que son sombras de milagros, milagros fugitivos, en comparación con ***el milagro grande y permanente de vivir en mi Voluntad.*** *Tú no hagas caso a esos milagros; Yo sé cuándo conviene hacerlos y se necesitan".*

Y el 22 de Octubre 1926, Luisa escribe:

"Estaba pensando al santo Querer Divino y me decía: *"¿Pero cuál será el gran bien de este reino del «FIAT» Supremo?"* Y Jesús, como interrumpiendo mi pensamiento y como de prisa, se ha movido en mi interior diciendome:

"¡Hija mía, cuál será el gran bien! ¡Cuál será el gran bien! ***El reino de mi «Fiat» contendrá todos los bienes, todos los milagros, los portentos más estrepitosos, y no sólo, sino que los superará a todos juntos****; y si milagro significa dar la vista a un ciego, enderezar a un cojo, sanar a un enfermo, resucitar un muerto, etc., el reino de mi Voluntad tendrá el alimento que preserva y nadie que entre en él correrá peligro alguno de poder quedarse ciego, cojo o enfermo; la muerte ya no tendrá poder sobre el alma, y si lo tendrá sobre el cuerpo no será muerte, sino paso; y faltando el alimento de la culpa y la voluntad humana degradada, que produjo la corrupción en los cuerpos, y habiendo el alimento de mi Voluntad que preserva, tampoco los cuerpos estarán sujetos a descomponerse y a corromperse tan horriblemente, que da miedo hasta a los más fuertes, como pasa todavía, sino que quedarán compuestos en sus sepulcros, esperando el día de la resurrección de todos.*

Por tanto, ¿qué crees tú que sea mayor milagro: dar la vista a un pobre ciego, enderezar un cojo, sanar a un enfermo, o más bien tener un medio que preserva para que los ojos nunca pierdan la vista, que haga andar siempre derechos, que haga estar siempre sanos? Creo que sea mayor el milagro que preserva, que el milagro después de haber ocurrido la desgracia.

*Esa es la gran diferencia entre el reino de la Redención y el reino del «****Fiat****» Supremo. En el primero hubo milagros, como los hay todavía, para los pobres desventurados que yacen en una desgracia o en otra, y por eso Yo dí el ejemplo, aun externo, de tantas distintas sanaciones, que eran símbolo de la sanación que Yo daba a las almas, que fácilmente vuelven a sus enfermedades. El segundo será milagro que preserva, porque mi Voluntad posee la potencia milagrosa, de que todo aquel que se deje dominar por ella no estará sujeto a ningún mal; por tanto ella* ***no tendrá ninguna necesidad de hacer milagros****, porque los conservará siempre sanos, santos y bellos, dignos de aquella belleza que salió de nuestras manos creadoras al crear al hombre.* ***El reino del «Fiat» Divino hará el gran milagro de extirpar todos los males, todas las miserias, todos los temores, porque no hará milagros limitados a un tiempo y a una circunstancia, sino que estará sobre los hijos de su reino con un acto de continuo milagro****, para preservarlos de cualquier*

mal y hacer que se distingan como hijos de su reino. ***Y no sólo en el alma, sino también en el cuerpo habrá muchas modificaciones****, porque siempre la culpa es el alimento de todos los males. Quitada la culpa, al mal le faltará el alimento, a mayor razón que Voluntad mía y pecado no pueden existir juntos; por tanto también la naturaleza humana tendrá sus benéficos efectos.*

(…) *Así, ante* ***el gran milagro del reino de mi Voluntad restablecido entre las criaturas****, todos los demás milagros serán llamitas ante el gran Sol de mi Querer. Cada palabra, cada verdad y manifestación sobre él es un milagro que ha salido de mi Voluntad, como preservación de todo mal y para vincular a las criaturas a un bien infinito, a una gloria más grande, a una nueva belleza toda divina. Cada verdad mía sobre mi Eterno Querer contiene la potencia y la virtud prodigiosa, más grande que si resucitara un muerto, o si sanase un leproso, o si un ciego viera, o si un mudo hablara, porque mis palabras sobre la santidad y la potencia de mi «****Fiat****» resucitarán las almas a su origen, las sanarán de la lepra que ha causado la voluntad humana, les dará la vista para ver los bienes del reino de mi Voluntad, porque hasta ahora eran como ciegas; dará la palabra a tantos mudos, que mientras sabían decir tantas otras cosas, sólo para mi Voluntad eran como mudos que no tenían palabra. Y luego,* ***el gran milagro de poder dar a cada criatura una Voluntad Divina que contiene todos los bienes****, ¿qué es lo que no les dará cuando posea los hijos de su reino? Por eso te tengo tan ocupada en el trabajo de este reino mío, y hay mucho que hacer para preparar el gran milagro, que el reino del «****Fiat****» sea conocido y poseído. Por tanto, pon atención en recorrer el mar interminable de mi Voluntad, para que se establezca el orden entre el Creador y la criatura, y así pueda hacer* ***el gran milagro, por medio tuyo, que el hombre regrese a su origen del que salió".***

Estamos en espera de algo extraordinario, de algo que haga cambiar la dramática situación del mundo, que evidentemente se acerca cada día más a una tragedia, de la que no puede ser salvado con la técnica, ni con la ciencia, ni con la política, ni aún menos con las armas.

Estamos en espera de la auténtica *"paz y seguridad"* (1ª Tes 5,3), o sea, *"esperamos la gloriosa venida de nuestro salvador Jesucristo"*, porque *"El es nuestra Paz"* (Efesios, 2,14). Estamos en espera de *"aquella Gracia que se nos dará cuando Jesucristo se revelará"* (1ª Pedro, 1,13). Pero esa espera que hay en el fondo del corazón se volverá una desilusión si ese "**gran milagro**" prometido no sucede en nosotros, si esa Venida gloriosa no se realiza en nuestro corazón, a partir del corazón del hombre, como fue la Venida del Divino Redentor, que vino ante todo en el Corazón Inmaculado de María. Quien imagina grandes señales y prodigios, pero no el gran Milagro de la Voluntad Divina, que eclipsará toda voluntad humana, ¡tendrá un tremendo desengaño!

29 de Junio - El Don supremo de Dios, su Querer Divino

Queridos hermanos, en el anterior encuentro hemos hablado del Milagro más grande, que la criatura viva en el Querer de Dios, y prosiguiendo este extraordinario Anuncio hablamos hoy de este Don supremo de Dios, porque el primer paso para recibirlo es conocerlo. Se ama sólo en la medida que se conoce.

*"**Si tú conocieras el Don de Dio**s y Quién es el que te dice "dame de beber", tú le pedirías a El y El te daría agua viva"*. Así dijo Jesús a la Samaritana y nos dice ahora a cada uno de nosotros. Y poco después dijo a sus discípulos: *"**Yo tengo un Alimento que no conocéis**… Mi Alimento es hacer la Voluntad de Aquel que me envió y dar cumplimiento a su obra"* (Jn 4,10 y 32-34).

De ese Don –la Divina Voluntad como vida– el Señor ha dicho a la "Sierva de Dios" Luisa Piccarreta:

> *"Ya el primer plano de **los actos humanos cambiados en divinos en mi Querer** fue hecho por Mí. Lo dejé como detenido y la criatura nada supo, excepto mi querida e inseparable Madre, y era necesario. Si el hombre no conocía el camino, la puerta, las estancias de mi Humanidad, ¿cómo podía entrar en ella y copiar lo que Yo hacía? Ahora ha llegado el tiempo de que la criatura entre en este plano y haga también lo suyo en lo Mío. ¿Qué tiene de extraño que te haya llamado a ti la primera? Y además, tan es verdad que te he llamado a tí la primera, que a ninguna otra alma, por más que Me sea querida, le he manifestado **el modo de vivir en mi Querer**, sus efectos, las maravillas y los bienes que recibe **la criatura que actúa en el Querer Supremo**. Examina todas las vidas de santos que quieras, o libros de doctrina: en ninguno hallarás **los prodigios de mi Querer cuando obra en la criatura e la criatura que obra en el Mío**. Todo lo más hallarás la resignación, la unión de voluntades, pero el Querer Divino que obra en ella y ella en el Mío, en ninguno lo encontrarás. Eso significa que no había llegado el tiempo en que mi bondad debía llamar a la criatura a que viva en este estado sublime. Así como el mismo modo como te hago que ores no se ve en ningún otro. Por eso sé atenta: mi justicia quiere exigirlo, mi amor lo suspira ardientemente; por eso mi sabiduría dispone todo para lograrlo. Son los derechos, la gloria de la Creación, lo que queremos de tí».""* (Volumen 14°, 06.10.1922).

Por tanto, el Señor no se contenta con que hagamos lo que El quiere, sino que su Voluntad sea para nosotros (por gracia) lo que es para El, que su Voluntad sea nuestra y la nuestra sea suya: ese es el Don supremo de su Amor.

En la vida de Luisa leemos que once meses después de haber recibido la gracia del "desposorio místico" en la tierra, el Señor quiso ratificarlo en el Cielo, en presencia de la Stma. Trinidad y de toda la Corte Celestial, con una nueva gracia, la más alta conocida anteriormente por los Santos y escritores místicos: "el matrimonio místico". Con esa gracia le fue concedido a Luisa la perenne adquisición de las Tres Divinas Personas, representadas por las tres virtudes teologales (Fe, Esperanza y Caridad), que establecieron en ella su perpetua y estable morada. Era el 8 de Septiembre de 1889, fiesta de la Natividad de María. Luisa tenía 24 años y medio y llevaba ya dos años definitivamente en cama. En aquel momento Luisa recibió el don del Divino Querer, el alimento y la vida de Jesús y de María, el don del que se había privado Adán con separarse de la Voluntad de Dios.

En efecto, Ntro. Señor le explica 32 años después:

> *"Tu familia es la Trinidad. ¿No te acuerdas como, en los primeros años de cama, te llevé al Cielo y ante la Trinidad Sacrosanta hicimos nuestra unión? Y Ella te dotó de tales dones, que tú misma aún no los has conocido; y cuando te hablo de mi QUERER, de sus efectos y su valor, te hago descrubrir los dones con que desde entonces fuiste dotada. De mi dote no te hablo, porque lo que es tuyo es mío. Y luego, al cabo de pocos días bajamos del Cielo las Tres Divinas Personas, tomamos posesión de tu corazón e hicimos en él nuestra perpetua morada; tomamos el gobierno de tu inteligencia, de tu corazón y de todo tu ser,* ***y cada cosa que tú hacías era un volcarse de nuestra Voluntad creadora en tí, eran confirmaciones de que tu querer estaba animado por un Querer eterno****. El trabajo ya está hecho; no falta más que darlo a conocer, para hacer que no sólo tú, sino también los demás puedan tomar parte en estos grandes bienes. Y es lo que estoy haciendo, llamando una vez a un ministro mío y otra vez a otro, y también a ministros de lugares lejanos..."* (Vol. 13°, 5.12.1921)

Queridos hermanos, antes de hablar del Don de la Divina Voluntad y de cómo se recibe, es necesario hacer una aclaración: hablamos de "voluntad" y de "querer". En cierto sentido son lo mismo, pero son dos cosas distintas. *"Voluntad"* es un sustantivo, indica lo que es; *"querer"* es un verbo, indica lo que hace. Es la misma diferencia que hay entre el corazón y el palpitar del corazón, entre la fuente y el río que nace de ella. En Dios, "la fuente" de todo es su *Voluntad* y "el río" es su *Querer*; pero ese "río" que da vida a todo no es de agua, sino de *Amor*. Así Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, tiene dos voluntades, una Divina (la de la Stma. Trinidad) y otra humana, pero no ha vivido una doble vida, unas veces como Dios y otras sólo come hombre, sino como lo que El es, "el Hombre-Dios", con un único Querer. Y lo que El

es por naturaleza lo quiere compartir con nosotros por gracia. Como se unen en una taza el café y el azucar, aun siendo dos cosas distintas, así nuestra voluntad y la Suya pueden unirse en un solo Querer.

Debemos partir de la verdad y por tanto de la humildad (el lenguaje de Dios es el de la Verdad, con la gran pregunta que nos hace el Señor: ***"¿Quién soy Yo y quién eres tú? Míra mi Amor a tí: ¿dónde está tu amor a Mí?"***), y por tanto veamos como se recibe este Dono; debemos por eso conocerlo, quererlo, sacrificar todo nuestro querer humano para recibir el Suyo, hasta incluso no dirigir ni siquiera el Querer Divino con nuestro querer humano: se necesita el vacío de nosotros mismos.

Si queremos que la Voluntad Divina sea en nosotros la fuente de la vida, ante todo debemos **saber suficientemente de qué se trata, qué es lo que queremos, qué cosa es**: por lo tanto 'saber'; y lo segundo es que debemos **quitar el obstáculo**, que es precisamente nuestro querer humano. Es lo que San Juan Bautista dijo: *"Es necesario que El crezca y yo disminuya".* Sólo a medida que 'morimos' a nuestro querer humano (o sea, que no le damos vida por nuestra cuenta), podemos en cada momento llamar al Querer Divino a que viva y resucite en nosotros. Porque no es posible servir a dos señores, como dijo San Juan Pablo II: *"Será el Amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí o será el amor propio llevado hasta el desprecio de Dios".*

Este don no es una fórmula mágica, una oración que rezar, sino que para recibirlo hace falta saber de qué se trata, quererlo y por tanto quitar el obstáculo del querer humano, o sea, dar vita a nuestra voluntad, hacer lo que queremos cuando esta voluntad nuestra no va de acuerdo con la Voluntad de Dios.

Todo lo que Dios nos da es gratuito: el aire, el sol, la respiración, la vista, la vida etc., pero el don de su Voluntad (por gracia) es lo único que tiene un precio, ¡y el precio es nuestra voluntad!

Si vivimos en gracia de Dios y deseamos este don supremo que Dios desea darnos –y lo desea más que nosotros–, la señal segura de que nos lo dará es que antes hace que nos llegue la noticia. ¡Si vivimos en gracia de Dios, lo deseamos y se lo pedimos, es seguro que nos lo dará!

Sin embargo queda siempre el hecho de que no basta que Dios nos lo dé, hace falta que también nosotros lo recibamos; o sea, no es posible estar al mismo tiempo vivos y muertos, pecar y a la vez estar unidos a la Voluntad de Dios: son dos cosas incompatibles. Los defectos, los límites, nuestras miserias no son de por sí obstáculo para que Dios pueda darnos su Don. Si Dios tuviera que esperar a vernos sin defectos y sin nuestras miserias para darnos su Querer Divino como vida, no nos lo daría jamás. Otra cosa es el pecado, sobre todo si es grave, pero para pecar hace falta ser suficientemente conscientes y quererlo. No es lo mismo sentir que consentir. 'Sentir' no depende de nosotros, 'querer'

sí. Y el Señor nos dice: *"Hijo mío, tú ya sabes mis mandamientos. Respetando mi Ley, puedes hacer cualquier cosa, pero llámame a que Yo la haga junto contigo. Porque, si la haces tú, ¿cuánto vale? Mientras que hecha por Mí, con tu permiso, vale infinitamente".* Por eso Dios en su Voluntad puede hacer en un instante lo que nosotros no somos capaces de hacer en toda nuestra vida.

Todo parte del conocimiento, más aún, de la acogida del Anuncio que nos llega de parte de Dios. Como la Stma. Virgen. Que de nosotros se pueda decir como lo que le dijo a Ella su prima Isabel: ***"¡Bendita tú eres porque has creído, porque en tí se cumplirá la palabra del Señor!"*** (cfr Lc 1,45).

****

6 de Julio - "A su Imagen y Semejanza" en el Querer Divino

Queridos hermanos, el Don más grande que Dios puede darnos es su Querer Divino, que sea para su criatura lo que es para El, que el Corazón del Padre sea el Corazón de sus hijos. Eso es lo que Jesús nos ha enseñado a pedir en el Padrenuestro, y cada vez que lo decimos El lo pide con nosotros: *"Venga tu Reino, que se haga tu Voluntad en la tierra y viva y reine en nosotros, como es la vida en el Cielo".*

Cuando uno ha comprendido que el Don que el Señor nos ofrece es su Querer, el palpitar de su Corazón para que sea nuestra vida, y lo queremos y lo acogemos, entonces no hay acto o instante de vida que no sea vivificado por el Querer de la Stma. Trinidad. En ese pequeño acto humano se hace presente y vivo también el Acto Eterno y Divino. La finalidad de cada acto humano que Dios crea y nos concede es contener su Acto Divino, convertirse en el Acto Divino.

¿Pero **por cuál motivo** Dios quiere darnos el Don supremo de su Voluntad? **Es por lo que su Amor ha querido hacer de nosotros**: **¡su Imagen viva!**

El Señor nos dice: *"no os inquietéis por vuestra vida por lo que comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis; ¿no vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad como las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. **¿No valéis vosotros más que ellas?**"* (Mt 6,25-26). ¿Cuánto vale la vida de un hombre? Para quien no tiene la luz de Dios, la vida no vale nada. **¡Pero Dios nos ha valuado cuanto se valúa El mismo!** No sólo nos ha dado vida creandonos, sino que después ha dado la Vida por nosotros al redimirnos, y ahora ha llegado el tiempo en que nos la quiere dar para que sea nuestra Vida.

Sin embargo, no basta que El nos la dé, hace falta que también nosotros le demos la nuestra. Quien da quiere encontrar quien reciba. No basta que Dios nos ofrezca el Don de su Querer, hace falta que nosotros lo acojamos. No basta que El lo quiera, es necesario que también nosotros lo queramos. ***"Fiat!"***, ha

dicho Dios y ***"Fiat!"*** hemos de decir nosotros. ¡Que nuestra voluntad sea una con la Suya, que se identifiquen en un solo Querer, Divino, Omnipotente, Eterno! Un puente debe tocar las dos orillas, sólidamente, para que por él pase un intercambio de cosas maravillosas, de comunión y de Vida.

Y mientras no neguemos lo que le hemos dicho –*"¡Señor, quiero tu Voluntad!"*–Dios da fe a nuestra palabra, mientras no la desmintamos con querer algo que El no quiere. Nosotros nos podemos distraer, pero El no se distrae. Al principio, por nuestra debilidad, tantas veces puede ser que se tenga el Don recibido sin usarlo, porque todavía apenas se conoce, pero entre tanto no es que se haya perdido. Se pierde cuando uno se sale de la Divina Voluntad, cuando hace algo que significa 'querer salir'. Sin embargo, tener el Don del Divino Querer, conociendolo apenas, y tenerlo inutilizado es una pena.

Por eso tantas veces el Señor le dice a Luisa a partir de la mitad del volumen 12°: *"¡Sé atenta!"*, es decir: tienes una cosa preciosísima en las manos. *"¡Si tú supieras* –le dice– *lo que significa perder un instante eterno!",* o sea 'perderlo' en el sentido de no hacerlo fructificar.

Por tanto, si hemos comprendido que el Don que nos ofrece el Señor (el palpitar de su Corazón) es para que sea nuestra vida, y si también nosotros lo queremos y lo recibimos, entonces no hay acto o instante de vida que no contenga el Querer mismo de la Stma. Trinidad, el cual se hace presente y vivo en ese pequeño acto humano. Si la Voluntad Divina se hace protagonista y vida de cada cosa que hacemos, cada instante, cada momento contiene el Acto Eterno de Dios, Acto único, infinito, que comprende y da vida a TODO y en el que TODO está presente.

Estamos hablando del Acto único de Dios, mientras que nosotros, criaturas, hacemos tantos actos porque somos limitados y no podemos agotar todas las posibilidades de una sola vez. Eso explica el misterio del tiempo, que es pasar de la posibilidad de hacer algo a realizarla; esa realización es en un momento sucesivo y ahí es donde está el *antes* y el *después*.

Ese Acto único suyo Dios lo ha manifestado con una palabra ***"Fiat!", "¡Hágase!"***. Un Acto que no tiene principio ni fin, que está por encima del tiempo, que contiene todo; un Acto eternamente presente, sin pasado ni futuro: en la gran Realidad objetiva todo está presente ante Dios.

Para comprender mejor el misterio de la relación entre el tiempo y la Eternidad, imaginemos que estamos en la puerta de casa y pasa un desfile o una procesión; según el reloj, la primera persona que vemos pasa cuando son las doce y la última a las tres de la tarde; el desfile ha durado tres horas y ahí está el tiempo. Pero si subimos a la terraza de la casa o al último piso de un rascacielos, desde que se empieza a ver al primero hasta que vemos al último, pasan sólo 20 minutos: o sea, que el tiempo se ha reducido. Pero si miramos

desde un avión vemos el desfile entero, desde el primero hasta el último, con una sola mirada, sin diferencia de tiempo.

Así es como Dios nos ve, como ve a todas las criaturas, toda la Creación: lo ve tutto con una sola mirada, desde el principio de la Creación hasta el fin del mundo y después; ve toda nuestra eternidad. Nosotros, por ser criaturas, siempre pasaremos de *poder hacer* al *haber hecho*, por tanto en un tiempo sin límites (los siglos de los siglos); mientras que Dios es Eterno, es ***"el que ES"***, sin ningún "antes" ni "después", porque todo le está presente y no falta ni puede faltar nada. Desde luego Dios, para nosotros, como todas sus cosas, resulta infinitamente grande, por encima de nuestra capacidad de comprensión y de imaginación, pero lo que hemos dicho es hasta donde puede llegar nuestra inteligencia.

Dicho lo cual, Dios nos ofrece poder tomar parte en su Acto Unico, Infinito, Divino y Eterno, identificando con él cada nuestro pequeño acto de existencia, y nos invita a asistir y a compartir todo lo que su Querer contiene, uniendonos a Dios, desde el principio de su obra hasta el fin del mundo, en cada cosa hecha por El en la **Creación**, en todo lo que Jesucristo y su Madre han hecho en la **Redención** y en cada cosa que el Espíritu Santo hace en la obra de la **Santificación** de las almas, en la Iglesia.

Con su Don, por tanto, el Señor nos da esta posibilidad, como es tener –por ejemplo– una ordenadora o computadora con la cual podemos conectarnos con la central, en la que todo está presente y que contiene todo. En un instante, a la velocidad de la luz, con el lenguaje típico de las computadoras, conectando la mía a la del Señor, me conecto con todos ustedes y ustedes se conectan conmigo. Y no sólo, sino que me conecto también con Adán y Eva antes y después del pecado, y con el último hombre que ha de venir al mundo, que aún no existe según el tiempo, pero que en el Acto eterno de Dios para El ya está presente.

Es un gran misterio para nosotros y pienso que tendrémos una gran sorpresa, cuando en el Cielo descubramos que estamos con Jesús "desde el principio", como El dijo a los Apóstoles en la última Cena: *"Cuando venga el Espíritu Santo, El dará testimonio de Mí y también vosotros lo daréis, porque **estáis conmigo desde el Principio**".*

¿Desde el principio de qué cosa? ¿De su vida pública? No sólo, sino desde mucho más atrás, o desde mucho más arriba: **desde aquel principio eterno que es el Acto Unico de Dios**, en el que Dios ha querido la Encarnación del Verbo y ha decretado la existencia de todos nosotros con Jesús, no como seres posibles, sino como seres realizados y concretos, porque a Dios le basta quererlo para hacerlo.

Nosotros hemos entrado en el tiempo en el momento en que fuimos concebidos. Nuestro cuerpo fue concebido, pero ¿quién puede decir cuándo ha sido creada nuestra alma inmortal, espiritual? No en el tiempo –puedo pensar–, sino fuera del tiempo; no en una preexistencia de almas (que no existe), sino en un Acto que es por encima del tiempo, en ese Acto único, eterno de Dios, en el que decretò ante todo la Encarnación del Hijo de Dios, por consiguiente quiso a su Madre Stma. y, de forma secundaria respecto a Jesús y a María, nos ha querido a todos nosotros: a cada uno de nosotros con nuestras características, con nuestra cara de niño, de jóven, de adulto, de anciano, con todas las circunstancias de nuestra vida, con nuestro temperamento, con nuestra fisiología y hasta con nuestra física y química. *"Hasta los cabellos todos de nuestra cabeza están numerados"* (Mt 10,30). Dios sostiene incluso los átomos de cada uno de nosotros… ¿Pero nos damos cuenta!? ¡Y eso lo ha establecido eternamente su Amor!

En el Cielo, nosotros que somos nada por nosotros mismos, verémos a la luz de Dios lo que somos, qué maravilla Dios ha hecho de cada uno de nosotros, qué obra maestra única según el modelo de Sí mismo, a Su imagen. Nos ha creado como pequeños espejos en los que quiere verse El mismo, su propia Imagen, que reflejen su Rostro, su Rostro de luz, infinitamente bello, santo y majestuoso; es decir, nos ha creado para que seamos espejitos en los que el Sol divino pueda crearse a Sí mismo.

Si el sol se retirase, el espejito se quedaría en tinieblas, sin nada. Un espejo por sí mismo no da luz, pero si se deja invadir por ella, entonces el sol se reproduce, "se encarna" en él. Así nosotros: somos como espejos, vacíos por nosotros mismos, pero cuando nos dejamos llenar de Dios, ¡qué maravilla!

Nosotros somos, por decirlo así, el marco del cuadro: el cuadro es el que da valor al marco, no al contrario, y así somos también nosotros. Por eso el Señor nos invita a que vivamos, momento por momento, **mirandole a El**. Si comprendemos lo que nos está ofreciendo, o sea, su Querer para que sea en nosotros nuestra vida, y por tanto lo queremos y lo acogemos con deseo sincero, quitando el obstáculo de nuestra voluntad, entonces no hay acto o instante de vida que no sea vivificado por el Querer de la Stma. Trinidad y que no esté presente y vivo en el Acto eterno y divino de Dios. Y siendo vida, en nosotros debe crecer. Por eso el Señor ha dicho: *"Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto"*.

****

13 de Julio - En la intención y la atención está la perfección

Queridos hermanos, el Señor ha detto: *"**Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto**"*. El que no se da cuenta de lo grande que es su Amor a

nosotros, el que no conoce lo que El ha manifestado, diría tal vez: "¡Jesús ha exagerado, ha dicho una cosa impensable e imposible!"

¡No, Dios no dice palabras inútiles! El Señor no ha dicho una palabra de más cuando ha dicho *"Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto"*. El pensaba en la vida de su Divino Querer (si no, no lo habría dicho) vida que ha de crecer en nosotros en la medida que lo conozcamos; por eso sin la lectura de los Escritos de Luisa Piccarreta eso non è possibile. El Señor es el que lo dice: *"Examina todas las vidas de santos que quieras, o libros de doctrina: en ninguno hallarás* ***los prodigios de mi Querer que obra en la criatura y la criatura que obra en el Mío****".* (Vol. 14°, 6.10.1922). ¡Así dice! ¡Es un buen reto de Jesús!

Por tanto estas verdades en nosotros deben ser sangre de nuestra sangre, vida de nuestra vida y ha de crecer en nosotros en la medida que queramos, o sea, que lo deseemos en cada cosa y en cada instante.

Todo esto tiene como base indispensable la clara convicción de Quién es El y de quienes somos nosotros. El es "Aquel que es". Nosotros somos cero absoluto, nada ante Dios, y ante Dios esta nada puede tener sólo dos cosas: ¡**deseo y disponibilidad**! Disponibilidad, o sea un abandono total en manos del Señor, para que El pueda hacerlo todo en nosotros. Por eso Jesús le dice a Luisa, y se lo dice varias veces (conforme al dicho 'las cosas repetidas ayudan'): *"Si tú me lo permites, Yo quiero ser en ti al mismo tiempo actor y espectador"*.

Vivir en la Divina Voluntad significa hacer que Jesús viva en nosotros su Vida interior, que su Vida sea nuestra vida. Y para que el Querer Divino resulte fácil y gustoso y podamos amarlo cada vez más, el Señor enseña en los Escritos de Luisa que es necesario conocerlo siempre más, poniendonos, entrando en el círculo de la Divina Voluntad. ¿De qué manera? Con la mente y con el corazón, con **la intención** y **deteniendonos a contemplar** sus interminables maravillas y atributos. Luisa dice:

> *"Mi dulce Jesús, quiero decirte que anhelo ardientemente quererte a Tí y a tu Santo Querer, y si me lo concedes me harás plenamente contenta y felíz". Y el Señor le responde: "Tú en una palabra has comprendido todo, con pedirme lo más grande que hay en el Cielo y en la tierra; y en este Santo Querer Yo deseo y quiero plasmarte aún más. Y para hacer que te sea más dulce y gustoso mi Querer, entra en el círculo de mi Voluntad y contempla sus diferentes maravillas, deteniendote una vez en la santidad de mi Querer, otra vez en su bondad, o en su humildad, o en su belleza o en el pacífico descanso que produce mi Querer, y en esas paradas que hagas, adquirirás cada vez más nuevas e inauditas noticias de mi Santo Querer y quedarás* ***tan sujeta a El y enamorada, que ya nunca más saldrás de El****. Eso te dará una*

suma ventaja, que estando tú en mi Voluntad no tendrás necesidad de combatir con tus pasiones y estar siempre en alarma con ellas, ya que mientras parece que mueren, renacen de nuevo más fuertes y vivas; sino que sin tener que combatir, sin ruido, dulcemente mueren, porque ante la Santidad de mi Voluntad las pasiones no se atreven a presentarse y pierden la vida ellas solas. Y si el alma siente que se mueven sus pasiones es señal de que no se mantiene continuamente dentro de mi Querer; hace sus salidas, sus escapaditas a su propio querer, y por fuerza tiene que sentir el hedor de la naturaleza corrompida. Mientras que si te mantienes fija en mi Voluntad, te librarás de todo y tu única ocupación será amarme y ser amada por Mí". (Vol. 4°, 23.12.1900)

Detengamonos a saborear, a masticar estas verdades. Hasta en la frase más pequeña, si estamos atentos, descubrimos tesoros que no imaginamos. Por tanto, *"tendrás cada vez más nuevas e inauditas noticias de mi Santo Querer y te sentirás tan sujeta a El y enamorada, que ya nunca más saldrás de El".*

Un cierto obispo dijo: "Parece que los que leen esos Escritos enloquecen". ¡Sí señor, tenía razón, enloquecen! Estos Escritos son come un licor de muchos grados y por eso es posible también emborracharse. Todo consiste en saber leerlos siempre sin olvidar jamás "*quién eres tú y Quién soy Yo*"; y leerlos, no tanto para nuestra erudición o para hacerse enseguida "maestros" (como hacen algunos) y creerse superiores, como diciendo: *"Ya he leido todos los libros, los sé de memoria. ¿Qué capítulo quieres que te diga?",* eso no sirve, sino con el deseo de que la lectura se vuelva en nosotros amor y vida. La fe, si no se vuelve amor y vida, ¿qué fe es?

El alma tanto debe mirar y concentrarse en Jesús que lo atraiga totalmente a ella, Pero para encontrar a Jesús hace falta acudir a nuestra Madre. El Señor nos dice: *"¡Búscame en la Mamá; ve a Ella y no te equivocarás!".* Esa es la vía directa, segurísima, de lo contrario es fácil deslumbrarse creyendo haber hallado al verdadero Jesús mientras que uno se encuentra sólo a sí mismo: ¡disfrazado de Jesús, pero es el propio *"ego"*!

Y la Stma. Virgen le dice a Luisa: *"Hija mía, ven conmigo y hallarás la Vía y a Jesús. Es más, quiero enseñarte el secreto para poder estar siempre con Jesús y como vivir siempre contenta y felíz también en este mundo; es decir, ten fijo en tu interior que sólo Jesús y tú estáis en el mundo y nadie más a quien debas gustar, complacer y amar, y sólo de El esperar ser amada y acontentada en todo"* (Vol. 4°, 21.8.1901).

Sólo a Dios debemos amar con toda nuestra capacidad de amor, porque si no se nos escapa y sale a relucir nuestro "yo", que es el que crea confusión, obstáculo, amargura e infelicidad.

Así pues nuestra Madre nos enseña este secreto: *"Vive como si nadie más existiera en el mundo, sino sólo Jesús y tú; y sólo a El debes tratar de acontentar, de agradar, y no hacer caso a nada más".*

Eso no significa que debemos ignorar o tratar mal a las demás personas. Significa que es Jesús al que encontramos en el prójimo, es Jesús el que nos está esperando en esa persona, en esa criatura, es Jesús a quien debemos servir en la otra persona, es Jesús a quien debemos acontentar. Y El te dice: *"Acontentame por medio de estas criaturas porque son mías. ¡Lo que les haces a ellas, lo haces a Mí!"* Por tanto, nunca separemos la criatura del Creador. ¡Que esa sea nuestra **intención**, que sea nuestra **finalidad** en todo!

Debemos ser espejos de Dios y ser espejos los unos para los otros. ¿Qué es lo que el otro debe ver en mí? ¡Debe ver a Jesús! *"¡Señor, que el que me mire te vea, el que me escuche te oiga, el que me busque te encuentre!"* ¿y qué debo ver yo en el otro? Debo ver a Jesús, como El ha dicho: *"El que me ve a Mí, ve al Padre"*

Y es que el mismo Jesús es espejo: su Humanidad es el espejo de su Divinidad. Se dice que debemos ver a Cristo en el hermano, pero yo digo: empecemos por algo un poco más interesante: hagamos de forma que el hermano pueda ver a Jesús en nosotros. ¡Sí, eso es aún más interesante!

Y nuestra Madre prosigue en el texto citado y dice:

> *"Estando Jesús y tú de esta manera, ya no hará impresión si te ves rodeada por desprecios o alabanzas, por familiares o por extraños, por enemigos o por amigos. Sólo Jesús será todo tu contento y sólo Jesús te bastará por todo y por todos. Hija mía,* ***mientras no desaparezca del todo del alma todo lo que existe, no se puede hallar verdadero y perpetuo contento****"*.

Esa es la recomendación que nos hace nuestra Madre. Tú debes mirar al verdadero Sol y quedar tan deslumbrado, que cuando quieras mirar a tu alrededor y mirarte a ti mismo, no hayas de ver más que luz, como sucede cuando se deslumbra con el sol. ¡Así ha de ser para nosotros!

> *Por tanto hace falta* ***valor, fidelidad y suma atención*** *para seguir lo que Dios realiza en el alma"* (Vol. 6°, 6.6.1904).

Es decir, esa **atención continua** es un verdadero martirio, el martirio y el empeño de la atención, el esfuerzo de la atención para no robarle nada a Jesús (ningún momento y ninguna cosa) para darle satisfacción al propio 'yo', sino para darle satisfacción sólo a El, porque el que le ha dado la propia voluntad al Señor debe darle siempre la libertad de que pueda hacer lo que El quiera.

Por eso Jesús dice en el Volumen 6°, el 13.9.1904:

> *"Hija mía, cuando un alma me ha dado su voluntad, ya no es dueña de hacer lo que quiera, porque si no, no sería verdadera entrega; mientras que*

la verdadera entrega es tener sacrificada continuamente la voluntad para Aquel a quien ya se la ha dado y eso es un martirio de continua atención, que el alma ofrece a Dios".

Es como lo que dice San Pablo: *"Ya sea que comáis o que bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios".* Lo cual no significa no comer o no beber, sino: **¿por qué lo haces?** Es más, **¿por quién lo haces?** ¡Si lo haces por tí mismo has perdido! ¡Házlo por el Señor! Y si lo haces por El, se lo haces a El, más aún, lo haces porque El se complace de hacerlo por medio tuyo y en eso El quiere ser glorificado.

Hace falta hacer todas las cosas con la intención de tomar de Jesús la vida de cada acto; y además de la **atención**, poner también la **intención** de tomar, de recibir de El la vida de cada acto que hacemos y hacer todo en su Humanidad, siendo para El como un velo que lo cubre. Por eso El dice:

"Hija mía querida, ¿ves en qué estrecha unión estoy Yo contigo? Así quiero que estés tú, toda unida, estrechada a Mí. Y eso no te creas que debes hacerlo cuando sufres o cuando haces oración, sino siempre, siempre. Si te mueves, si respiras, si trabajas, si comes, si duermes, todo, todo, como si tú lo hicieras en mi Humanidad y saliera de Mí lo que haces, de modo que tú no deberías ser más que la corteza, el envoltorio externo y, rota la corteza de tu obra, se debería encontrar el fruto de la obra divina. Y eso debes hacerlo para bien de toda la humanidad, de forma que mi Humanidad se debe encontrar como viviente entre las gentes, porque haciendo tú todo, hasta las cosas más indiferentes, con esta intención de recibir de Mí la vida, tu acción adquiere el mérito de mi Humanidad, ya que, siendo Yo Hombre y Dios, en mi respiración contenía la respiración de todos, los movimientos, las acciones, los pensamientos de todos; todo lo contenía en Mí y así los santificaba, los divinizaba, los reparaba. Y tú, haciendo todo en acto de recibir de Mí lo que haces, también tú estarás abrazando, conteniendo a todas las criaturas en ti y tu obrar se difundirá para bien de todos, así que aunque los demás no me den nada, Yo tomaré todo de tí" (Vol. 7°, 28.11.1906).

Por lo tanto, ¿qué nos está diciendo el Señor? *"Toma de Mí cada cosa que hagas, o sea, llámame a que Yo haga en ti lo que tú debes hacer. Tus pensamientos, tómalos de mi mente… etc."*

En conclusión: Dios se da continuamente a nosotros y por eso también nosotros debemos darnos continuamente a El: así la vida ha de ser un incesante regreso a Dios. Por parte nuestra se necesita **deseo y disponibilidad. La intención y la atención son el camino hacia la perfección**.

****

20 de Julio - **A quien todo da todo se le da.**
Pero luego, ¿cómo se toma?

Queridos hermanos, el Don del Querer Divino que el Señor desea darnos lo recibimos si le damos nuestra voluntad para que pueda darnos la Suya. A quien todo da, todo se le da. Y lo que El nos da, debemos tomarlo.

¿Pero cómo se toma? Con confianza, con sencillez y fe viva.

"Señor, tú me das todo y, al hacerme dueño de todo lo que te pertenece, tomo tus pensamientos en mi mente, tomo de tus palabras lo que digo, tomo tu obrar en mis manos".

"El velo que cubre mi Presencia en ti –dice Jesús– *la corteza que cubre mi Don será tu pequeña acción"*

Nuestras pequeñas acciones, sin importancia, son ocasiones extraordinarias de hacer comunión con el Señor, de contener su Vida como otras tantas hostias que la Divina Voluntad consagra. La Hostia una vez consagrada es Jesucristo vivo y realmente presente, mientras que antes de ser consagrada era pan: ha cambiado lo que es, la sustancia, pero los accidentes no cambian. No cambia de color o aumenta su tamaño o tiene otro sabor: ¡sigue igual! Eso mismo pasa con nuestros actos, nuestras acciones, nuestros momentos de existencia, cuando la vida que reciben es la Voluntad Divina, es decir, los momentos en que tenemos la intención de llamar a Jesús como protagonista, de llamar a la Divina Voluntad a que sea la vida de ese acto que exteriormente no cambia.

La Voluntad del Señor se disfraza de una puesta de sol magnífica, de pajarito que canta en una rama, de sabor en un fruto, de tempestad, trueno y relámpago, de perrito que mueve la cola por estar contento, de persona que encontramos; se esconde bajo el aspecto de tantas cosas. Pues bien, si se lo concedemos desea ocultarse también en todos nuestros pequeños actos, para poner en ellos todo lo que El es y toda su Vida.

Jesús nos dice que para recibir el Don hace falta darse a El y en todo hacer su Voluntad mediante **la intención y la atención**.

> Y en el Vol. 11° (4.7.1912) le dice a Luisa: *"Hija mía, ¿qué hay, quieres perder el tiempo? ¿Quieres salir de tu nada? Ponte en tu puesto, en tu nada, para que el Todo pueda tener su puesto en tí. Pero debes saber que debes morir del todo en mi Voluntad, al padecer, a las virtudes, a todo. No te debe importar ya si sufres o no sufres, si tienes virtudes o no las tienes. No te debe importar nada".*
>
> Es decir: *"Mi Querer ha de ser la tumba del alma y como en la tumba la naturaleza se consume hasta desaparecer del todo y después de la misma consumación resucitará a vita nueva y más bella, así tu alma, sepultada en mi Voluntad como en una tumba, morirá al padecer* (o sea, no existirá ya,

por lo que se refiere al padecer, ya no le importará nada), *a sus virtudes, a sus bienes espirituales, y resucitará en todo a la Vida Divina"*.

Este es siempre el punto esencial, el Señor dice: *"**Si tú me das todo, Yo te doy todo**. Te doy mi cheque en blanco firmado, si tú me das tu pequeño cheque en blanco, por tí firmado. Si me lo das, Yo seré dueño de todo, pero tú también serás dueño de todo lo que Yo soy, de lo que es mío".*

Para entenderlo con un ejemplo, imagino que voy con mi vieja bicicleta y que Jesús pasa con su "Ferrari", un bólido estupendo, y me dice amablemente: *"Ven y sígueme"*, y yo le digo: "¡Estás bromeando, Señor! ¿Cómo puedo yo seguirte?" – *"¡Es muy fácil! No te digo que hagamos una carrera entre tu bicicleta y mi Ferrari porque sería ridículo, no cabría ni siquiera empezar, sino que la cosa es mucho más sencilla: si tú me das tu bicicleta Yo te doy mi Ferrari".* – "¿Te estás burlando de mí, Señor?" – *"No, Yo no me burlo de nadie. Yo no sé engañar. ¡Si Yo hablo, hablo en serio! ¡O me crees o no me crees!"* – "¿Pero Tú qué ganas con eso, Señor?" – *"¿Que qué gano? ¡Me gano un amigo; me gano otro Jesús, nada menos! Por lo tanto, ¿te decides? ¿Mi crees? ¿Quieres mi Ferrari? Olvidate de tu bicicleta. ¿Quieres mi Ferrari?"* – "Bueno, Señor, es estupendo, pero…" – *"Ningún pero... Pon tu bicicleta en el portaequipajes, si no Yo no habría pasado por aquí; habría ido por otras carreteras. Pues bien, mete tu bicicleta en el coche y súbete. Desde este momento sabe que la bicicleta, aun siendo tuya, es también mía y de ella dispongo Yo; y mi Ferrari, aun siendo mío, y siempre será mío, es también tuyo. ¡Ves qué comunión!"*

"Señor, está bien, es un coche magnífico, pero yo no sé manejar o conducir, no sé hacer nada" – *"No te preocupes. Pon atención a como manejo Yo, porque cuando veré que has aprendido bastante, haré que tú manejes. Y por tanto sólo así serás dueño **de hecho**; porque ahora es tuyo, sì, porque Yo te lo doy y tú dices que sí, pero de hecho no sabes qué hacer de este bólido del cual tú aún no sabes nada. **Cuando lo conocerás lo suficiente, en esa misma medida serás dueño de hecho y no sólo teóricamente**"*.

Y El dice: *"en conclusión, todo lo que de esta lectura debes sacar para tu vida es: **Señor, dame tu Voluntad, que yo te doy la mía**".*

Sí, todo está en estas pocas palabras: *"**¡Héme aquí, HÁGASE EN MI según tu palabra!**",* lo mismo que la Stma. Virgen respondió al anuncio del Angel, y en aquel momento, diciendo así, el Hijo de Dios se encarnó en Ella. Si de verdad lo decimos, esa Palabra del Señor se encarna en nosotros, toma posesión de nuestra vida, se hace vida de nuestra vida y, mientras le damos vida en nosotros, ella nos da vida en Sí. ¡Ella nos da vida!

Todo es recíproco. Jesús nos ofrece el modo práctico y real de morir a nosotros mismos, de consumar nuestro ser humano en el Ser Divino:

"Hija mía, Yo quiero la verdadera consumación en tí, no fantástica, no imaginaria, sino verdadera, de una forma simple y realizable. Supon que te viene un pensamiento que no es para Mí, tú debes destruirlo y sustituirlo con un pensamiento divino; así habrás hecho la consumación del pensamiento humano y habrás adquirido la vida del pensamiento divino. O si los ojos quieren mirar una cosa que me disgusta o que no se refiere a Mí y el alma se mortifica, ha consumado el ojo humano y ha adquirido el ojo de la vida divina, y así todo lo demás de tu ser" (Vol. 11°, 21.5.1913).

Es decir, que nos vienen tantos pensamientos, pero apenas nos damos cuenta, tan pronto somos conscientes, en ese momento debemos decirle: *"Señor, este pensamiento ¿qué tiene que ver contigo? Yo quiero ocuparme de Tí, de tus cosas, como Tú te has ocupado de las cosas del Padre".*

Por ejemplo, si piensas en tus deudas… o que debes pagar esto o lo otro…, debes decirle: *"Este pensamiento, Señor, que de por sí no tiene que ver contigo, te lo doy, quiero que sea tuyo; por lo tanto, Señor, ahora paga Tú"...* supongamos.

Ya ven, supongamos que vamos manejando en nuestro coche y el Señor nos pide que le llevemos, y así decimos: *"Bueno: ven, Jesús, a pensar en mi mente, ven, Divina Voluntad, a mirar en mis ojos, ven a palpitar en mi corazón, etc. etc."* De ese modo Jesús viene con nosotros. Y llegamos al semáforo y quisieramos saltarlo, y El dice: *"No, si tú quieres saltarlo, Yo me bajo. Yo no hago que mi Padre reciba una multa; no quiero darle ningún dolor. ¡Si tú quieres hacerlo, te vas tú solo!"* Por tanto, así dice el Señor:

"El alma se mortifica de este modo: ha consumado la mirada humana y ha adquirido la mirada de la vida divina, y así lo demás de tu ser. Oh, cómo estas nuevas vidas divinas me las siento correr en Mí (como sangre en las venas) y toman parte en todo mi obrar" (Vol. 11°, 21.5.1913).

Por eso quien ama de verdad a Jesús y en todo hace suyo su Querer forma con El un solo palpitar. Para eso se requiere un despojo perfecto, y Jesús dice *"debe ser más vida de Cielo que de tierra, más Vida Divina que humana".* Ese despojo del alma, estar convencida de ser nada, de su nulidad, le permite a Jesús obrar en ella.

"Para vivir en el Divino Querer –dice Jesús– *quiero el 'sí' de la criatura, que se preste como cera blanda a lo que quiero hacer de ella"* (Vol. 12°, 6.3.1919), o sea, no ponerle a Jesús ningún pero..., ninguna condición. Sin embargo Jesús dice: *"Pocos son los que se disponen a eso, porque hasta en la misma santidad las almas quieren alguna cosa para su propio bien, mientras que la santidad de vivir en mi Querer no tiene nada de propio, sino todo de Dios; no quiere nada para sí, sino todo para Dios, y disponerse a eso*

las almas, despojarse de los propios bienes (también espirituales), cuesta demasiado; por eso no serán muchas. Pero tú no eres del número de los muchos, sino de los pocos" (Vol. 12°, 15.4.1919). Y dice: *"Si leen estas verdades y no están dispuestos, no entenderán nada, quedarán confundidos y deslumbrados por la luz de mis verdades"* (Vol. 13°, 23.10.1921).

De ahí que un exámen de conciencia muy significativo, no es sobre los diez mandamientos, sino simplemente esto: *"Señor, Tú me has dado todo, todo lo que soy, lo que tengo y lo que hago; todo viene de Tí porque yo soy nada. Me has dado tanto y todo por amor. Si Tú me pidieras alguna cosa, ¿te la negaría? ¿Hay algo que no te daría, si me lo pidieras? Señor, no te fijes en esa cosa, pasa de largo… Pues sí, Te doy todo, pero esa cierta cosa mejor no".*

Nosotros a veces hacemos así, basta un pequeño apego y se anula el contrato. *"Señor, ¿qué podrías pedirme?"* Entonces, dentro de mí, en mi estado de ánimo, en mi mente y en mi decisión debo enfocar en ese momento de qué se trata y decir: *"¡Jesús, confío en Tí! Si Tú me pidieras esa cosa que me gusta tanto, o que mi da tanto miedo o que me causa tanto fastidio, tanta repugnancia que me sentiría morir, si Tú me la pidieras, ¿tendría el valor, la desvergüenza de decirte que no? Señor, estoy seguro de que en tal caso y en ese momento me ayudarías, me darías la gracia suficiente, abundante, para decir "¡hágase en mí,* ***Fiat****!" Y si tuviera que pasar por una prueba dolorosa, física o moral, o someterme por ejemplo a una operación quirúrgica, Tú en ese momento me darías también tu anestesia".*

Porque San Pablo dice (¡y es Palabra de Dios!): *"No permitirá Dios que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que con la tentación, os dará la gracia de poder superarla"* (1ª Cor 10,13).

Para entrar en el Divino Querer basta quitar el obstáculo, la voluntad humana, basta quererlo y se realiza. O crees, o no crees. Y dice Jesús:

"Hija mía, para entrar en mi Querer no hay caminos, ni puertas, ni llaves, porque mi Querer está en todo, corre bajo los pies, a derecha e izquierda, sobre la cabeza y todas partes (se encuentra en cada cosa). La criatura no debe hacer más que quitar la piedrecilla de su voluntad, que a pesar de que está en mi Querer, no toma parte ni disfruta de sus efectos, haciendose como extraña en mi Querer, porque la piedrecilla de su voluntad le impide como al agua que corra de su cauce para correr afuera, porque las piedras se lo impiden. Pero si el alma quita esa herrumbre que ha puesto, quita la piedrecilla de su voluntad, en ese mismo instante ella corre en Mí y Yo en ella; encuentra todos mis bienes a su disposición, fuerza, luz, ayuda, ¡lo que quiera! Por eso no hay caminos, ni puertas, ni llaves; ***basta quererlo y ya está hecho. Mi Querer se encarga de todo y de darle lo que le falta y le hace***

volar en los confines interminables de mi Voluntad. *Todo lo contrario es con las otras virtudes: ¡cuántos esfuerzos hacen falta, cuántas luchas, cuántos largos caminos! Y mientras parece que la virtud le sonría, basta una pasión un poco violenta, una tentación, un encuentro inesperado, que la echan atrás y le hacen que tenga que emprender desde el principio el camino"* (Vol. 12°, 16.2.1921).

****

27 de Julio - **¿Cómo ha de ser nuestra respuesta a Dios?**

Queridos hermanos, Dios nos ha hecho llegar una Noticia, una Propuesta, un Mensaje suyo extraordinario: El desea que vivamos con El en perfecta **comunión de vida**, que podamos decir con Jesús al Padre: ***«Todo lo tuyo es mío y todo lo mío es tuyo»*** (Jn 17,10). Dios quiere que amemos y que Lo amemos **con su mismo Amor**, y por eso nos ofrece ahora **el don de su mismo "Corazón", de su adorable Voluntad,** que es el "Corazón" de las Tres Divinas Personas, para que vivamos con Dios su vida, tomemos parte en sus obras, amemos como las Divinas Personas aman. Y cada día, a todas horas **Dios espera nuestra respuesta**.

La primera palabra de Jesús y de María que conocemos es ***"héme aquí".*** Así como la primera palabra que dijo Dios es ***"¡Hágase! Fiat!"***. *"Héme aquí que vengo para hacer tu Voluntad"*, dijo Jesús en el momento de encarnarse; *"he aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra",* dijo la Stma. Virgen respondiendo al Mensajero de Dios. "Héme aquí" significa: aquí estoy presente, a tu disposición, dispuesto a hacer lo que Tú quieras, soy tuyo… *"Héme aquí, por lo tanto, oh Padre, que vengo para hacer* ***mía*** *tu Voluntad"... "Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer* ***contigo y como Tú*** *tu Voluntad"... "Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer* ***realidad viva en mí*** *tu Voluntad"*… Pero si Jesús ha dicho que *"el Hijo no puede hacer nada sino lo que le ve hacer al Padre; lo que hace el Padre, también lo hace el Hijo"* (Jn 5,19), ¡cuánto más nosotros, criaturas, debemos decirlo! Por eso pidamos al Padre que sea El mismo el que haga todo por medio de nosotros, con nosotros, en nosotros, no sólo lo que nos pide que hagamos, sino sus mismas Obras.

En nuestros pequeñísimos actos, Dios desea poner y reunir todo lo que El hace; en los brevísimos fragmentos de nuestra vida, su misma Vida.

Y el Señor nos dice: *"En mi Querer no puedes eximirte de hacer lo que hago Yo. Es una cosa connatural, y eso es precisamente la Santidad en mi Querer: no hacer nada por cuenta propia, sino hacer lo que hace Dios... Así mi Voluntad y la tuya son como dos aguas unidas juntas, y lo que hace una lo ha de hacer la otra"* (Vol. 14°, 12.5.1922).

"Estoy a la puerta y llamo: si alguien escucha mi voz y abre la puerta, Yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo", dice el Señor (Apocalipsis 3,20). El alma debe poder abrir las puertas y disponerse a conocer las verdades de la Divina Voluntad: *"La primera es **querer vivir** de mi Querer, la segunda es **querer conocerlo**, la tercera es **apreciarlo**"* (Vol. 13°, 25.1.1922). "*Abríos, puertas eternas, que entre el Rey de la Gloria"* (Salmo 23).

> *"Basta que lo quieran y que dejen a un lado el querer humano, y el Querer Divino se hará respirar por el alma y le dará la vida, los efectos, el valor de la Vida de mi Querer. Pero si no se le conoce, ¿cómo podrán amar y querer un vivir tan santo?"* (Vol. 14°, 16.7.1922).

El amor pide respuesta de amor. El Don tiene que ser recíproco. Nuestra voluntad debe intervenir: ¿cómo? dandola a Dios, si bien sigue en nosotros siendo nuestra. Nuestro querer es el que ha de ser totalmente sustituido por el Suyo. El despojo del alma y la convicción de que somos nada le permiten a Jesús obrar en nosotros.

> *"El que no está vacío del todo de su querer, no puede tener un conocimiento cierto del Mío, porque el querer humano forma una nube entre el Mío y el suyo e impide conocer el valor y los efectos que tiene el Mío"* (Vol. 14°, 23.6.1922).

> Y Luisa escribe: "Continuando mi habitual estado, estaba pidiendole a mi amado Jesús que viniera a amar, a orar, a reparar en mí, porque yo no sabía hacer nada. Y el dulce Jesús, compadeciendo mi nulidad, ha venido deteniendose a orar conmigo, amando y reparando junto conmigo; y luego me ha dicho: *"Hija mía, cuanto más se despoja de sí el alma, tanto más la visto de Mí; cuanto más cree que no puede hacer nada, tanto más actúo Yo en ella y hago todo. Siento que la criatura pone en acto todo mi Amor, mis plegarias, mis reparaciones, etc.; y para honrarme a Mí mismo, siento lo que quiere hacer: ¿amar? Voy a ella y amo con ella. ¿Quiere rezar? Rezo con ella. Es decir, su despojo y su amor, que es mío, me atan y me obligan a hacer con ella lo que quiere hacer, y Yo le doy al alma el mérito de mi Amor, de mis plegarias y reparaciones. Con sumo contento mío siento que se repite mi Vida y hago que desciendan para bien de todos los efectos de mi obrar, porque no es de la criatura, que está escondida en Mí, sino mío".* (Vol. 12°, 14.6.1917)

El Señor explica las condiciones y los pasos que hacen falta para vivir en el Divino Querer (Vol. 12°, 6.3.1919):

> *"Hija mía, todo lo que es imposible a la criatura es posible a Mí. Es verdad que es el prodigio más grande de mi omnipotencia y de mi amor, pero cuando quiero, todo puedo, y lo que parece dificil, para Mí es facilísimo. Sin embargo **quiero el sí de la criatura y como una cera blanda dejarme que haga lo que***

Yo quiera hacer de ella. *Es más, debes saber que antes de llamarla a que viva del todo en mi Querer la llamo de vez en cuando, la despojo de todo, le hago pasar una especie de juicio* (de exámen)*, porque en mi Querer no hay juicios, todas las cosas quedan conformes conmigo, el juicio es fuera de mi Voluntad, pero* ***de todo lo que entra en mi Querer ¿quién se atreverá a hacer un juicio?*** *Y Yo nunca me juzgo a Mí mismo. No sólo eso, sino que varias veces la hago morir, incluso corporalmente, y luego de nuevo la pongo en vida y el alma vive como si no viviera; su corazón está en el Cielo y vivir es su mayor martirio. ¿Cuántas veces no lo he hecho contigo? Todo esto son preparativos para disponer al alma a que viva en mi Querer. Y luego las cadenas* (series) *de mis gracias, de mis visitas repetidas: ¿cuántas non te he hecho? Todo era para prepararte a la altura de vivir en el mar inmenso de mi Voluntad. Por eso, no quieras indagar, sino sigue tu vuelo".*

"Mi Resurrección es símbolo de las almas que formarán la santidad en mi Querer. Los santos de estos siglos pasados son representados por mi Humanidad, los cuales, si bien resignados, no han tenido el acto continuo en mi Querer, por lo tanto no han recibido la huella del sol de mi Resurrección, sino la huella de las obras de mi Humanidad antes de la Resurrección. Por eso serán muchos: casi como estrellas formarán un hermoso ornamento al cielo de mi Humanidad. Pero los santos del vivir en mi Querer, que representarán mi Humanidad resucitada, serán pocos. De hecho, mi Humanidad, antes de morir, la vieron muchos, multitudes y gentes, pero mi Humanidad resucitada la vieron pocos, sólo los creyentes, los más dispuestos y, podría decir, ***sólo los que tenían el germen de mi Querer****, que si no lo hubieran tenido, les habría faltado la vista necesaria para poder ver mi Humanidad gloriosa y resucitada y así ser espectadores de mi Ascensión al Cielo. Pues bien, si mi Resurrección representa a los santos del vivir en mi Querer –y eso con razón, porque cada acto, palabra, paso, etc. hecho en mi Querer es una resurrección divina que recibe el alma, es una señal de gloria que se le da, es un salir de ella para entrar en la Divinidad, y el alma, escondiendose en el fúlgido sol de mi Querer, ama, obra, piensa–, ¿qué de extraño tiene que el alma quede toda resucitada e identificada en el mismo sol de mi Gloria y represente mi Humanidad resucitada? Pero pocos son los que se disponen a eso, porque las almas en la misma santidad quieren alguna cosa para su propio bien, mientras que la santidad del vivir en mi Querer no tiene nada de propio, sino todo de Dios. Y para disponerse las almas a eso, desprenderse de los propios bienes, demasiado se requiere; por eso no serán muchos. Tú no eres del número de los muchos, sino de los pocos; por eso sé siempre atenta a la llamada y a tu vuelo continuo"* (Vol. 12°, 15.4.1919).

5 de Agosto - "Mamá, enciende la Luz"

Queridos hermanos, lo primero que hizo Dios fue encender la Luz: ***"¡Hágase la Luz!", "Fiat Lux!",*** dijo. De ahí empezó todo. Y al principio de su 2° volumen, Luisa escribe:

"Mientras me hallo fuera de mí misma, estando en lo alto de los cielos, me ha parecido ver a Dios dentro de **una Luz**, y El mismo parecía ser **Luz** y **en esa Luz** se encuentra belleza, fortaleza, sabiduría, inmensidad, altura, profundidad sin límites ni confines, de modo que hasta en el aire que respiramos es el mismo Dios que se respira; por tanto cada uno puede hacer que sea como vida propia, come de hecho lo es. Así que ninguna cosa se le escapa y ninguna puede escapar de El. **Esa Luz** parece que sea toda voz y sin que hable toda está obrando, mientras descansa siempre; se halla por todas partes, sin ser obstáculo para nada. Y mientras está por doquier tiene también su centro. ¡Oh Dios, cuán incomprensible eres! Te veo, te siento, eres mi vida, te estrechas en mí, mientras sigues siempre inmenso y nada pierdes de Tí; pero me siento balbuciente y me parece que no sé decir nada."

El Proyecto eterno de Dios ha salido al externo (*"ad extra"*) de su Ser Divino por orden: **empezando por María, Luz creada**, para que fuera la Madre del Hijo de Dios, "**Luz de Luz**". Y San Juan dice al comienzo de su Evangelio: *"Vino al mundo **la Luz verdadera**, que ilumina a todo hombre. El estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por El, pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos lo han recibido, les ha dado poder **ser hijos de Dios:** a los que creen en su nombre, los cuales no de la sangre, ni de la voluntad de carne, ni de la voluntad humana, sino de Dios son nacidos".* (Jn 1,10-13). Eso hace la Luz: ¡da la vida de hijos de Dios!

Y este día, un 5 de Agosto, Santa Ana dió a luz a la Luz que es María. La fiesta litúrgica de la Natividad de María, el 8 de Septiembre, celebrada por los católicos y los ortodoxos, fue establecida por el papa **Sergio I** (siglo VII) siguiendo una tradición oriental que parte de un apócrifo, el ***Protoevangelio de Santiago,*** según el cual María nació en Jerusalén en la casa de Joaquín y Ana. Pero en Medjugorje, en 1984 Ella indicò el 5 de Agosto como la fecha de su cumpleaños, fecha confirmada por un estudio matemático de un querido amigo (Carlos Vidal Martinez, *"Y los suyos no La recibieron"*, Madrid, 25 Marzo 1988).

Jesús ha dicho: *"El juicio es que la Luz ha venido al mundo, pero los hombres han preferido las tinieblas a la Luz, porque sus obras eran malas. Porque el que hace el mal, odia a la luz y no viene a la Luz para que no sean reveladas sus obras. Pero el que obra conforme a la verdad viene a la Luz, para que se vea claramente que sus obras han sido hechas en Dios"* (Jn 3,19-21). *"Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida"* (Jn 8,12).

Y San Pablo: *"Ya conocéis el tiempo: **que ya es hora de despertaros del sueño**, porque nuestra salvación está ahora más cercana que cuando creimos. La noche va avanzada, y ya se acerca el Día. Despojémonos pues de las obras de las tinieblas y **vistamos las armas de la Luz**. Comportémonos honestamente, como en pleno día:*

no en comilonas y borracheras, no en impurezas y libertinaje, no en querellas y envidias, antes bien, vestíos del Señor Jesucristo y no sigais la carne en sus deseos" (Rom 13,11-14).

Con el Nacimiento de María ha venido el Día: ¡de Ella ha nacido el Sol de Justicia, Cristo el Señor! Y dice un canto popular italiano: *"De la aurora Tú surges más bella, con tus rayos alegras la tierra, y entre los astros que hay el cielo no hay estrella más bella que Tú: bella como el Sol eres, blanca más que la luna, y las estrellas bellas no son bellas como eres Tú".*

Queridos hermanos, en este tiempo de oscuridad y confusión, cuando "el humo de satanás ha entrado en la Iglesia a través de ventanas que habrían debido abrirse sólo a la Luz", como ya en 1970 dijo el Papa Pablo VI, debemos más que nunca pedirle al Padre que venga su Reino, que su Voluntad sea en la tierra la vida de todo, como lo es en el Cielo; debemos invocar, como concluye el Apocalipsis, que resume todo: *"¡Maranathà, ven Jesús!"*. Debemos decir también nosotros con el Padre Divino: ***"¡Hágase la Luz!", "Fiat Lux!"***. Debemos decir como diría un niño que teme la oscuridad: ***"¡MAMÁ, ENCIENDE LA LUZ!"***

Eso lo dice quien ama la Verdad, quien desea que por fin se ponga todo en claro, puesto que *"no hay nada oculto que no haya de ser manifestado"* (Mc 4,22), que Dios separe la Luz de las tinieblas, como al principio. Y esa separación, ese Juicio debe hacerse ante todo en nosotros mismos. Porque el Señor quiere ser *"la Luz del mundo"* por medio de nosotros, como la luz eléctrica ilumina por medio de una bombilla: *"vosotros sois la luz del mundo, la sal de la tierra"* (Mt 5,14). Por eso decir *"¡**Mamá, enciende la Luz!**"* significa: "que el que me mire te vea, el que me escuche te oiga, el que me busque te encuentre".

Y por eso a nosotros, a su Santa Iglesia, nos dice ahora el profeta Isaías (60, 1-3): *"Levántate, revístete de luz, porque ya viene tu luz, la gloria del Señor brilla sobre tí. Porque las tinieblas recubren la tierra, niebla espesa envuelve a las naciones; pero sobre tí resplandece el Señor, su gloria aparece sobre tí. Caminarán los pueblos en tu luz, los reyes en el resplandor de tu aurora."*

****

7 de Agosto - La Fiesta del Padre Divino

Queridos hermanos, el eterno Proyecto Divino, al cual nos ha concedido poder asomarnos por un momento, lógicamente parte de Dios y concluye en Dios. El hombre viene de Dios y debe regresar a Dios. Esta serie de homilías y de meditaciones semanales podría prolongarse sin límites, porque la Verdad y el Amor de Dios no tiene límites, pero comprendemos que todos estos temas son en realidad uno solo y con este encuentro de hoy consideramos completado nuestro "recorrido".

El cual empezó contemplando la Maternidad Divina de María. Prosiguió con la Epifanía o manifestación de Jesús y con la primera presentación

"oficial", podemos decir, de las Tres Divinas Personas de Dios en el Bautismo de Jesús en el Jordán.

En aquella ocasión el Padre Divino hizo oir su voz: *"**Este es mi Hijo, el Amado, en el que me complazco**"*, y de nuevo durante su Transfiguración en el monte Tabor. Si el Hijo es "el Amado", el Padre es Aquel que ama, "el Amante", y el Espíritu Santo es "el Amor", su recíproco infinito Amor, en el que se realiza su absoluta unidad y unicidad. Por esto Jesús dice *"el que me ha visto a Mí ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decir: Muéstranos al Padre? ¿No crees que **Yo soy en el Padre y el Padre es en Mí?** Las palabras que Yo os digo, no las hablo de Mí mismo; el Padre que mora en Mí, hace sus obras. Creedme: Yo soy en el Padre y el Padre es en Mí; si no por otra cosa, creedlo por las mismas obras"* (Jn 14,9-11).

Jesús dijo al Padre en la última Cena: *"esta es la vida eterna: que te conozcan a Tí, el único Dios verdadero, y Aquel que Tú has mandado, Jesucristo"* (Jn 17,3), conocerlo por experiencia íntima, personal: una gracia, una felicidad que supera cualquier otra.

Pero el Padre no es amado porque no es conocido. ¡Qué dolor para su Amor! ¡Ignorado y no amado por sus mismos hijos! El es Padre, pero los hijos (que lo son por el Bautismo que los ha incorporado a Cristo) no viven como hijos, aún no tienen **espíritu de hijos, más aún, del Hijo, sino un espíritu de siervos**, están todavía en el Antiguo Testamento, inmaduros, con una mentalidad que los tiene a distancia de Dios, incluso "respetuosamente" a distancia. A tanta distancia su pensamiento y su corazón… En el mejor de los casos tienen temor de Dios, que no es el "santo temor" de perderlo, de disgustarle y ofenderle (lo cual es un don del Espíritu Santo), a parte el hecho de que "santo temor ***de Dios***" es también lo que su Amor siente, de poder perder un hijo, o que simplemente se haga un daño… ¿Y dónde está el amor que se le debe a su Amor?

El conocimiento del Padre coincide con vivir nosotros el espíritu de hijos, más aún, el Espíritu del Hijo. Lo dice San Pablo: *"Los que son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Y no habéis recibido un **espíritu de siervos** para recaer en el temor, sino que habéis recibido un **espíritu de hijos** adoptivos por el que clamamos: «¡Abba, Padre!». El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo, si tomamos parte en sus sufrimientos para compartir también su gloria"* (Rom 8,14-17)

*"Todo concurre al bien de aquellos que aman a Dios, que han sido llamados conforme a su designio. Porque a los que desde siempre ha conocido los ha predestinado **a ser conformes con la imagen de su Hijo**, para que sea el primogénito entre muchos hermanos"* (Rom 8,28-29)

Pero, **en concreto, ¿en qué consiste tener el espíritu de hijos y vivir como tales**, de tal manera que, como decimos en el Padrenuestro, *"santificado sea* (por parte nuestra) *su Nombre"* de Padre?

La respuesta la da el Señor a Luisa Piccarreta (Vol. 20°, 22.12.1926):

> *"Hija mía,* ***¿cuál es la finalidad por la que quieres que mi Voluntad se cumpla en ti y sea conocida por todos?****"* Y yo: *"Lo quiero porque Tú lo quieres, lo quiero para que se establezca el orden divino y tu Reino en la tierra, lo quiero para que la familia humana ya no viva como extraña para Ti, sino que se vincule de nuevo a la Familia Divina, en la que tuvo su origen".*
>
> Y Jesús, suspirando, ha añadido: *"Hija mía,* ***tu finalidad y la mía son una sola. Cuando un hijo tiene la misma finalidad del Padre, quiere lo que el Padre quiere****, no vive nunca en casa de otros, trabaja en los campos de su Padre; si encontrandose con otros habla de la bondad, del ingenio, de los proyectos grandes de su Padre, de ese hijo se dice que ama, que* ***es copia perfecta de su Padre****, que se ve claramente por todas partes que pertenece a esa familia, que* ***es hijo digno*** *de llevar con honor en sí la generación de su Padre. Así son los signos que muestran que se pertenece a la Familia Celestial: tener mi misma finalidad, querer mi misma Voluntad, vivir en Ella como en casa propia, trabajar para hacerla conocer. Si habla, no sabe hablar más que de lo que se hace y se quiere en nuestra Familia Celestial. Se conoce claramente por todo y con razón, con giustizia y con derecho, que es hijo que Nos pertenece, que es uno de nuestra Familia, que no ha degradado su origen, que conserva en sí la imagen, el comportamiento, las maneras, la vida de su Padre, de Aquel que lo ha creado. Así que tú eres una de mi Familia, y cuanto más haces conocer mi Voluntad, tanto más te distingues ante el Cielo y la tierra que eres una hija que Nos perteneces. Por el contrario, cuando uno no tiene la misma finalidad, vive poco o nada en el palacio de nuestra Voluntad, va siempre vagando, una vez en una casa, otra vez en un mísero tugurio, va siempre vagando a la intemperie de las pasiones, haciendo cosas indignas de su familia; si trabaja lo hace en campos de extraños; si habla nunca se oye de sus labios el amor, la bondad, la sabiduría, los grandes fines de su Padre, de manera que en todo su comportamiento no se ve para nada que pertenece a su familia, ¿se puede decir que sea hijo de su familia? Y si proviene de ella, es un hijo degenerado, que ha roto todos los vínculos y las relaciones que lo unían a su familia. Por eso,* ***sólo quien hace mi Voluntad y vive en Ella se puede decir hijo mío, miembro de mi Familia Divina y Celestial****. Todos los demás son hijos degenerados y como extraños para nuestra Familia. Por eso, cuando tú te ocupas de mi «****Fiat****» Divino, si hablas, si te paseas en El, Nos pones de fiesta, porque sentimos que es una que Nos*

*pertenece, que es la hija nuestra, que habla, pasea, trabaja en el campo de nuestro Querer, y a los hijos se les dejan las puertas abiertas; ninguna estancia se les cierra, porque lo que es del Padre es de los hijos y en los hijos se pone la esperanza de la larga generación del Padre. Así Yo he puesto en ti la esperanza de la larga generación de los hijos de mi eterno «**Fiat**».”*

San Juan ya lo había anunciado en su primera carta: *“¡Qué gran amor nos ha tenido el Padre para hacer que seamos llamados hijos de Dios, y lo somos realmente! El motivo por el que el mundo no nos conoce es porque no lo ha conocido a El. Carísimos, nosotros desde ahora ya somos hijos de Dios, pero lo que seremos aún no ha sido revelado. Lo que sabemos es que **cuando El se manifieste, seremos semejantes a El**, porque le veremos así como El es”* (1ª Jn 3,1-3).

Pues bien, el Padre ya se manifestó personalmente en 1932 por medio de otra gran mística de nuestro tiempo, la Madre Eugenia Elisabetta Ravasio (y fue reconocido y aprobado por la Autoridad de la Iglesia), pidiendo que sus hijos se acuerden de El no sólo como Señor y Creador, sino como Padre amantísimo que es, siempre a nuestro lado; porque no basta ser hijos de Dios por el Bautismo (*“y realmente lo somos”*), sino que debemos vivir como tales y ser así *“**semejantes a El**”*, maduros, como el mismo San Pablo ha dicho: *“durante todo el tiempo que el heredero es niño, no es en nada diferente de un esclavo, aun siendo dueño de todo; sino que depende de tutores y curadores, hasta el término establecido por el Padre* (y eso es “el fin de los tiempos”). *Así también nosotros, cuando eramos menores, eramos como esclavos de los elementos del mundo. Pero cuando llegó* la plenitud de los tiempos*, Dios mandó a su Hijo, nacido de la Mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibieramos la adopción como hijos. Y que sois hijos lo demuestra el que Dios ha mandado a vuestro corazón **el Espíritu de su Hijo** que grita: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por Voluntad de Dios”* (Gal 4,1-7).

Debemos tener el espíritu de hijos, más aún, del Hijo, respecto al Padre del Cielo, por lo cual El mismo ha pedido con infinita humildad que le dediquemos una fiesta, una fiesta que solamente El, el Padre Divino, no tiene, indicando que le gustaría que fuera el 7 de Agosto. El Padre Divino, el primero, se ha quedado como el último porque los hombres, sus criaturas, no lo conocen ni lo aman; también tantos bautizados, por tanto hijos de Dios, aún no tienen el espíritu de hijos.

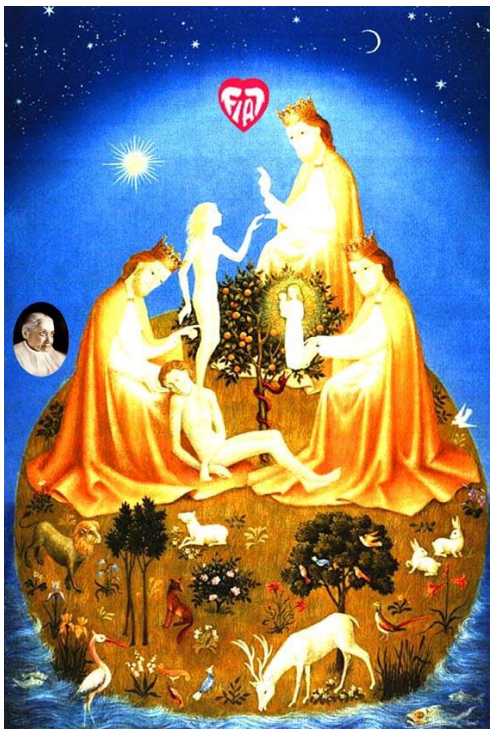
En el volumen 33°, el 20.01.1935 Luisa escribe:

«Mi pobre mente se pierde en el Querer Divino, pero tanto que no sé repetir lo que comprendo, ni lo que siento en esa celestial morada del *“**Fiat**”* Divino;

sólo puedo decir que siento la Paternidad Divina, que con todo amor me espera en sus brazos para decirme: *"Estemos como hija y Padre; ven a gozar de mi ternura paterna, de mis modos amorosos, de mi dulzura infinita, déjame que te sea Padre. No hay gusto más grande para Mí, que poder realizar mi Paternidad, y tú ven sin miedo, ven y dame tu filiación, dame el amor, la ternura de hija. Siendo mi Voluntad una sola con la tuya, a Mí me da la Paternidad para contigo y a ti te da el derecho de ser hija".*

¡Oh Voluntad Divina, cuán admirable y potente eres! ¡Sólo Tú tienes el poder de unir cualquier distancia y desemejanza con nuestro Padre Celestial! Me parece que eso es precisamente vivir en Ti: **sentir la Paternidad Divina y sentirse hija del Ser Supremo**.

Pero mientras mi mente se llenaba de tantos pensamientos sobre Ella, mi dulce Jesús, haciéndome su breve visita, me ha dicho: ***"Hija mía bendita, eso es precisamente vivir en mi Voluntad: adquirir tú el derecho de hija y adquirir Dios la supremacía, la autoridad, el derecho de Padre. Sólo ella sabe unir Uno y otra y formar una sola vida…"»***

Ya es hora que pasemos del espíritu de siervos al de hijos, del temor o del interés a la confianza y al amor. Es el tema de todo el Evangelio. ¡Vivir para el Padre, ser gloria y triunfo del Padre! ¿Cuándo será finalmente la gran fiesta del Padre Divino? Empecemosla nosotros:

"Padre mío, Padre bueno, a Ti me ofrezco, a Ti me entrego;
todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío,
¡yo soy todo tuyo y Tú eres todo mío!"